
UNIVERSIDAD AMÉRICA LATINA

Estudios Universitarios Abiertos de México
Bachillerato General en la Modalidad No Escolarizada

Antología de Textos LITERATURA II

CUARTO MÓDULO



2010

SESIÓN 2

TEATRO CLÁSICO GRIEGO Y LATINO

Esquilo

Fragmento de: Los suplicantes

La acción se desarrolla en la playa cerca de Argos. Al fondo de la orquesta hay una loma con las estatuas de Zeus, Posidón, Héracles Y Apolo.

CORIFEO. Que Zeus, defensor de los suplicantes, quiera mirar lleno de benevolencia a nuestra gente que, en una nave, marchó de la desembocadura del Nilo de fina arena. Habiendo dejado la tierra de Zeus, fronteriza con Siria, andamos errantes; no que un voto de la ciudad nos haya condenado al destierro por sangre vertida, sino que, en nuestra repugnancia instintiva por el hombre, detestamos las bodas de los hijos de Egipto y su impía locura.

Dánao, nuestro padre, consejero y guía de nuestra decisión, pensando todas las jugadas, se ha decidido por la más gloriosa de las desgracias: huir, veloz, a través de las olas saladas y abordar a la tierra de Argos de donde ha surgido nuestra raza, que se pavonea de haber nacido de la ternera hostigada por el revoloteo del tábano, bajo los efectos del contacto y del soplo de Zeus. ¿A qué país mejor preparado que éste podríamos llegar, con estos brazos suplicantes, con estos ramos ceñidos de lana? Que esta ciudad, su tierra y sus aguas límpidas, que los dioses celestes y los pesados vengadores subterráneos que habitan las tumbas, y Zeus Salvador en tercer lugar, guardián de a los hogares de los justos, acepten como suplicantes a este grupo de mujeres en el espíritu reverente del país; y antes que este enjambre insolente de hombres, los hijos de Egipto, pise esta tierra cenagosa, echadlos al mar con su veloz nave; y entonces, en un torbellino de azotadora tempestad, en medio del trueno, del rayo y de los vientos cargados de lluvia, enfrentados con un mar salvaje, perezcan antes de apoderarse de las hijas de un tío y subir, a pesar de la ley que lo prohíbe, en tálamos que los rechazan.

CORO. Y ahora llamo al protector más allá el mar, al ternero: 'nacido de Zeus que, de un soplo, lo hizo nacer de la ternera, nuestra antepasada que se alimentaba de flores; con el contacto que le dio su nombre puso un justo fin al tiempo reser-vado a las Parcas, y dio a luz a Épafo.

A éste invocando hoy y recordando las desgracias que mi antigua madre padeció en estos lugares en donde pacía, en-señaré de mis ascendientes pruebas fidedignas que, aunque inesperadas, aparecerán claras a los habitantes de este país; a la larga se reconocerá la verdad.

Y si hay cerca de aquí algún indígena que sepa interpretar el canto de las aves, al percibir mis lamentos creará oír la voz de la esposa de Tereo, lastimosa en sus pensamientos, la voz del ruiseñor que persigue el gavián.

Arrojada de su hogar de antaño, llora la nostalgia de sus lugares acostumbrados, y compone el canto de la muerte de su hijo, cómo sucumbió bajo los golpes de su propia mano, víctima de la cólera de una mala madre.

Así también yo me recreo en lamentarme a la manera jónica, desgarrando mi tierna mejilla tostada al sol del Nilo y mi corazón inexperto en lágrimas. Acumulo sollozos, anhelante de amigos, preguntándome si alguien se preocupa de mi destierro lejos de una tierra caliginosa.

¡Ah dioses de nuestra raza, que sabéis dónde está la justicia, escuchadnos! Si no dais pleno cumplimiento porque es contra el Destino, al menos, vosotros que detestáis prontamente la

violencia, sed justos con estas bodas. Incluso para los fugitivos destrozados por una guerra es un refugio contra la desgracia el altar donde reside la majestad de los dioses.

¡Ojalá el fin fuera del todo y verdaderamente feliz! La voluntad de Zeus no es fácil de cazar; pero, por todas partes resplandece, incluso en la lúgubre noche del destino, para la estirpe de los mortales.

Cae siempre segura y no de espaldas, si Zeus decide en su cólera el cumplimiento de una cosa; los caminos de su pensamiento se extienden confusos, sombríos, indescifrables a toda mirada.

Él precipita a los mortales de las altas torres de sus esperanzas a su perdición, pero sin armarse de violencia; todo es fácil para un dios. Su mente, desde lo alto del cielo, ejecuta todos sus designios sin moverse de su sagrado sitio.

Que gire sus ojos hacia la insolencia humana, tal como retoña floreciente en el tronco con obstinados pensamientos a causa de nuestras bodas, aguijoneada por un irresistible delirio, y que reconozca el engaño de Ate.

Tales son los tristes infortunios que digo en mis cantos agudos, sordos, bañados en lágrimas, ¡ié, ié! y lamentos semejantes a cantos fúnebres; viva me honro con mis gemidos.

Séme propicia, tierra montañosa de Apis. ¿Entiendes bien, oh tierra, mi acento bárbaro? Muchas veces mi mano se abate, con un desgarramiento de lino, sobre mi velo sidonio.

Hacia los dioses corren sacrificios expiatorios para obtener la salud, cuando la muerte se cierna encima. ¡Ió, ió, ió! Vientos inciertos, ¿hacia dónde nos llevará esta ola?

Séme propicia, tierra montañosa de Apis. ¿Entiendes bien, oh tierra, mi acento bárbaro? Muchas veces mi mano se abate, con un desgarramiento de lino, sobre mi velo sidonio.

Cierto que el remo y la casa de madera, ceñida de cuerdas, que protege del mar, me han guiado aquí sin tempestad con ayuda de los vientos. No me quejo. Pero el Padre que todo le ve ponga, en su tiempo, término favorable a mi infortunio.

Que el gran germen de una augusta madre logre huir del lecho de los varones, ¡ay virgen indómita! Y que la casta hija de Zeus, correspondiendo a mi petición, deje caer sobre mí de su rostro augusto una mirada salvadora. Que con todo su poder, indignada de esta persecución, libre, ella que es virgen, a otra virgen.

Que el gran germen de una augusta madre logre huir del lecho de los varones, ¡ay virgen indómita!

De lo contrario, negra raza tostada por los rayos del sol, iremos, con nuestros ramos suplicantes, al dios subterráneo, a Zeus hospitalario de los muertos y moriremos colgadas si no s logramos alcanzar a los dioses olímpicos.

¡Ah Zeus, es a lo, ¡oh! que persigue esta escudriñadora ira de los dioses. Demasiado conozco el triunfo de una mujer sobre todo el cielo. Es terrible el viento de donde sopla la tempestad.

Y entonces Zeus recurrirá a relatos no justos, por haber despreciado al hijo de la ternera, al que él mismo en otro tiempo engendró, y ahora tiene los ojos apartados de nuestras plegarias. ¡Que desde lo alto de los cielos escuche la voz que le llama!

¡Ah Zeus, es a lo, ¡oh! que persigue esta investigadora ira de los dioses. Demasiado conozco el triunfo de una mujer sobre todo el cielo. Es terrible el viento de donde sopla la tempestad.

(Dánao, que durante el canto del coro, ha subido a una loma, observa el horizonte. Luego desciende y se dirige a sus hijas.)

DÁNAO. Hijas, es preciso ser juiciosas. Habéis llegado aquí gracias a la prudencia de este piloto, vuestro viejo progenitor, en quien confiáis. Y ahora que estamos en tierra firme os animo, con la misma solicitud, a que guardéis bien gravadas mis palabras. Veo una polvareda, muda mensajera de un ejército. Los cubos de las ruedas no callan, empujados por los ejes. Contemplo una tropa, bajo escudo y blandiendo la lanza, con caballos y carros encurvados. Quizá son jefes de esta tierra que, enterados por alguna noticia, vienen a observarnos. Pero ya sea propicio, o esté inflamado por una cólera feroz aquel que conduce el ímpetu de este escuadrón, es mejor, en todo caso, oh hijas, que os sentéis en la colina de los dioses agonales. Más fuerte que una torre es un altar, escudo indestructible. Pero apresuraos y teniendo piadosamente en vuestro brazo izquierdo ramos de suplicantes adornados de blanco lino, ornato de Zeus venerable, responded a los extranjeros con pa-labras respetuosas, doloridas y vehementes, como conviene a recién llegados, diciéndoles claramente que vuestro destierro está limpio de sangre. Ante todo que el atrevimiento no acompañe a vuestra voz; que ninguna vanidad, en vuestras caras de frente modesta, salga de vuestra mirada tranquila. No seas precipitada en el hablar ni prolija: la gente de aquí es muy sensible. Acuérdate de ceder: eres una extranjera, una desterrada en la necesidad. Un lenguaje altanero no conviene a los débiles.

CORIFEO. Padre, hablas juiciosamente a juiciosos: procuraré recordar tus sabios avisos. Pero que Zeus progenitor nos mire.

Consultado el 16 de mayo de 2011.
http://es.wikisource.org/wiki/Las_suplicantes

Sófocles

Edipo Rey

EDIPO.- ¡Oh hijos, descendencia nueva del antiguo Cadmo ¿Por qué estáis en actitud sedente ante mí, coronados con ramos de suplicantes? La ciudad está llena de incienso, a la vez que de cantos, de súplica y de gemidos, y yo, porque considero justo no enterarme por otros mensajeros, he venido en persona, yo, el llamado Edipo, famoso entre todos. Así que, oh anciano, ya que eres por tu condición a quien corresponde hablar, dime en nombre de todos: ¿cuál es la causa de que estéis así ante mí? ¿El temor, o el ruego? Piensa que yo querría ayudaros en todo. Sería insensible, si no me compadeciera ante semejante actitud.

SACERDOTE.- ¡Oh Edipo, que reinas en mi país! Ves de qué edad somos los que nos sentamos cerca de tus altares: unos, sin fuerzas aún para volar lejos; otros, torpes por la vejez, somos Sacerdotes -yo lo soy de Zeus-, y otros, escogidos entre los aún jóvenes. El resto del pueblo con sus ramos permanece sentado en las plazas en actitud de súplica, junto a los dos templos de Palas y junto a la ceniza profética de Ismeno.

La ciudad, como tú mismo puedes ver, está ya demasiado agitada y no es capaz todavía de levantar la cabeza de las profundidades por la sangrienta sacudida. Se debilita en las plantas fructíferas de la tierra, en los rebaños de bueyes que pacen y en los partos infecundos de las mujeres. Además, la divinidad que produce la peste, precipitándose, aflige la ciudad. ¡Odiosa

epidemia, bajo cuyos efectos está despoblada la morada Cadmea, mientras el negro Hades se enriquece entre suspiros y lamentos!

Ni yo ni estos jóvenes estamos sentados como suplicantes por considerarte igual a los dioses, pero sí el primero de los hombres en los sucesos de la vida y en las intervenciones de los dioses. Tú que, al llegar, liberaste la ciudad Cadmea del tributo que ofrecíamos a la cruel cantora y, además, sin haber visto nada más ni haber sido informado por nosotros, sino con la ayuda de un dios, se dice y se cree que enderezaste nuestra vida.

Pero ahora, ¡oh Edipo, el más sabio entre todos!, te imploramos todos los que estamos aquí como suplicantes que nos consigas alguna ayuda, bien sea tras oír el mensaje de algún dios, o bien lo conozcas de un mortal. Pues veo que son efectivos, sobre todo, los hechos llevados a cabo por los consejos de los que tienen experiencia. ¡Ea, oh el mejor de los mortales!, endereza la ciudad. ¡Ea!, apresta tu guardia, porque esta tierra ahora te celebra como su salvador por el favor de antaño. Que de ninguna manera recordemos de tu reinado que vivimos, primero, en la prosperidad, pero caímos después; antes bien, levanta con firmeza la ciudad. Con favorable augurio, nos procuraste entonces la fortuna. Sénos también igual en esta ocasión. Pues, si vas a gobernar esta tierra, como lo haces, es mejor reinar con hombres en ella que vacía, que nada es una fortaleza ni una nave privada de hombres que las pueblen.

EDIPO.- ¡Oh hijos dignos de lástima! Venís a hablarme porque anheláis algo conocido y no ignorado por mí. Sé bien que todos estáis sufriendo y, al sufrir, no hay ninguno de vosotros que padezca tanto como yo. En efecto, vuestro dolor llega sólo a cada uno en sí mismo y a ningún otro, mientras que mi ánimo se duele, al tiempo, por la ciudad y por mí y por ti. De modo que no me despertáis de un sueño en el que estuviera sumido, sino que estad seguros de que muchas lágrimas he derramado yo y muchos caminos he recorrido en el curso de mis pensamientos. El único remedio que he encontrado, después de reflexionar a fondo, es el que he tomado: envié a Creonte, hijo de Meneceo, mi propio cuñado, a la morada Pítica de Febo, a fin de que se enterara de lo que tengo que hacer o decir para proteger esta ciudad. Y ya hoy mismo, si lo calculo en comparación con el tiempo pasado, me inquieta qué estará haciendo, pues, contra lo que es razonable, lleva ausente más tiempo del fijado. Sería yo malvado si, cuando llegue, no cumplo todo cuanto el dios manifieste.

SACERDOTE.- Con oportunidad has hablado. Precisamente éstos me están indicando por señas que Creonte se acerca.

EDIPO.- ¡Oh soberano Apolo! ¡Ojalá viniera con suerte liberadora, del mismo modo que viene con rostro radiante!

SACERDOTE.- Por lo que se puede adivinar, viene complacido. En otro caso no vendría así, con la cabeza coronada de frondosas ramas de laurel.

EDIPO.- Pronto lo sabremos, pues ya está lo suficientemente cerca para que nos escuche. ¡Oh príncipe, mi pariente, hijo de Meneceo! ¿Con qué respuesta del oráculo nos llegas?

(Entra Creonte en escena.)

CREONTE.- Con una buena. Afirmando que incluso las aflicciones, si llegan felizmente a término, todas pueden resultar bien.

EDIPO.- ¿Cuál es la respuesta? Por lo que acabas de decir, no estoy ni tranquilo ni tampoco preocupado.

CREONTE.- Si deseas oírlo estando éstos aquí cerca, estoy dispuesto a hablar y también, si lo deseas, a ir dentro.

EDIPO.- Habla ante todos, ya que por ellos sufro una aflicción mayor, incluso, que por mi propia vida.

CREONTE.- Diré las palabras que escuché de parte del dios. El soberano Febo nos ordenó, claramente, arrojar de la región una mancilla que existe en esta tierra y no mantenerla para que llegue a ser irremediable.

EDIPO.- ¿Con qué expiación? ¿Cuál es la naturaleza de la desgracia?

CREONTE.- Con el destierro o liberando un antiguo asesinato con otro, puesto que esta sangre es la que está sacudiendo la ciudad.

EDIPO.- ¿De qué hombre denuncia tal desdicha?

CREONTE.- Teníamos nosotros, señor, en otro tiempo a Layo como soberano de esta tierra, antes de que tú rigieras rectamente esta ciudad.

EDIPO.- Lo sé por haberlo oído, pero nunca lo vi.

CREONTE.- Él murió y ahora nos prescribe claramente que tomemos venganza de los culpables con violencia.

EDIPO.- ¿En qué país pueden estar? ¿Dónde podrá encontrarse la huella de una antigua culpa, difícil de investigar?

CREONTE.- Afirmó que en esta tierra. Lo que es buscado puede ser cogido, pero se escapa lo que pasamos por alto.

EDIPO.- ¿Se encontró Layo con esta muerte en casa, o en el campo, o en algún otro país?

CREONTE.- Tras haber marchado, según dijo, a consultar al oráculo, y una vez fuera, ya no volvió más a casa.

EDIPO.- ¿Y ningún mensajero ni compañero de viaje lo vio, de quien, informándose, pudiera sacarse alguna ventaja?

CREONTE.- Murieron, excepto uno, que huyó despavorido y sólo una cosa pudo decir con seguridad de lo que vio.

EDIPO.- ¿Cuál? Porque una sola podría proporcionarnos el conocimiento de muchas, si consiguiéramos un pequeño principio de esperanza.

CREONTE.- Decía que unos ladrones con los que se tropezaron le dieron muerte, no con el rigor de una sola mano, sino de muchas.

EDIPO.- ¿Cómo habría llegado el ladrón a semejante audacia, si no se hubiera proyectado desde aquí con dinero?

CREONTE.- Eso era lo que se creía. Pero, después que murió Layo, nadie surgía como su vengador en medio de las desgracias.

EDIPO.- ¿Qué tipo de desgracia se presentó que impedía, caída así la soberanía, averiguarlo?

CREONTE.- La Esfinge, de enigmáticos cantos, nos determinaba a atender a lo que nos estaba saliendo al paso, dejando de lado lo que no teníamos a la vista.

EDIPO.- Yo lo volveré a sacar a la luz desde el principio, ya que Febo, merecidamente, y tú, de manera digna, pusisteis tal solicitud en favor del muerto; de manera que veréis también en mí, con razón, a un aliado para vengar a esta tierra al mismo tiempo que al dios. Pues no para defensa de lejanos amigos sino de mí mismo alejaré yo en persona esta mancha. El que fuera el asesino de aquél tal vez también de mí podría querer vengarse con violencia semejante. Así, pues, auxiliando a aquél me ayudo a mí mismo.

Vosotros, hijos, levantaos de las gradas lo más pronto que podáis y recoged estos ramos de suplicantes. Que otro congregue aquí al pueblo de Cadmo sabiendo que yo voy a disponerlo todo. Y con la ayuda de la divinidad apareceré triunfante o fracasado.

Consultado el 16 de mayo de 2011.

<http://bc.inter.edu/facultad/dtirado/GEHS%204020%20pdf/EDIPO%20REY%20obra%20completa.pdf>

Eurípides

El Cíclope

Oh Bromio, por ti paso infinitos trabajos ahora y también cuando en la juventud mi cuerpo era fuerte. Primero cuando enloquecido por Hera dejaste a tus nodrizas las ninfas de la montaña, después cuando en la batalla contra los hijos de la Tierra, con la lanza a tu diestra, mi escudo junto al tuyo, atravesé el escudo de mimbre por el medio y maté a Encélado. Pero ¿fue esto un sueño? No, pardiez, que le he mostrado a Baco los despojos. Ahora aguanto un trabajo mayor que aquéllos, porque Hera ha suscitado contra ti la raza de piratas etruscos para que fueses vendido muy lejos, y yo, que lo he sabido, navego con mis hijos a ti a buscar. Y en la misma popa yo timoneaba agarrado al redondo madero, y mis hijos sentados al remo el mar verdiazul hacían blanquear en remolinos, y te buscaban, ¡oh rey! Y cuando ya habíamos navegado hasta Malea, el viento del Este sopló sobre el mástil, y nos echó contra esta roca del Etna, donde habitan los hijos del dios marino que no tienen más que un ojo, los Cíclopes matadores de hombres, que habitan cuevas desiertas. Presos de uno de éstos, somos sus esclavos domésticos.

Al que servimos le llaman Polifemo. En lugar de danzas báquicas apacentamos los rebaños de un impío Cíclope. Mis hijos en las faldas de las colinas apacientan recentales, ellos que son jóvenes; yo de llenar los abrevaderos y barrer la casa tengo orden, y al impío Cíclope le sirvo en sus criminales comidas.

Pero ahora por necesidad tengo que obedecer y barrer la casa con este rastrillo de hierro para que a mi señor el Cíclope, que está fuera y a sus rebaños los reciba yo con la cueva limpia. Ya veo a mis hijos empujando hacia acá sus rebaños. ¿Qué pasa? Pero ¿hacéis el mismo ruido de danzas ahora que cuando a Baco en sus fiestas en las casas de Altea le hacíais procesión moviéndolos al son de las canciones de las liras?

CORO

¿Adónde de nobles padres y de nobles madres, adonde te me irás, a qué rocas?

¿No será aquí, donde el suave viento y la yerba verde, y el agua arremolinada de los ríos descansa en los bebederos junto a las cuevas, donde por ti balan las crías? ¡Aho! ¿Pacerás esto no, no esto, la ladera mojada de rocío?

¡Eh! Te voy a tirar una piedra; vete, vete, cornudo, al establo de las ovejas, del Cíclope campestre. Las ubres hinchidas suelta, da acceso a las crías, a las hembras que dejas en las alcobas de los carneros. Te echan de menos los suaves balidos de las crías pequeñas.

¿Entrarás a la cueva de las rocas del Etna, después de dejar los florecientes pastos de yerba? Esto no son, Bromio, ni danzas ni bacantes con tirsos, ni gritos con panderos, ni de vino ardientes gotas en las fuentes que dan agua, ni remolinos de las ninfas.

Báquica canción canto a Afrodita, y por seguirla danzaba con las bacantes de blancos pies. Querido, querido Baco, ¿dónde solitario sacudes tu rubia cabellera?

Yo tu servidor sirvo al Cíclope de un solo ojo, siervo errante con este inútil capote de piel de macho cabrío, separado de tu amistad

SILENO

Callad, hijos míos, y en las cuevas rocosas mandad a los servidores que reúnan los rebaños.

CORIFEO

Andad, ¿pero qué prisa, padre, tienes?

SILENO

Veo junto a la orilla el casco de una nave griega y a los dueños del remo con un jefe caminando hacia esta cueva, y junto al cuello llevan cacharros vacíos, les falta comida, y cántaros para agua. ¡Desgraciados forasteros! ¿Quiénes serán? No saben el señor Polifemo cómo es, cuando en esta cueva cruel se meten y a la mandíbula del Cíclope devoradora de hombres tienen la mala suerte de llegar, pero estaos callados para que sepamos de dónde llegan a la roca del Etna siciliano.

ULISES

Extranjero, ¿podrías decirnos dónde en la corriente de un río hallaríamos remedio a nuestra sed? ¿Quiere alguien vender comida a unos marinos necesitados? ¿Qué es esto? Parece que nos hemos metido en la ciudad de Bromio, pues veo este grupo de sátiros junto a la cueva. Salve, digo primero al más respetable.

SILENO

Salve, forastero: dinos quién eres y tu patria.

ULISES

Ulises de Itaca, rey del país de los cefalonios.

SILENO

Ya sé de este hombre, fuerte charlatán, raza de Sísifo.

ULISES

Ése soy yo, pero no insultes.

SILENO

¿Y de dónde has venido navegando a Sicilia?

ULISES

Desde Ilios y los trabajos troyanos.

SILENO

¿Cómo? ¿Has perdido la derrota de tu tierra patria?

ULISES

Las tormentas de vientos me han traído aquí a la fuerza.

SILENO

¡Hola! Aguantas el mismo destino que yo.

ULISES

¿Qué también tú has sido traído aquí a la fuerza?

SILENO

Persiguiendo a los piratas que habían raptado a Bromio.

ULISES

¿Qué país es éste y quiénes lo habitan?

SILENO

En la orilla del Etna, el más alto monte de Sicilia.

ULISES

¿Dónde están las murallas y las torres de la ciudad?

SILENO

No las hay: las montañas están desiertas de hombres, forastero.

ULISES

¿Y quiénes ocupan la tierra? ¿Alguna especie de alimañas?

SILENO

Cíclopes que habitan cuevas y no casas.

ULISES

¿Y a quién obedecen? ¿Acaso hay democracia?

SILENO

Son nómadas, y nadie obedece á nadie.

ULISES

¿Siembran la espiga de Ceres o de qué viven?

SILENO

De leche y de quesos y de comer ovejas.

ULISES

¿Y tienen la bebida de Bromio, el jugo de viña?

SILENO

Nada de eso, pues habitan tierra triste.

Consultado el 16 de mayo de 2011.

http://isaiasgarde.myfil.es/get_file?path=/euripides-el-ciclope.pdf

Aristófanes

Las ranas

JANTIAS

¿Diré, dueño mío, alguno de esos chistes de cajón que siempre hacen reír a los espectadores?

BACO

Di lo que se te antoje, excepto el consabido: “No puedo más” . Pues estoy harto de oírlo.

JANTIAS

¿Y algún otro más gracioso?

BACO

Con tal que no sea el “estoy hecho pedazos”.

JANTIAS

¿Entonces no he de decir ninguna agudeza?

BACO

Sí, por cierto, y sin ningún temor. Sólo te prohíbo...

JANTIAS

¿Qué?

BACO

Decir, al cambiar el hato de hombro, que no puedes aguantar cierta necesidad .

JANTIAS

¿Tampoco que si alguno no me alivia de este enorme peso tendré que dar suelta a algún gas?

BACO

Nada de eso, te lo suplico: a no ser cuando tengas que vomitar.

JANTIAS

No sé entonces qué necesidad había de echarme al hombro esta carga, para no poder hacer ninguna de aquellas cosas tan frecuentes en Frínico , Lucis y Amipsias , que siempre introducen en sus comedias mozos de cordel.

BACO

No hagas tal; porque cuando yo me siento entre los espectadores y miro invenciones tan vulgares, envejezco más de un año.

JANTIAS

¡Desdichado hombro mío! Sufres y no se te permite hacer reír.

BACO

¿No es esto el colmo de la insolencia y de la flojedad? Yo, Baco, hijo del ánfora , voy a pie y me fatigo, mientras le cedo a ese sibarita mi asno para que vaya a su gusto y no tenga nada que llevar.

JANTIAS

Pues ¡qué! ¿no llevo yo nada?

BACO

¿Cómo has de llevar si eres llevado?

JANTIAS

Sí, con este equipaje encima.

BACO

¿Cómo?

JANTIAS

Que pesa mucho.

BACO

¿Pero dejará de llevar el asno lo que tú llevas?

JANTIAS

Por Zeus, lo que yo llevo no lo lleva él.

BACO

¿Pero cómo puedes llevar nada, siendo llevado por otro?

JANTIAS

No lo sé; pero lo cierto es que mi hombro no puede resistir más.

Consultado el 16 de mayo de 2011.

200.111.157.37/biblio/Recursos/Aristofanes%20-%20Las%20Ranas.doc

Tito Maccio Plauto

La comedia de la olla

Unas breves palabras sobre mi persona, para que nadie se extrañe y se pregunte, qué es lo que quiere éste aquí. Yo soy el dios lar de esta familia de aquí, de donde me habéis visto salir ahora mismo. Ya hace muchos años que estoy instalado en esta casa y encargado de su tutela, en tiempos ya del padre y del abuelo del que vive ahora en ella. La cosa es que el abuelo de éste me vino un día con muchas súplicas y me encomendó en secreto un tesoro y fue y lo enterró en medio del hogar, pidiéndome en su rogativa que me hiciera yo cargo de ello. Cuando murió, que era de una condición muy avara, no quiso dar cuenta del asunto del tesoro a su hijo y prefirió dejarle sin una perra que indicarle dónde estaba escondido; le dejó sólo un pedazo de terreno de nada, teniendo el hombre que arrastrar así una vida trabajosa y miserable. Cuando murió su padre, o sea, el que me había encomendado el tesoro, me puse yo a observar, a ver si es que el hijo me hacía un poco más de caso que me había hecho el padre. Pero qué, cada vez se ocupaba menos de mí y me hacía menos ofrendas. Yo por mi parte hice exactamente lo mismo, o sea que se murió tan pobre como había vivido. Dejó un hijo, que es el que vive actualmente aquí en la casa, que es de la misma condición que el padre y el abuelo, y tiene una hija única que no deja pasar un día sin venir a rezarme, me ofrece incienso, vino o lo que sea y me pone coronas de flores. Ella ha sido la causa por la que he hecho encontrar el tesoro a Euclión, su padre, para que la pudiera casar así más fácilmente, si es que quería.

Porque es que la ha violado un joven de una familia de muchas campanillas. Él sabe quién es ella, pero ella no sabe quién es él y el padre no sabe nada de nada. Por obra mía va a pedirla hoy en

matrimonio el viejo ese que vive ahí al lado, pero eso lo hago sólo con el fin de que se case más fácilmente con ella el joven que la violó. Y es que el viejo que la va a pedir en matrimonio es tío del joven que la violó de noche, en la vigilia de Ceres. Pero ya está nuestro viejo gritando ahí dentro como de costumbre. Está echando a la vieja fuera, para que no se entere de nada. Seguro que es que quiere darle una vuelta al tesoro, no sea que se lo hayan robado.

ARGUMENTO I

Un viejo avaro, Euclión, que no se fía ni de sí mismo, encuentra enterrada en su casa una olla con un tesoro, y después de volverla a enterrar otra vez bien hondo, pierde la cabeza a fuerza de miedo y no se dedica más que a vigilarla. Su hija había sido violada por Licónides, pero el viejo Megadoro, inducido por su hermana a que se case, se la pide al avaro en matrimonio. El viejo, que es un hombre muy huraño, se la concede a duras penas y, temiendo por su olla, la saca de casa y la esconde en diversos lugares. Un esclavo del Licónides que había violado a la muchacha, le tiende una emboscada. Licónides suplica a su tío Megadoro que le ceda como esposa a su amada. Euclión es engañado y pierde la olla, pero después de que contra toda esperanza la vuelve a encontrar, lleno de satisfacción, casa a su hija con Licónides.

ARGUMENTO II

Euclión encuentra una olla llena de oro y la guarda con un empeño sin igual y sin poder encontrar reposo. Licónides viola a su hija. Megadoro quiere casarse con ella sin dote, y para que Euclión consienta con más gusto, le manda unos cocineros con provisiones para una cena. Euclión teme por el oro y lo esconde fuera de casa. Un esclavo de Licónides le observa y se lo roba, pero Licónides se lo devuelve a Euclión, que le entrega el oro, una esposa y su hijo

ACTO I

ESCENA PRIMERA EUCLIÓN, ESTÁFILA

EUC. — ¡Fuera, digo, hala, fuera, afuera contigo, maldición!, ¡mirona, más que mirona, con esos ojos de arrebañadera!

ESTÁ. — Pero, ¿por qué me pegas? ¡Desgraciada de mí!

EUC. — ¿Que por qué te pego, desgraciada! Pues para que lo seas de verdad y para que lleves una vejez tal como te la mereces, de mala que eres.

ESTÁ. — Pero, ¿por qué me echas ahora de casa?

EUC. — ¿A ti te voy a tener que dar yo cuenta cosechera de palos? ¡Allí, retírate de la puerta! ¡Mira qué manera de moverse! ¿Pues sabes lo que te espera? ¡Maldición! ¡Como llegue a echar mano de un palo o de un látigo, verás cómo te alargo esos pasitos de tortuga!

ESTÁ. — ¡Mejor prefería verme en la horca que no tener que servir en tu casa en esta forma!

EUC. — ¡Mira cómo rezonga para sus adentros, la maldita! Los ojos te voy a sacar, malvada, para que no puedas andar espiando lo que hago. Retírate más, un poco más, un —¡eh!, para ahí—. Te juro que si te mueves de ahí ni un dedo ni una uña o si vuelves la cara para acá antes de que yo te lo ordene, en la horca vas a acabar, a ver si así aprendes. No he visto en mi vida una vieja más mala que ésta. ¡Menudo miedo la tengo!, de que se las arregle para engañarme si me descuido y que se huela dónde está escondido el oro; en la nuca tiene también ojos, la maldita. Bueno, voy ahora a dar una vuelta, a ver si está todavía el oro allí donde lo dejé, desgraciado de mí, que no me deja este asunto ni un momento de tranquilidad. (Entra en casa.)

ESTÁ. — Por Dios, que no puedo figurarme qué clase de maleficio o de locura le ha entrado a mi amo: lo mismo que ahora me echa de casa hasta diez veces al día, desgraciada de mí. Por Dios, que no sé qué mal le trae de esta manera; se pasa las noches enteras en vela, por el día no se mueve de casa, ¡ni que fuera un zapatero cojo! Y no sé ya cómo ocultarle la deshonra de su hija, que está a punto de dar a luz; me parece que la mejor solución sería echarme una soga al cuello y quedarme colgando como una espingarda.

ESCENA SEGUNDA EUCLIÓN, ESTÁFILA

EUC. — Por fin salgo ya de casa más desahogado, después de comprobar que está todo en orden. (A Estáfela.) ¡Éntrate ya y vigila ahora allí!

ESTÁ. — ¿También ésas? ¿Que vigile dentro? ¿Acaso para que no se lleven la casa? Porque otra cosa no veo yo que puedan sacar de ahí los ladrones, así está toda de vacía; como haber, no hay ahí más que arañas.

EUC. — Milagro que no me haga Júpiter por mor de ti un rey Filipo o un Darío, bruja. Quiero quedarme con mis arañas, confieso que soy pobre y estoy conforme con ello y me amoldo a la voluntad de los dioses. Éntrate y cierra la puerta, enseguida vuelvo. Mucho cuidado con dejar entrar a nadie en la casa. Para el caso de que viniera alguien a pedir fuego, quiero que lo apagues, que no haya motivo de que venga nadie a pedírtelo: si el fuego vive, tú dejarás de vivir al instante. Di también que se ha ido el agua, si alguien viene a pedírtela; el cuchillo, el hacha, el macharatajo, el mortero, todos esos cacharros que andan siempre pidiendo prestados los vecinos, di que han venido los ladrones y se los han llevado. En resumen, mientras yo esté fuera, no quiero que se deje entrar a nadie en mi casa.

Todavía más te digo, así venga la buena suerte en persona, no la dejes entrar.

ESTÁ. — ¡Por Dios!, de eso me parece que se cuida ya ella misma, porque hasta ahora no ha puesto jamás los pies en nuestra casa, a pesar de no andar lejos de por aquí.

EUC. — Calla y adentro contigo.

ESTÁ. — Callo y entro.

EUC. — Cierra por favor la puerta con los dos pestillos. Yo vuelvo enseguida. (Estáfela entra en casa.) Se me parte el alma de tener que salir de casa. Juro que me voy pero que completamente a la fuerza. Pero yo sé lo que me hago. Porque es que el jefe de nuestra curia ha dicho que va a hacer un reparto de la moneda de plata por cabeza; si lo dejo y no voy a por ello, enseguida van a sospechar todos que es que tengo un tesoro en casa, porque es muy inverosímil que una persona pobre se deje pasar la ocasión de ir a recoger dinero, sea la cantidad que sea.

Es que precisamente mientras que me esfuerzo por ocultar con tanto empeño que no se entere nadie, parece que lo saben todos y me saludan todos más atentos que me saludaban antes, se acercan, se paran conmigo, me dan la mano, me preguntan qué tal estás, cómo se anda, qué haces. Ahora, a lo que iba, y luego a casita lo más pronto posible.

Consultado el 17 de mayo de 2011 de:
<http://www.cfielalibertad.com/Lacomediadelaolla.pdf>

Publio Terencio

El atormentador de sí mismo

CREMES. - Aunque nuestro conocimiento recíproco es del todo reciente -precisamente desde que compraste este campo aquí cerca, y casi no ha habido más trato entre nosotros-, sin embargo tus méritos personales por un lado, y por otro la vecindad, que a mi entender confina con la amistad, me inducen a advertirte con franqueza y sencillez que me das la impresión de trabajar más de lo que consiente tu edad y más de lo que requiere tu posición. Pues, ¡por los dioses y los hombres!, ¿qué pretendes o qué te propones con eso? Tienes sesenta años o más, según presumo. En estos contornos no hay nadie que posea una propiedad mejor ni más valiosa que la tuya. Tienes muchos esclavos, pero, como si no tuvieses ninguno, tú mismo haces con tanta diligencia lo que debieran hacer ellos. Nunca salgo tan de mañana ni regreso tan tarde que no te vea en la finca cavando o arando o llevando algo; en suma, no aflojas un instante y no tienes consideración a tu persona. “Es que realmente, dirás, me fastidia el poco trabajo que se lleva a cabo aquí”. Así y todo, conseguirías más si el tiempo que gastas en trabajar lo empleases en hacer trabajar a tus esclavos.

MENEDEMO.- Cremes, ¿tienes tanto tiempo libre como para ocuparte en asuntos ajenos que no te conciernen en absoluto?

CREMES. - Soy hombre; y por lo tanto, nada que sea humano me resulta extraño. Supón que te hago una advertencia o bien que te formulo una pregunta: si tienes razón, para imitarte; y si no, para disuadirte.

MENEDEMO. - A mí me gusta así; actúa tú como tengas que actuar.

CREMES. - ¿Acaso hay persona a quien le agrade atormentarse?

MENEDEMO. - Yo.

CREMES. - Si tienes alguna pena, lo lamento. Pero, dime: ¿cuál es tu infortunio? ¿Qué falta tan grave has cometido para infligirte tan grande castigo?

MENEDEMO. - ¡Ay!

CREMES. - No llores, sino infórmame de ello, sea lo que sea. No guardes silencio; no temas; confía en mí: te aseguro que te ayudaré con mis consuelos o con mis consejos o con mis bienes.

MENEDEMO. - ¿Quieres saberlo?

CREMES. - Sí, por la razón que te he dicho.

MENEDEMO. - Te lo manifestaré.

CREMES. - Pero deja entre tanto ese rastrillo; no trabajes.

MENEDEMO. - De ninguna manera.

CREMES. - ¡Qué ocurrencia!

MENEDEMO. - Permite que no me conceda ni un momento de descanso.

CREMES. - No, te digo, no lo permitiré. (Le arrebató el rastrillo.)

MENEDEMO. - Esto es un atropello.

CREMES. - (Balanceando en sus manos el rastrillo.) ¡Pero! ¿Cómo tienes una herramienta tan pesada?

MENEDEMO. - Eso me merezco.

CREMES. - Habla ahora.

MENEDEMO. - Yo tengo un hijo único, jovencito todavía. - Pero, ¿cómo me atrevo a decir “yo tengo”? Debo decir que lo tuve, Cremes, pues ahora no sé si lo tengo o no.

CREMES. - ¿Cómo es eso?

MENEDEMO. - Te darás cuenta en seguida. Hay aquí una anciana pobre, forastera, originaria de Corinto. Y bien, él empezó a amar perdidamente a una hija suya, llegando al extremo de considerarla ya casi como esposa; y todo esto a mis espaldas. Cuando me enteré del caso, empecé a tratarlo sin benignidad, sin tener en cuenta el corazón dolorido del muchacho, ásperamente, como acostumbran hacer los padres. Todos los días lo increpaba: “¿Cómo? ¿Esperas acaso te permita tener por más tiempo en mis narices a esa amiga casi como si fuera tu esposa? Te equivocas, Clinia, si crees eso, y mostrarías no conocerme. Yo consiento en que se te llame hijo mío mientras lleves una conducta digna; de lo contrario, ya sabré encontrar la medida justa para ti. En verdad, de ninguna otra cosa procede esto sino del excesivo ocio. Yo a tu edad no me entregaba a amoríos, sino que, impulsado por la pobreza, me fui a Asia y allí, guerreando, encontré a la vez fortuna y gloria”. Al fin, la situación vino a parar a este punto: el muchacho a fuerza de oír esos regañones ásperos, se rindió; y pensando que yo tanto por la edad como por el cariño sabía más con respecto a él y cuidaba de él más de lo que pudiera hacerlo por sí mismo, se me fue a Asia, Cremes, a servir al rey.

CREMES. - ¿Qué dices?

MENEDEMO. - Partió sin avisarme; hace ya tres meses que está ausente.

CREMES. - Los dos merecen reproche, aunque lo que él emprendió es señal de ánimo honrado y valiente.

MENEDEMO. - Cuando me entero del caso por los que fueron sus confidentes, regreso a casa triste, con el corazón casi diría perturbado y perplejo ante el disgusto. Tomo asiento; acuden esclavos, me quitan las sandalias. Veo que otros se apresuran, ponen la mesa, preparan la comida. Cada cual por su parte procura con esmero suavizarme la angustia. Al ver esto, empiezo a decir para mis adentros:

“¡Cómo! ¿Tantos han de afanarse por mí solo, para darme contento a mí exclusivamente? ¿Tantas sirvientas al cuidado de mis vestidos? ¿Yo solo he de hacer en casa gastos subidos? Y mi hijo único, que hubiera debido gozar de esto igual que yo o más aún, ya que su edad es más a propósito para disfrutar de estas cosas...; pues, a él yo lo eché de aquí con mi rigor. En verdad, yo me tendría por digno de cualquier castigo si obrara así. Pues, mientras él pase su vida sin recursos, privado de la patria por mi dureza, yo continuamente me castigaré para expiar el mal que le hice, trabajando, ahorrando, haciendo adquisiciones en su provecho”. Y así hago justamente: nada dejo en casa, ni vasija, ni vestido; lo he liquidado todo. A las sirvientas y esclavos, excepto aquellos que con el trabajo del campo fácilmente cubrieran sus gastos, a todos los llevé al mercado y los vendí. Junté alrededor de quince talentos; compré este campo y aquí voy bregando. He juzgado, Cremes, que yo haría menos agravio a mi hijo pasando una vida miserable, y que no me

era lícito disfrutar aquí de ningún placer hasta que no regresara él sano y salvo para gozar en mi compañía.

CREMES. - Yo creo que tú eres de carácter suave hacia los hijos y que él sería diferente, si se lo tratase bien y benignamente; pero ni tú lo conocías suficientemente a él ni él a ti. ¿Cómo ocurre eso? Cuando no se vive con franqueza. Tú nunca le mostraste cuánto lo apreciabas y él no se atrevió a tener contigo la confianza que es justo tener con un padre. Si hubiesen procedido de este modo, jamás te hubieran sobrevenido esos disgustos.

MENEDEMO. - Así es, lo confieso; grandísima ha sido mi equivocación.

CREMES. - Pero, con todo, Menedemo, yo abrigo buenas esperanzas, y confío que en breve él se te presentará aquí sano y salvo.

MENEDEMO. - Que los dioses te oigan.

CREMES. - No cabe la menor duda. Ahora, si gustas, como hoy se celebran las fiestas Dionisiacas, te convido a comer en mi casa.

MENEDEMO. - No puedo.

CREMES. - ¿Por qué no? Te suplico, concédete al fin algún alivio; tu mismo hijo ausente lo querría.

MENEDEMO. - No, no es justo que habiéndolo echado de aquí a arrostrar trabajos, yo mismo ahora los rehúya.

CREMES. - ¿Esa es tu determinación?

MENEDEMO. - Sí.

CREMES. - Pues, que te vaya bien.

MENEDEMO. - Igualmente a ti.

CREMES. - (A solas.) Me ha arrancado lágrimas y me da lástima. Pero ya es hora de que le recuerde a mi vecino Fania que venga a comer. Iré a ver si está en casa. (Sale, luego vuelve.) No hacía falta el aviso: me dicen que hace rato que está aquí, en mi casa. Soy yo quien hago esperar a los convidados. Voy pues adentro. - Pero, ¿por qué habrá sonado la puerta de mi casa? ¿Quién sale? Me retiraré por aquí.

Consultado el 18 de mayo de 2011

http://www.juan23.edu.ar/delcol/pdf/terencio_heautontimorumenos.pdf

SESIÓN 3

GÉNEROS TEATRALES Y EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL TEATRO GRIEGO AL MEDIEVAL

Gonzalo de Berceo

Los milagros de nuestra señora

En España cobdicio de luego empezar,
en Toledo la magna, un famoso lugar,
ca non sé de qual cabo empieze a contar
ca más son que arenas en riba de la mar.

En Toledo la buena, essa villa real,
que yaze sobre Tajo, essa agua cabdal,
ovo un arzobispo, coronado leal,
que fue de la Gloriosa amigo natural.

Consultado el 18 de mayo de 2011 <http://www.bibliotecagonzalodeberceo.com/tesis/milagros.pdf>

Fernando de Rojas

La Celestina

SEMPRONIO.- ¡Oh madre mía! Quiero que sepas de mí lo que no has oído, y es que jamás pude, después de que en ti puse mi fe, desear algún bien del que no tuvieses parte.

CELESTINA.- Abrevia y ve al hecho, que vanamente se dice con muchas palabras lo que en pocas se puede resumir.

SEMPRONIO.- Así es. Calisto arde en amores de Melibea. De ti y de mí tiene necesidad. Pues juntos nos ha menester, juntos nos aprovecharemos, que conocer el tiempo y la oportunidad hace a los hombres prósperos.

CELESTINA.- Basta para mí con mover el ojo. Digo que me alegro de estas nuevas, como los cirujanos de los descalabrados. Y como aquellos dañan en los principios las llagas y encarecen la promesa de salud, así entiendo lo que podemos hacer con Calisto. Le alargaré la certeza del remedio, porque, como dicen, la esperanza larga aflige el corazón y, cuando él la pierda, entonces se la prometeremos. ¡Bien me entiendes!

SEMPRONIO.- Callemos, que a la puerta estamos y las paredes oyen.

CALISTO y PÁRMENO, su criado, en la habitación del primero. Escúchanse en la puerta ruidos de alguien que llama.

CALISTO.- (Dirigiéndose a su criado con impaciencia.) ¡Abre ya, maldito sordo! ¡Corre!

(Sale PÁRMENO y regresa.)

PÁRMENO.- Señor, Sempronio y una puta vieja de pelo teñido eran los que llamaban.

CALISTO.- Calla, malvado, que es mi tía. ¡Ábrele!

PÁRMENO.- ¿Crees que es vituperio en las orejas de ésa el nombre con que la llamé? No lo creas, que tanto se enorgullece de que se lo digan como tú de que te llamen diestro caballero. Con

ese título es nombrada y conocida. Si va entre cien mujeres y alguien dice «¡Puta vieja!», sin empacho voltea la cabeza y sonríe. Si pasa cerca de los perros a «¡Puta vieja!» suenan sus ladridos; si cerca de las aves, otra cosa no cantan que no sea «¡Puta vieja!». Los ganados lo pregonan, las bestias rebuznan diciendo «¡Puta vieja!» y las ranas en los charcos no suelen mentar otra cosa. Si va entre los herreros, eso mismo dicen sus martillos, y, entre los carpinteros, armeros, herradores, caldereros y arcadores no hay instrumento que no forme en el aire su nombre, que, si una piedra tropieza con otra, enseguida se escucha: «¡Puta vieja!» ¡Oh qué gran comedor de huevos asados era su marido!

CALISTO.- ¿Y tú cómo lo sabes? ¿La conoces?

PÁRMENO.- Entregome a ella mi madre por sirviente, aunque no me conoce por el poco tiempo que la serví y por lo que he cambiado con la edad.

CALISTO.- ¿De qué la servías?

PÁRMENO.- De todo. Ayudábala en aquellos menesteres a los que mi tierna edad bastaba. Tiene la vieja seis oficios: costurera, perfumera, maestra de hacer afeites y recomponer virgos, alcahueta y un poquito de hechicera. Bajo el primer oficio se ocultan los demás. Es amiga de estudiantes y despenseros, de mozos y de abades. A muchas encubiertas he visto entrar en su casa y, tras ellas, a hombres contritos con los calzones desabrochados que iban a llorar sus pecados.

CALISTO.- No me cuentes más, que lo que ahora importa es mi salud. ¡Ábrele! (PÁRMENO abre la puerta y entran CELESTINA y SEMPRONIO.) ¡Ya la veo! ¡Sano soy! ¡Vivo soy! ¡Qué reverenda persona! ¡Qué acatamiento! ¡Oh vejez virtuosa! ¡Oh virtud envejecida! Quiero besar esas manos llenas de remedio. (Levántase de la cama, se pone de rodillas ante CELESTINA y toma sus manos para besarlas.)

CELESTINA.- Dios os guarde, magnífico señor. Traigo conmigo la medicina para vuestros males.

PÁRMENO.- Ha caído Calisto. En tierra está adorando a la más antigua de las putas, la que fregó sus espaldas en todos los burdeles. Deshecho es. Vencido es. Caído es.

Consultado el 18 de mayo de 2011

http://bib.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01350542088804387311680/p0000001.htm#l_2_

Félix Lope de Vega

Poesía del Buen Pastor

Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
Tú, que hiciste cayado de ese leño
en que tiendes los brazos poderosos,

vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño
y la palabra de seguirte empeño
tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, pastor, pues por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres.

Espera, pues, y escucha mis cuidados;
¿pero cómo te digo que me esperes,
si estás, para esperar, los pies clavados?

Consultado el 19 de mayo de 2011

<http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/LiteraturaEspanola/LopedeVega/Poesias/pastor.asp>

Un soneto me manda hacer Violante

Un soneto me manda hacer Violante,
que en mi vida me he visto en tal aprieto;
catorce versos dicen que es soneto:
burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante
y estoy a la mitad de otro cuarteto;
mas si me veo en el primer terceto
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando
y parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aún sospecho
que voy los trece versos acabando;
contad si son catorce, y está hecho.

Consultado el 19 de mayo de 2011

<http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/LiteraturaEspanola/LopedeVega/Poesias/unsoneto.asp>

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

Cuántas veces el ángel me decía:
¡Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!

¡y cuántas, hermosura soberana:
Mañana le abriremos -respondía-
para lo mismo responder mañana!

Consultado el 19 de mayo de 2011

<http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/LiteraturaEspanola/LopedeVega/Poesias/quetengoyo.asp>

Tirso de Molina

El burlador de Sevilla y convidado de piedra

ISABELA: Duque Octavio, por aquí podrás salir más seguro.

JUAN: Duquesa, de nuevo os juro de cumplir el dulce sí.

ISABELA: Mis glorias serán verdades promesas y ofrecimientos, regalos y cumplimientos, voluntades y amistades.

JUAN: Sí, mi bien.

ISABELA: Quiero sacar una luz.

JUAN: ¿Pues, para qué?

ISABELA: Para que el alma dé fe del bien que llevo a gozar.

JUAN: Mataréte la luz yo.

ISABELA: (¡Ah, cielo!) ¿Quién eres, hombre?

JUAN: ¿Quién soy? Un hombre sin nombre.

ISABELA: ¿Que no eres el duque?

JUAN: No.

ISABELA: ¡Ah de palacio!

JUAN: Detente. Dame, duquesa, la mano.

ISABELA: No me detengas, villano. ¡Ah del rey! ¡Soldados, gente!

Sale el REY de Nápoles, con una vela en un candelero

REY: ¿Qué es esto?

ISABELA: ¡El rey! Ay, triste,

REY: ¿Quién eres?

JUAN: ¿Quién ha de ser? Un hombre y una mujer.

REY: (Esto en prudencia consiste.) Aparte

¡Ah de mi guarda! Prendé a este hombre.

ISABELA: ¡Ay, perdido honor!

Vase ISABELA Sale don PEDRO Tenorio, embajador de España, y GUARDA

PEDRO: ¿En tu cuarto, gran señor voces? ¿Quién la causa fue?

REY: Don Pedro Tenorio, a vos esta prisión os encargo, siendo corto, andad vos largo.

Mirad quién son estos dos. Y con secreto ha de ser, que algún mal suceso creo; porque si yo aquí los veo, no me queda más que ver.

Vase el REYPEDRO: Prendedle.

JUAN: ¿Quién ha de osar? Bien puedo perder la vida; mas ha de ir tan bien vendida que a alguno le ha de pesar.

PEDRO: Matadle.

JUAN: ¿Quién os engaña? Resuelto en morir estoy, porque caballero soy, del embajador de España.

Llegue; que, solo, ha de ser él quien me rinda.

PEDRO: Apartad; a ese cuarto os retirad todos con esa mujer.

Consultado el 19 de mayo de 2011
http://www.comedias.org/play_texts/tirso/bursev.pdf

Pedro Calderón de la Barca

Fragmento de la obra: *La hija del aire*

JORNADA PRIMERA
Dice MENÓN dentro los versos siguientes

MENÓN: Haced alto en esta parte,
y en uno y otro escuadrón
divididos, saludad
con salva al Rey mi señor.

Tocan cajas, y dice LISÍAS a la otra parte

LISÍAS: Cantad aquí, mientras llega
el rey a estos montes hoy;
y a aquellas salvas de Marte
sucedan las del Amor.

MÚSICOS: "Coronado de laureles,
lleno de fama y de honor,
vuelva el valeroso Nino
a los montes de Ascalón."

Ha de haber una puerta de una gruta al lado izquierdo, y dentro den golpes, y dice SEMÍRAMIS dentro.

SEMÍRAMIS: Tiresias, abre esta puerta,
o a manos de mi furor,
muerte me dará el verdugo
de mi desesperación.

Sale TIRESIAS, viejo, vestido de pieles largas,
como sacerdote antiguo, y dice los versos siguientes con admiración

TIRESIAS: Allí trompetas y cajas, de Marte bélico horror; allí voces y instrumentos,
dulces lisonjas de Amor,
escucho; y cuando informado
de tan desconforme unión
de músicas, a admirarme
en las causas de ella voy,
estos golpes que a esta puerta
se dan, y en mi corazón,
a un tiempo me han detenido.
¡Confuso y medroso estoy!

Dentro MENÓN. Suenan cajas

MENÓN: Haced salva, que ya el Rey desde aquí se descubrió.

Dentro LISÍAS

LISÍAS: Vuelva la música a dar al aire su dulce voz.

Dentro MÚSICOS

MÚSICOS: "A tanta admiración suspenso queda en su carrera el sol."

En la gruta SEMÍRAMIS, suenan golpes

SEMÍRAMIS: Tiresias, si hoy no dispensas las leyes de esta prisión,
donde sepultada vivo, la muerte me daré hoy.

TIRESIAS: Del acero de mi vida
ya tres los imanes son; éste llama con más fuerza,
a responder a éste voy. ¿Qué das voces?

Consultado el 19 de mayo de 2011

[http://www.acanomas.com/Libros-Clasicos/31550/La-hija-del-aire-\(Pedro-Calderon-de-la-Barca\).htm](http://www.acanomas.com/Libros-Clasicos/31550/La-hija-del-aire-(Pedro-Calderon-de-la-Barca).htm)

SESIÓN 4

TEATRO INGLÉS, FRANCÉS Y ALEMÁN

Fragmento de la obra de William Shakespeare

El Rey Lear

LEAR

Mientras, voy a revelar mi propósito secreto
Dadme ese mapa. Sabed que he dividido
en tres mi reino y que es mi firme decisión
liberar mi vejez de tareas y cuidados,
asignándolos a sangre más joven, mientras yo,
descargado, camino hacia la muerte.

Mi yerno de Cornwall y tú, mi no menos querido
yerno de Albany, es mi voluntad en esta hora
hacer pública la dote de mis hijas
para evitar futuras disensiones. Los príncipes
de Francia y de Borgoña, rivales pretendientes
de mi hija menor, hacen amorosa permanencia
en esta corte y es forzoso responderles.

Decidme, hijas mías, puesto que renuncio
a poder, posesión de territorios
y cuidados de gobierno, cuál de vosotras
diré que me ama más, para que mi largeza
se prodigue con aquélla cuyo afecto
rivalice con sus méritos. Goneril,
mi primogénita, habla tú primero.

GONERIL

Señor, os amo más de lo que expresan las palabras,
más que a vista, espacio y libertad,
mucho más de lo que estimen único o valioso;
no menos que a una vida de dicha, salud,
belleza y honra; tanto como nunca
amara hijo o fuese amado padre;
con un amor que apaga la voz y ahoga el habla.
Mucho más que todo esto os amo yo.

CORDELIA [aparte]

¿Qué dirá Cordelia? Amará en silencio.

LEAR

De todas estas tierras, desde esta raya a ésta,
ricas en umbrosas florestas y campiñas,
ríos caudalosos y muy extensos prados,
te proclamo dueña. Sean de los descendientes
tuyos y de Albany a perpetuidad. –
¿Qué dice mi segunda hija,
mi muy querida Regan, esposa de Cornwall?

REGAN

Yo soy del mismo metal que mi hermana
y no me tengo en menos: en el fondo de mi alma
veo que ha expresado la medida de mi amor.
Pero se ha quedado corta, pues yo me declaro
enemiga de cualquier otro deleite
que alcancen los sentidos en su extrema
perfección y tan sólo me siento venturosa
en el amor de vuestra amada majestad.

CORDELIA [aparte]

Entonces, ¡pobre Cordelia!
Aunque no, pues sin duda mi cariño
pesará más que mi lengua.

LEAR

Quede para ti y los tuyos en herencia perpetua
este magno tercio de mi hermoso reino,
tan grande, rico y placentero
como el otorgado a Goneril. —Y ahora, mi bien,
aunque última y menor, cuyo amor juvenil
las viñas de Francia y los pastos de Borgoña
pretenden a porfía, ¿qué dirás por un tercio
aún más opulento que el de tus hermanas?. Habla.

CORDELIA

Nada, señor.

LEAR

¿Nada?

CORDELIA

Nada.

LEAR

De nada no sale nada. Habla otra vez.

CORDELIA

Triste de mí, que no sé poner
el corazón en los labios. Amo a Vuestra Majestad
según mi obligación, ni más ni menos.

LEAR

Vamos, vamos, Cordelia. Corrige tus palabras,
no sea que malogres tu suerte.

CORDELIA

Mi buen señor, me habéis dado vida,
crianza y cariño. Yo os correspondo como debo:
obedezco, os quiero y os honro de verdad.
¿Por qué tienen marido mis hermanas,
si os aman sólo a vos? Cuando me case, el hombre que reciba mi promesa
tendrá la mitad de mi cariño, la mitad

de mi obediencia y mis desvelos. Seguro que no me casaré como mis hermanas * .

LEAR

Pero, ¿hablas con el corazón?

CORDELIA

Sí, mi señor.

LEAR

¿Tan joven y tan áspera?

CORDELIA

Tan joven, señor, y tan franca.

LEAR

Muy bien. Tu franqueza sea tu dote, pues, por el sacro resplandor del sol, por los ritos de Hécate y la noche y toda la influencia de los astros que rigen nuestra vida y nuestra muerte, reniego de cariño paternal, parentesco y consanguinidad, y desde ahora te juzgo una extraña a mi ser y mi sentir. El bárbaro escita, o aquél que sacia el hambre devorando a su progenie, hallará en mi corazón tanta concordia, lástima y consuelo como tú, hija mía que fuiste.

Consultado el 19 de mayo de 2011

[http://www.acanomas.com/Libros-Clasicos/31550/La-hija-del-aire-\(Pedro-Calderon-de-la-Barca\).htm](http://www.acanomas.com/Libros-Clasicos/31550/La-hija-del-aire-(Pedro-Calderon-de-la-Barca).htm)

Pierre Corneille

El Cid

ESCENA PRIMERA

Jimena, Elvira

JIMENA.—Elvira, ¿me lo has declarado todo sinceramente? ¿No me escondes nada de cuanto te ha dicho mi padre?

ELVIRA.—Aún se hallan todos mis sentidos arrobados; aprecia a Rodrigo tanto como lo estimáis vos, y si yo no me excedo al leer en su alma, estoy segura de que os ordenará que consintáis en su amor.

JIMENA.—Dime, pues, te lo ruego, una vez más lo que te ha llevado a creer que aprueba mi elección: hazme saber nuevamente qué esperanzas son las que debo concebir; tan grato discurso nunca se escuchará con exceso, ni puedes sobrepasarte al prometer a las llamas de nuestro amor la gozosa libertad de mostrarse a la luz del día. ¿Qué es lo que te ha sorprendido acerca de las ocultas intrigas que han llevado a cabo en torno a ti don Sancho y don Rodrigo? ¿No habrás hecho

ver demasiado la desigualdad que existe entre estos dos pretendientes y que hace que me incline en favor de uno de ellos?

ELVIRA.—No; he descrito vuestro corazón tan indiferente que no colma ni destruye las esperanzas de ninguno de ellos, y que, sin mirarlos con ojos demasiado favorables ni severos, espera la orden de un padre para escoger un esposo. Tal conducta le ha encantado, como me han dado testimonio de ello tanto su rostro como sus labios, y puesto que es necesario referiroslo una vez más, he aquí lo que acerca de ellos y de vos me respondió al instante: «Obra como debes; los dos son dignos de ella, de sangre noble, valerosa y fiel; son jóvenes, mas hacen que pueda leerse fácilmente en sus ojos la esplendorosa arrogancia de sus antepasados. Sobre todo don Rodrigo no lleva en sus facciones sino los rasgos que configuran a un hombre de grandes alientos, y procede de una familia tan pródiga en guerreros que nacen en ella entre laureles. El valor de su padre, sin igual en su tiempo, en tanto se halló con fuerzas, se tuvo por maravilla; las arrugas sobre su frente han grabado sus hazañas, y todavía nos hablan de quién fue antaño. Espero tanto del hijo como he visto en el padre, y mi hija, en una palabra, puede amarle y complacerme.» Iba al consejo y al hacerse tarde ha quedado interrumpido este discurso que no hacía más que comenzar; mas después de estas cortas frases creo que no es dudoso hacia quién se inclinan sus preferencias respecto a esos dos pretendientes. El rey debe escoger un ayo para su hijo, y es a él al que corresponde tan honroso cargo: la elección no es dudosa, y su insólita bravura no da lugar a que se tema concurrencia de ninguna especie. Puesto que le hacen inigualable sus hazañas estará sin rival en tan justa pretensión; y puesto que don Rodrigo ha decidido a su padre, al salir del consejo, para que proponga la cuestión, abandono a vuestro criterio el juzgar de cómo aprovechará su tiempo y de si quedarán satisfechos todos vuestros deseos.

JIMENA.—Sin embargo, mi alma turbada parece no querer admitir esta alegría y se encuentra llena de inquietud: un' solo instante confiere a la fortuna rostros diversos y en medio de tanta dicha temo algún infortunio.

ELVIRA.—Felizmente habréis de ver que es injustificado ese temor.

JIMENA.—Sea como quiera, vayamos a esperar el resultado.

ESCENA SEGUNDA

La Infanta, Leonor, un Paje

LA INFANTA.—Paje, id a advertir a Jimena de mi parte que hoy se retrasa un poco por verme y que mi afecto se queja por su pereza.

(Sale el Paje)

LEONOR.—Señora, siempre os inquieta el mismo deseo, y cada día, al entrevistaras con ella, os veo preguntarle por su amor.

LA INFANTA.—Y no es sin motivo: casi la he obligado a recibir las flechas que la han herido. Ella le ama; por mi mano le llevé don Rodrigo y soy yo quien le ayudó a él a vencer sus desdenes: habiendo así forjado las cadenas de estos dos amantes, debo tomarme interés en que concluyan sus trabajos.

LEONOR.—Señora, a pesar de todo, entre tan felices resultados, mostráis una preocupación que llega hasta a hacerse excesiva. Este amor, que a los dos colma de alegría, ¿es el causante de la profunda tristeza de vuestro corazón?, y el gran interés que os tomáis por ellos ¿es el que os hace desgraciada cuando ellos son felices? Mas voy demasiado lejos y resulto indiscreta.

LA INFANTA.—Se redobra mi tristeza teniéndola oculta. Escucha, al cabo, cuánto he combatido, es mucha qué ataques desafían aún mi fortaleza. El amor es un tirano que no desdeña a nadie; amo a ese joven caballero, a ese amante que yo misma he cedido.

LEONOR.—¡Vos le amáis!

LA INFANTA.—Pon tu mano sobre mi corazón y mira cómo tiembla, cómo le reconoce al nombrarle.

LEONOR.—Perdonadme, señora, si os pierdo el respeto al condenar esta pasión. ¡Olvidarse de sí misma tan gran princesa hasta el extremo de dar entrada en su corazón a un simple caballero! ¿Y qué dirá el rey? ¿Qué dirá Castilla? ¿Recordáis aún de quién sois hija?

LA INFANTA.—Tanto lo recuerdo que verteré mi sangre antes que humillarme a desmentir mi rango. Podría responderte que en las almas nobles solamente el mérito tiene derecho a engendrar pasiones, y si la mía tratase de excusarse, mil célebres ejemplos podrían autorizarla, mas en modo alguno quiero llegar hasta donde mi reputación se comprometa; la sorpresa de que han sido víctimas mis sentidos no abate mi firmeza, y me repito siempre que, siendo hija de rey, tan sólo un monarca es digno de mí. Cuando he visto que mi corazón no podía defenderse, yo misma he sido quien ha entregado lo que no osaba tomar. He puesto, en vez de mí, a Jimena entre sus brazos, y he atizado sus ardores para apagar los míos. No te sorprendas más, pues, si en tortura mi alma espera con impaciencia su himeneo: ya ves cómo de él depende hoy mi sosiego. Si vive de esperanzas el amor, con ellas perece; es un fuego que se extingue por falta de leña, y a pesar del rigor de mi triste destino, si Jimena tiene para siempre a Rodrigo por esposo, morirá mi esperanza y se curará mi corazón. Entretanto, sufro increíbles tormentos: hasta ese himeneo Rodrigo podrá ser amado por mí; trabajo por perderle y le pierdo con pesar; ésta es la causa de mi oculto dolor. Veo con tristeza que el amor me obliga a suspirar por lo que desdeño; noto que mi alma toma dos partidos contrarios: si es firme mi voluntad, se halla inflamado mi corazón; ese casamiento es fatal para mí, lo temo y lo deseo: no puedo esperar sino una alegría incompleta. Mi reputación y mi amor son tan fuertes que muero si se lleva a cabo, tanto como si no se realiza.

LEONOR.—Señora, nada tengo que deciros tras todo esto, si no es que sufro con vuestros pesares; antes os condenaba y ahora os compadezco; pero, puesto que en un mal tan dulce y tan doloroso vuestro honor combate a la vez su atractivo y su fuerza, rechaza sus embates y evita su seducción, él devolverá la calma a vuestro espíritu indeciso: esperad lo todo de él y de la ayuda del tiempo; esperadlo todo del cielo: es tan justo que no ha de dejar a la virtud en tan prolongado suplicio.

LA INFANTA.—Mi nris dulce esperanza está en no tenerla.

EL PAJE.—Por vuestra orden Jimena viene a veros.

LA INFANTA.—(A Leonor.) Id a entretenerla un momento.

LEONOR.—¿Queréis permanecer en vuestros delirios

LA INFANTA.—No, quiero tan sólo, pese a mi desesperación, devolver un poco de calma a mi semblante. En seguida os seguiré. (Sola.) Justicia del cielo, de quien aguardo el remedio a mis cuitas, pon término, al cabo, al mal que me posee; afirma mi reposo, sostén mi honor. En la felicidad ajena busco la mía propia. En este himeneo tres personas se hallan interesadas; haz que se realice más pronto o que sea más fuerte mi alma. Juntar a esos dos enamorados con los lazos conyugales es romper mis cadenas y concluir mis tormentos. Mas, me estoy retrasando ya; vayamos al encuentro de Jimena para que se alivie mi pesar con su entrevista.

Consultado el 23 de mayo de 2011

<http://www.libroos.es/libros-de-teatro/neoclasico/31361-corneille-pierre-el-cid-doc.html>

Jean Racine

Fragmento de Andrómana

Escena primera: Orestes, Pílates

ORESTES

Ya que encuentro otra vez a un amigo tan fiel
Quizá ahora el destino me será favorable;
Creo ver que su cólera va a encalmarse de nuevo
Pues que quiso reunir otra vez nuestras vidas.
¿Cómo tierras que fueron para mí tan funestas
Han traído hasta Orestes la persona de Pílates?
¿Cómo tras de seis meses de juzgarte perdido
En la corte de Pirro te contemplan mis ojos?

PILADES

Agradezco a los cielos que poniendo mil trabas
Parecían cerrarme el camino de Gracia,
Desde el día fatal en el que el mar furibundo
Casi frente al Epiro separó nuestras naves.

¡Qué temores los míos en tan largo destierro!
¡Cuánto llanto vertí recelando desdichas!
Siempre viendoos correr algún nuevo peligro
Que mi triste amistad compartir no podía.
Sobre todo temía ese humor melancólico
Al que he visto a menudo dominaros el alma.
Y temía que el cielo, con socorro cruel,
os brindase la muerte que vos siempre buscabais.
Más os veo, señor, y a decirlo me atrevo:
un destino dichoso os conduce hasta Epiro.
Lo suntuoso del séquito que anda tras vuestros pasos
No es lo propio de un triste que persigue la muerte.

ORESTES

¡Ay! ¿Quién puede saber que fortuna me espera?
El amor me ha traído a buscar a una ingrata.
Mas ¿quién sabe el final al que ordena mi vida
Y si al cabo persigo mi vivir o mi muerte?

PÍLADES

¿Cómo es eso? ¿Vuestra alma hecha sierva de amor
Le confía la suerte que él os quiera otorgar?
¿Porqué embrujo, olvidando las torturas sufridas,
Consentís otra vez a llevar sus cadenas?
¿Creeis, pues, que aunque Hermíone fue en Esparta
Os va a dar en Epiro acogida mejor? (implacable
Sonrojado de aquella pasión vana, la odiabais;
Y por fin de ese amor no me hablasteis ya más.
Me engañabais, señor.

ORESTES

Me engañaba a mí mismo.
No te ensañes, amigo, con un triste que te ama.
¿Te oculté alguna vez corazón y deseos?
Viste como nacieron mi pasión y mi afán.
Cuando al fin Menéalo ordenó que su hija
Fuese esposa de Pirro, vengador de su estirpe.
Tú me viste morir; y después tú me has visto
Arrastrar por los mares mi doliente cadena.

Pese a mí, en ese estado tan funesto, te vi
Obstinado en seguir al tristísimo Orestes,
Por doquier atajando mi furor sin medida,
Día a día por fin de mí mismo salvándome.

Consultado el 24 de mayo de 2011

<http://www.libroos.es/libros-de-teatro/neoclasico/33597-racine-jean-baptiste-andromaca.html>

Jean Baptiste Poquelin Moliere

El tartufo

ACTO PRIMERO

PERNELLE:

-Vamos, Flipota, vamos que quiero librarme de ellos.

ELMIRA:

-Camináis a tal paso que cuesta trabajo seguiros.

PERNELLE:

-Dejad, nuera, dejad y no me acompañéis más allá; que no he menester tanta ceremonia.

ELMIRA:

-Justo es cumplir con lo que os es debido. Pero ¿por qué os marcháis tan presto, madre mía?

PERNELLE:

-Hallo insoportable ver cómo se gobierna esta casa, donde nadie se cuida de complacerme. Muy poco edificada salgo de aquí. Todas mis pláticas han sido desoídas; no se respeta nada; todos hablan a gritos; esto parece la corte del rey Pétaut.

DORINA:

-No obstante...

PERNELLE:

-Sois, amiga mía, una sirvienta un tanto deslenguada y asaz impertinente, amiga de entrometeros a dar vuestro consejo en todo.

DAMIS:

-Pero...

PERNELLE:

-Vos, hijo mío, sois un tonto listo y raso. Os lo digo yo, que soy vuestra abuela. Cien veces he predicho a mi hijo y padre vuestro, que tenéis toda la traza de un pícaro y no le daréis sino sinsabores.

MARIANA:

-Yo creo...

PERNELLE:

-Mucho os gusta hacer la discreta, nieta mía. Tan melosa parecéis que empalagáis. Pero bien se dice que no conviene fiar del agua mansa, y tenéis, para vuestro sayo, unas inclinaciones que aborrezco.

ELMIRA:

-Sin embargo, madre mía...

PERNELLE:

-No os molestéis en argumentos, nuera; vuestra conducta es mala en todo. Debierais dar ejemplo a estos jóvenes, según lo hacía, y mucho mejor que vos, su difunta madre. Sois manirrota, hija, y me hiere veros vestida como una princesa. La que quiere agradar sólo a su marido no necesita de tanto aderezo.

CLEANTO

-Después de todo, señora...

PERNELLE:

-Escuchad, señor hermano de mi nuera: os estimo mucho, os quiero y os respeto; pero si fuera esposa de mi hijo, os rogaría con ahínco que no vinierais a esta casa. No hacéis sino predicar máximas de vida que nunca deben seguir las gentes honradas. Os hablo con alguna franqueza, mas soy así y no gusto de tragarme las palabras.

DAMIS:

-En trueque, el señor Tartufo es muy aventajado a vuestros ojos...

PERNELLE:

-Sí; es hombre de bien y merecedor de ser oído, y no puedo tolerar sin encolerizarme que le critique un bobo como vos.

DAMIS:

-¿Acaso voy a tolerar que un hipócrita redomado como ése venga a ejercer en nuestra casa un poder tiránico, sin poder ocuparnos en nada si ese buen señor no se digna consentirlo?

DORINA:

-Si fuéramos a escuchar y creer sus máximas, no se podría hacer nada sin cometer un crimen, porque ese celoso criticón métese en todo.

PERNELLE:

-Bien metido está en cuanto se mete, porque pretende conducirnos por el camino del Cielo. Mi hijo debía inducirnos a que le amaseis.

DAMIS:

-No hay, abuela, padre ni nadie que pueda obligarme a quererle. Hablando de otro modo traicionaría lo que siento. Su forma de obrar me enoja y preveo que acabaré teniendo algo muy soñado con él.

DORINA:

-Como que es cosa que escandaliza ver a un desconocido hacerse dueño de la casa propia. Mucho enfada que un pordiosero que no traía ni zapatos cuando vino, y toda cuya ropa no valía seis dineros, llegue a olvidar quién es y procure contrariarlo todo y obrar como señor.

PERNELLE:

-Mucho mejor iría esta casa si las cosas discurriesen según sus pías disposiciones.

DORINA:

-Vos le juzgáis un santo, pero creedme que toda su conducta es hipocresía.

PERNELLE:

-¡Tened la lengua!

DORINA:

-Pues yo, ni en él ni su Lorenzo querría fiar a no ser con garantía muy buena.

PERNELLE:

-Desconozco lo que pueda ser el sirviente; pero abono al señor por hombre de bien. Le queréis mal y le rechazáis porque os dice las verdades a todos; mas su corazón no se enfurece sino contra el pecado y sólo el interés del Cielo le impulsa.

DORINA:

-Bueno; pero ¿por qué, sobre todo de algún tiempo a esta parte, no quiere tolerar que nadie frecuente la casa? ¿Qué mal causa al Cielo una visita honrada y a qué bueno ha de quebrarnos la cabeza el señor Tartufo con los escándalos que arma en esas ocasiones? ¿Queréis que me explique en confianza? Pues creo que tiene celos de ver agasajada a la señora.

PERNELLE:

-Callad y medidad mejor lo que decís. No es él quien censura tales visitas. El aparato que acompaña a las gentes que aquí acuden, las carrozas plantadas sin cesar a la puerta y tanta reunión de bulliciosos lacayos causan deplorable ruido en la vecindad. No creo que en el fondo suceda nada; mas se habla de ello y eso no es conveniente.

CLEANTO:

-¿Queréis impedir que se hable, señora?

Torpe cosa sería en la vida renunciar a los mejores amigos por miedo a los discursos necios. Y, aun de resolverse a hacerlo, ¿creéis que así se obligaría a la gente a callar? Contra la maledicencia no hay baluarte. No pensemos, pues, en los chismes sandios; vivamos inocentemente y dejemos plena licencia a los murmuradores.

DORINA:

-¿No serán nuestra vecina Dafne y su maridito quienes hablan mal de nosotros? Aquellos de más reprehensible comportamiento son siempre los primeros en calumniar y nunca dejan de asir con presteza la menor apariencia de simpatía entre sus prójimos para sembrar la noticia con regocijo, dándole el sesgo que quieren que se crea. Tiñendo con colores propios los actos ajenos, piensan autorizar los suyos en el mundo, y, so falsa esperanza de alguna similitud, procuran hacer

inocentes las intrigas que tienen ellos, cuando no llevar a compartir a los demás las públicas acusaciones de que ellos están bien cargados.

PERNELLE:

-No vienen aquí a colación esas razones. Notorio es que Orante lleva una vida ejemplar y no piensa sino en el Cielo; y he sabido por ciertas personas que condena mucho la vida que se hace en esta casa.

DORINA:

-¡Admirable ejemplo y buena dama! Cierto es que vive con austeridad; pero son los años los que han puesto en su alma ese ardiente celo. Es recatada en cuanto a su cuerpo, pero mientras ha podido atraer los homenajes de los corazones ha gozado mucho de sus ventajas. Ahora, cuando sus ojos pierden el brillo y el mundo la abandona, quiere renunciar a él y, con el pomposo velo de una gran modestia, disfrazar la aridez de sus marchitos encantos. Así suelen hacer las coquetas al verse abandonadas por sus galanes.

En tal abandono, su sombría inquietud no ve salida sino en el oficio de gazmoña, y la severidad de tan honradas mujeres todo lo censura entonces, sin perdonar nada. Critican en voz alta la vida de todos, no por caridad, sino por envidia, porque no sufren que otras tengan los placeres de que a ellas les ha privado la edad.

Consultado el 25 de mayo de 2011

<http://literatura.itematika.com/descargar/libro/470/tartufo.html>

Johann Schiller

Guillermo Tell

ACTO I

ESCENA PRIMERA

Rocas escarpadas que ciñen el lago de los Cuatro— cantones, frente a Schwyz. El lago forma un golfo. Próxima a la orilla, una cabaña; en el lago, un muchacho pescador en su barca. En el fondo, verdes praderas, aldeas, alquerías de Schwyz, alumbradas por los rayos del sol. A la izquierda, se divisan los picos de las montañas coronadas de nubes; y a la derecha, a lo lejos, los ventisqueros. Antes de levantarse el telón, suena el canto pastoril que llaman Kuhreihen y el cencerreo de los rebaños, y continúan hasta poco después.

PESCADOR.—(Canta en su barca, con la música del Kuhreihen.) El lago sonrío; invita a bañarse. Dormía el niño, recostado en la verde orilla, oyó suave sonido como el de la flauta, como la voz de los ángeles en el paraíso; cuando despierta gozoso, la onda baña su pecho, y una voz salida del fondo de las aguas, le dice: “¡Oh! niño mío, me pertenes; te sorprende en brazos del sueño, y voy a llevarte a mi morada.”

PASTOR.—(En la montaña, variación del Kuhreihen.) “¡Adiós! pastos, praderas que dora el sol; los pastores deben separarse; huye el verano. Trepemos a los montes, para volver cuando se deje oír el cuclillo, y resuenen las canciones, y se revista de flores la tierra, y con la llegada de mayo hermoso manen las fuentes. Adiós, pastos, praderas que dora el sol; los pastores deben separarse; huye el verano.

CAZADOR DE LOS ALPES.—(Parece en lo alto de las rocas. Segunda variación del Kuhreihen.) Trueno en las alturas, tiembla la palanca, pero el cazador prosigue impávido su camino; resistiendo al vértigo; osado avanza por campos de hielo. Allí, no florece la primavera, ni verdea un solo ramo.

Tiene bajo sus plantas un océano de nubes, y no divisa las ciudades de los hombres; sólo ve el mundo a través de la rasgada niebla, y la verde campiña le aparece, debajo de las aguas.” (Cambia el aspecto del paisaje; suena sordo rumor en la montaña, y la sombra de las nubes cubre la comarca. RUODI el pescador, sale de su cabaña. WERNI, el cazador, desciende de las rocas.

KUONI, el pastor, se adelanta con una cántara de leche. SEPPI, su criado, le sigue).

RUODI.—Date prisa, Jenni; saca la barca a la orilla. Amenaza y se acerca la tempestad; el pico de Mitene se corona de nubes y silva el viento glacial saliendo de su caverna; es tallará la tormenta antes de lo que pensamos.

KUONI.—Lluvia tenemos, buen batelero; mis ovejas pacen la yerba con ansia, los perros escarban la tierra.

WERNI.—Saltan los peces, y se sumerge la gallineta; la tempestad hace camino.

KUONI.—(A SEPPI.) A ver, Seppi, si se ha dispersado la vacada.

SEPPPI.—Oigo la esquila de la pelinegra Liseta.

KUONI.— Entonces no falta una sola vaca, porque ésta llega siempre la última.

RUODI.—Vuestras esquilas, buen pastor, tienen un sonido agradable.

WERNI.—Y es buena la vacada. ¿Es vuestra, compañero?

KUONI.—No soy tan rico; es de mi bondadoso señor de Attinghausen, que la confió a mi cuidado.

RUODI.—¡Qué bien sienta este collar a esta vaca!

KUONI.—Harto conoce que dirige el rebaño; si se lo quitara dejaría de pacer.

RUODI. ¿Esto creéis, de un animal sin razón?

WERNI.—Pronto está dicho eso. También los animales tienen inteligencia. Nadie lo sabe como nosotros, los cazadores de gamuzas. Cuando quieren pacer tranquilamente, colocan previsoras a poca distancia un centinela que aguza el oído, y anuncia con un gritó la proximidad del cazador.

RUODI.—(Al pastor.) ¿Volvéis a casa?

KUONI. Ha pasado la estación de los pastos en los Alpes.

WERNI.—Os deseo un feliz regreso, buen pastor.

KUONI.—Y yo a vos; que no siem pre se vuelve de vuestras excursiones.

RUODI.—¡Un hombre viene corriendo hacia acá!

WERNI.—Le conozco. Es Baumgarten de Alzellen.

CONRADO BAUMGARTEN. — (Sin aliento.) Por amor de Dios... vuestra barca, batelero.

RUODI.—Pero bien, ¿qué hay que urge tanto?

BAUMGARTEN.—Desatad la barca, y me salvaréis la vida. Conducidme a la orilla opuesta.

KUONI. ¿Qué os pasa, amigo?

WERNI. ¿Quién os persigue?

BAUMGARTEN.—Daos prisa, daos prisa, porque me siguen de cerca. Me persiguen los soldados del gobernador, y soy muerto si me cogen.

RUODI. ¿Y por qué os persiguen?

BAUMGARTEN.—Salvadme, primero; luego os lo diré.

WERNI.—Estáis manchado de sangre; ¿qué ha ocurrido?

BAUMGARTEN.—El baile del emperador que residía en Rossberg..

KUONI. ¿Os persigue Wolfenschieszen?

BAUMGARTEN.—No; ya no hará más daño a nadie; le he muerto.

TODOS.—(Retrocediendo.) ¡Dios os socorra! ¿qué habéis hecho?

BAUMGARTEN.—Lo que todo hombre libre, en mi lugar. He usado de mi derecho contra quien atentaba a mi honor y al de mi esposa.

KUONI.—¿El baile atentó a vuestro honor?

BAUMGARTEN.—Dios y mi hacha se han opuesto a sus infames designios.

WERNI. ¿Le habéis partido el cráneo de un hachazo?

KUONI.—Cont adnos lo ocurrido, tenéis tiempo para ello, mientras botan al agua el batel.

BAUMGARTEN.—Había salido a cortar leña en el bosque, cuando de pronto veo llegar a mi mujer, sofocada, angustiada, y me dice que viene huyendo de casa donde se le ha presentado el baile, ordenándole preparar un baño, y haciéndole indignas proposiciones. Inmediatamente me voy allá, y sin aguardar nada, descargo sobre él un hachazo.

WERNI.—Hicisteis perfectamente Y nadie podrá culparos.

KUONI.—¡Miserable! Encontró lo merecido. Mucho ha que el pueblo de Unterwald le debía otro tanto.

BAUMGARTEN.—El suceso se ha hecho público... ; me persiguen y mientras hablamos... ¡Dios mío!... el tiempo pasa! (Truena.)

KUONI.—Despacha, batelero; conduce este hombre a la orilla opuesta.

RUODI.—No os embarcáis; terrible tempestad se acerca, y fuerza es aguardar.

BAUMGARTEN.—¡Santo Dios!... No me es posible; cada instante que pasa es mortal.

KUONI.—(Al pescador.) Probadlo; con la ayuda de Dios, es necesario auxiliar al prójimo. Lo mismo puede sucedernos un día a nosotros. (Rayos y truenos.)

RUODI.—El Foehnse desencadena. ¡Ved qué formidable oleaje! ¡No podré conducir mi barca luchando con la tormenta y las olas!

BAUMGARTEN. — (Abrazándose a sus rodillas.) ¡Qué Dios tenga piedad de vos, como vos de mí!

WERNI.—Va en ello su vida, batelero; compadecedle.

KUONI.—Es padre de familia; tiene esposa... tiene hijos... (Redoblan los truenos.)

RUODI.—¡Pero también yo arriesgo en ello mi vida! ¡también yo tengo esposa y tengo hijos en casa! Oid cómo ruge y avanza la tormenta; ved cómo se alzan las olas del fondo del lago. Yo bien quisiera salvar a ese bravo, pero ya veis que es absolutamente imposible.

BAUMGARTEN.—(De rodillas.) Fuerza será, pues, que caiga en manos de mis enemigos, cuando me hallo próximo a la playa salvadora... cuando la veo enfrente de mí ... Allí está; la alcanzan mis ojos; llega a ella el eco de mi voz...; y aquí, la barca, que me conduciría a ella... ¿y debo quedarme sin socorro y sin esperanza?

KUONI.—Mirad quién viene.

WERNI.—Tell de Bürglen.

GUILLERMO TELL—(Armado de su ballesta.) ¿Quién es este hombre que implora socorro?

KUONI —Un vecino de Alzellen que ha defendido su honor, y ha muerto a Wolfenschieszen, el baile regio de Rossberg. Los guardias del gobernador siguen sus pasos, y ruega al batelero que le conduzca a la otra orilla, pero éste, amedrentado por la tempestad, no quiere arriesgarse a ello.

RUODI. Tell sabe también manejar el remo; él os dirá si es posible tentar ese paso.

TELL.—Cuando la necesidad apremia, batelero, se pasa todo. (Grandes truenos, braman las olas).

RUODI.—Sería como arrojar me a la boca del infierno. Ningún hombre sensato lo intentaría.

TELL.—Los valientes sólo se acuerdan de ellos en último lugar. Fía en el cielo, y socorre al oprimido.

RUODI.—Desde el puerto, fácil es dar consejos. Aquí está la barca; aquí está el lago; probadlo.

TELL. El lago puede calmarse y el gobernador no. Haz un esfuerzo, batelero.

EL PASTOR Y EL CAZADOR— ¡Salvadle! ¡salvadle, salvadle!

RUODI .—No; aunque fuera mi hermano; aunque fuera mi propio hijo; no es posible. Hoy es el día de San Simón y San Judas... el lago está enfurecido y reclama su presa.

TELL.—De nada sirven las palabras, el tiempo apremia, y es necesario socorrer a este hombre. Dí, batelero, ¿quieres llevarlo?

RUODI.—No; yo, no.

TELL.—Pues bien. ¡Dios me proteja! venga la barca; voy a ensayar mi débil brazo.

KUONL.—¡Valiente Tell!

WERNI.—¡Acción digna de un cazador!

BAUMGARTEN.—Tell, sois mi salvador, mi ángel bueno.

TELL.—Os sustraeré a la cólera del enemigo, mas forzoso será que otro os proteja contra las olas. Pero siempre vale más ponerse en manos de Dios, que en manos de los hombres. (Al pastor.) Amigo, vos consolaréis a mi mujer, si me sucede alguna desgracia. Hago lo que no puedo excusar. (Entra en la barca.)

KUONI.—(Al pescador.) Sois un piloto ¿y no os atrevéis a intentar lo que Tell?

RUODI.—Otros que valen más que yo, no le imitarían. No hay dos hombres como él en estas montañas.

WERNI.—(Encaramado en una roca.) Partió. ¡Que Dios te socorra, bravo batelero! ¡Mirad cómo danza la barca sobre las olas!

KUONI .— (Desde la ribera.) El oleaje se eleva hasta cubrirla... Ya no veo.. Reaparece... ¡Cómo lucha el experto piloto con la oleada!

SEPPI.—¡Los guardias del gobernador se acercan!

KUONI.—¡Dios mío!... son ellos... Era ya tiempo de socorrer le... (Llegan en tropel algunos caballeros de Landenberg.)

1er. CARÁLLERO.—Entregadnos al asesino que habéis ocultado.

2do CABALLERO. —En vano intentaréis negar que tomó este camino.

KUONI y RUODI. ¿De quién habláis, caballero?

1er. CABALLERO.—(Viendo la barca.) ¿Qué veo?... ¡Diablo! —

WERNI.—(Desde su altura.) ¿Buscáis al de la barca?... Entonces, galopad, y podéis todavía alcanzarle.

2do. CABALLERO. —¡Maldición!... se nos escapó.

1er. CABALLERO.—(Al pastor y al pescador.) Le habéis auxiliado y debéis sufrir castigo. ¡Caed sobre sus rebaños, destruid esta choza, matad, incendiad!

SEPPI.— (Huyendo) ¡Oh! ¡mis corderos!

KUONI.—(Siguiéndole.) ¡Desdichado de mí! ...¡Mi rebaño!

WERNI.— — ¡Malvados!

RUODI.— (juntando las manos.) ¡Justicia divina!... ¿Cuándo llegará el libertador de esta comarca?

Consultado el 25 de mayo de 2011

http://dominiopublico.es/libros/Friedrich_von_Schiller/Friedrich%20von%20Schiller%20-%20Guillermo%20Tell.pdf

Johann Schiller

De la gracia y la dignidad

El mito griego atribuye al a diosa de la belleza un cinturón que posee la virtud de otorgar gracia a quien lo lleva, y procurarle amor. Esta misma deidad va acompañada de las Gracias.

Los griegos distinguían de la belleza, pues, la gracia y las Gracias, puesto que representaban a éstas por atributos que podían ser separados de la diosa de la belleza. Toda gracia es bella, ya que el cinturón de los encantos es propiedad de la diosa de Cnido; pero no todo lo bello es gracia: aun sin ese cinturón sigue siendo Venus lo que es. Según esta misma alegoría, sólo la diosa de la belleza es la que lleva el cinturón de los encantos y los concede. Juno, la magnífica reina del cielo, debe primero pedir prestado a Venus el cinturón, cuando quiere seducir a Júpiter en el Ida. La majestuosidad, pues, aun cuando la adorne cierto grado de belleza (que nadie le niega en modo alguno a la esposa de Júpiter), no está segura de gustar sin gracia; porque no de sus propios encantos, sino del cinturón de Venus, espera la egregia reina de los dioses triunfar sobre el corazón de Júpiter.

Sin embargo, la diosa de la belleza puede desprenderse de su cinturón y transferir su virtud a un ser menos bello. La gracia no es, por tanto, privilegio exclusivo de lo bello, sino que puede también pasar, aunque siempre únicamente de la mano de lo bello, a lo menos bello, y hasta a lo no bello.

Los griegos mismos recomendaban a aquel que, aun poseyendo los dones del espíritu, careciera de la gracia, de lo agradable, sacrificar a las Gracias. Si bien estas diosas fueron, pues, imaginadas por ellos como acompañantes del bello sexo, podían, no obstante, volverse también propicias al hombre, a quien son indispensables cuando quiere agradar.

Ahora bien: ¿qué es la gracia si, a pesar de que prefiere estar unida a lo bello, no lo está sin embargo de modo exclusivo; si, aunque proviene ciertamente de lo bello, manifiesta también sus efectos en lo no bello; si la belleza por más que puede existir sin ella, sólo por ella puede inspirar inclinación?

EL delicado sentimiento de los griegos distinguió, ya desde temprano, lo que todavía la razón no era capaz de precisar, y en procura de una expresión, tomó de la fantasía imágenes, dado que el entendimiento no podía ofrecerle aún conceptos. Aquel mito es, pues, digno del respeto del filósofo, quien, por otra parte, tiene que conformarse a fin de cuentas con buscar los conceptos para las intuiciones en las cuales el mero sentido natural fija sus descubrimientos, o, dicho de otro modo, con explicar la escritura figurada de las sensaciones.

Si a esa idea de los griegos se la despoja de su envoltura alegórica, parece no contener otro sentido que el siguiente: La gracia es una belleza en movimiento; es decir, una belleza que puede originarse casualmente en su sujeto y cesar de la misma manera. En eso se diferencia de la belleza fija, que está dada necesariamente con el sujeto mismo. Venus puede quitarse el cinturón y dejárselo por un momento a Juno; sólo podría renunciar a su belleza renunciando a su persona. Sin su cinturón, no es ya la encantadora Venus; sin belleza, ya no es Venus. Este cinturón, como símbolo de la belleza en movimiento, tiene sin embargo la singularidad de que presta a la persona con él adornada la cualidad objetiva de la gracia; y se distingue por ello de todo otro adorno, que

transforma no la persona misma, sino sólo su impresión, subjetivamente, en la representación de otro. El sentido expreso del mito griego es que la gracia se transforme en una cualidad de la persona y que la portadora del cinturón sea realmente amable y no sólo lo parezca.

Cierto que un cinturón, que, no es más que un accidental adorno exterior, no parece una imagen del todo apropiada para significar la cualidad personal de la gracia; pero una cualidad personal que es pensada al mismo tiempo como separable del sujeto no podía, quizás, simbolizarse de otra manera que como un adorno accidental, que se puede separar de la persona sin dañarla.

El cinturón de la gracia no produce, pues, un efecto natural, porque en este caso no podría cambiar nada en la persona misma, sino un efecto mágico, vale decir que su fuerza rebasa todas las condiciones naturales. Por medio de este recurso (que ciertamente no es más que una escapatoria, se quería resolver la contradicción en que la facultad representativa se enreda siempre, inevitablemente, cuando busca en la naturaleza una expresión para lo que está colocado fuera de la naturaleza, en el reino de la libertad.

Ahora bien, si el cinturón expresa una calidad objetiva que se deja separar de su sujeto, sin determinar por eso cambio ninguno en su naturaleza, entonces no puede significar otra cosa que belleza de movimiento; pues el movimiento es el único cambio que puede ocurrir en un objeto sin suprimir su identidad.

Belleza de movimiento es un concepto que satisface las dos exigencias contenidas en el mito citado. Primero: es objetiva y pertenece al objeto mismo, no sólo a nuestra manera de percibirlo. Segundo: es accidental en él, y el objeto persiste aun cuando con el pensamiento le quitamos esta cualidad.

El cinturón de la gracia tampoco pierde su fuerza mágica con lo menos bello ni con lo no bello; lo cual significa que también lo menos bello y lo no bello pueden moverse bellamente. La gracia, dice el mito, es un accidente en su sujeto; por eso, sólo los movimientos accidentales pueden tener esta cualidad. En un ideal de belleza tienen que ser bellos todos los movimientos necesarios, porque pertenecen, como necesarios, a su naturaleza; la belleza de estos movimientos ya está, pues, dada con el concepto de Venus; la belleza de los accidentales es, en cambio, una ampliación de este concepto. Hay una gracia de la voz, pero no una gracia de la respiración. Pero ¿es gracia toda belleza de los movimientos accidentales?

Que la leyenda griega limita la gracia solamente a la humanidad, es cosa que apenas necesita mencionarse; hasta va más lejos, y encierra la belleza de la figura dentro de los lindes del género humano, en el cual el griego comprende también, como es sabido, sus dioses. Pero si la gracia es sólo un privilegio de la forma humana, ninguno de aquellos movimientos que el hombre tiene de común con lo que es mera naturaleza puede pretenderla. Pues si los bucles de una hermosa cabeza pudiesen moverse con gracia, ya no habría ninguna razón para que no pudiesen moverse también con gracia las ramas de un árbol, las ondas de un río, las espigas de un trigal, los miembros de los animales. Pero la diosa de Cnido representa sólo el género humano, y donde el hombre no es más que una cosa natural y un ser sensible, deja ella de tener importancia para él. Sólo a los movimientos voluntarios puede, pues, corresponder gracia; pero entre ellos también sólo a los que son expresión de sentimientos morales. Movimientos que no tienen otra fuente que la sensualidad pertenecen, sin embargo, aunque sean voluntarios, únicamente a la naturaleza, la cual, por sí sola, no se eleva nunca hasta la gracia. Si el apetito, si el instinto pudieran manifestarse con gracia, entonces la gracia no sería ya capaz ni digna de servir de expresión a la humanidad.

Y sin embargo, sólo en la humanidad es donde el griego encierra toda belleza y perfección. La sensualidad nunca debe mostrarse sin alma, y para su sentimiento de la humanidad es

igualmente imposible separar la animalidad bruta y la inteligencia. Así como para cada idea crea al punto un cuerpo y trata de corporizar también lo espiritual, así exige de cada acción del instinto en el hombre, al mismo tiempo, una expresión de su determinación moral. Para el griego la naturaleza nunca es sólo naturaleza: por eso no ha de sonrojarse al honrarlo; para él la razón nunca es sólo razón: por eso tampoco ha de asustarle el someterse a su criterio. Naturaleza y moral, materia y espíritu, tierra y cielo confluyen con maravillosa hermosura en sus poemas. Introducía la libertad, que sólo habita en el Olimpo, también en los negocios de la sensualidad, y por eso se le debe perdonar que trasplantara la sensualidad al Olimpo.

Ahora bien: el delicado sentido de los griegos, que nunca tolera lo material sino en compañía de lo espiritual, no sabe de ningún movimiento voluntario en el hombre que pertenezca sólo a la sensualidad y no sea al mismo tiempo expresión del espíritu que siente moralmente. Por lo tanto, para él la gracia no es otra cosa que una bella expresión del alma en los movimientos voluntarios. Donde se presenta, pues, la gracia, allí el alma es el principio motor y en ella está contenida la causa de la belleza del movimiento.

Y así se resuelve aquella representación mitológica en el siguiente pensamiento: "Gracia es una belleza no dada por la naturaleza, sino producida por el sujeto mismo."

Consultado el 26 de mayo de 2011

<http://www.pprincipio.cult.cu/najasa/Biblioteca%20virtual%20R/ReyLear.pdf>

Honorat de Balzac

El Tío Gorrito

—¿De dónde vienen ustedes tan de mañana, mi buena señora?

—dijo la señora Vauquer a la señora Couture.

—Venimos de rezar nuestras devociones en Saint-Etienne-duMont, pues¿acaso no tenemos que ir hoy a ver al señor Taillefer? Pobrecita mía, está temblando como una hoja —prosiguió la señora Couture sentándose delante de la estufa, a cuya boca acercó sus zapatos que empezaron a echar humo.

—Caliéntese usted, Victorina —dijo la señora Vauquer.

—Está bien, señorita, eso de rogar a Dios para que ablande el corazón de su padre —dijo Vautrin ofreciendo una silla a la huérfana—. Pero no es suficiente. Necesitaría usted un amigo, que se encargara de cantarle las cuarenta a semejante cerdo, un salvaje que tiene, según dicen, tresmillones, y que no le da a usted su dote. Una chica guapa necesita una dote en estos tiempos.

—Pobre niña —dijo la señora Vauquer—. Vamos, mi vida, que el monstruo de su padre hace todo lo que puede para acarrear una desgracia.

Al oír tales palabras, los ojos de Victorina se anegaron en llanto, y la viuda se paró ante una seña que le hizo la señora Couture.

—Si por lo menos pudiéramos verle, si pudiera hablar con él, entregarle la última carta de su esposa —prosiguió la viuda del comisario ordenador—.

Nunca me he atrevido a echarla al correo; como conoce mi letra...

—¡Ok! Mujeres inocentes; desgraciadas y perseguidas —gritó Vautrin interrumpiéndola—. ¡A dónde habéis venido a parar! Pero dentro de unos días me meteré en sus asuntos y todo funcionará.

—¡Oh!, señor —dijo Victorina lanzando una mirada fría y ardiente al mismo tiempo a Vautrin, que no se conmovió lo más mínimo por ello—, ¡si usted supiera un medio de llegar a mi padre! Dígale que su amor y el honor de mi madre son para mi, más preciados que todas las riquezas de este mundo. Si consiguiera que cediera un poco en su rigor, yo rezaría mucho por usted. Cuente con mi agradecimiento...

—Durante mucho tiempo he recorrido el mundo... —cantó Vautrin con voz irónica.
En ese momento Goriot, la señorita Michonneau y Poiret bajaron, atraídos por el olor de la salsa roja que hacía Silvia para condimentar las sobras del cordero. En el momento que los siete comensales se sentaron a la mesa, deseándose buenos días dieron las diez. Se oyeron en la calle los pasos del estudiante.
—¡Ah bien!, señor Eugenio Rastignac —dijo Silvia—, hoy va a desayunar con todo el mundo. El estudiante saludó a los huéspedes y se sentó al lado del tío Goriot.
—Acaba de ocurrirme una singular aventura —dijo—, sirviéndose cordero en abundancia y cortándose un trozo de pan que la señora Vauquer medía siempre con los ojos.
—¡Una aventura! —exclamó Poiret.
—Bueno, ¿por qué se asombra usted tanto, viejo vaina? —dijo Vautrin a Poiret—. El caballero está bien para tenerlas.
La señorita Taillefer dejó resbalar una mirada tímida sobre el estudiante.
—Cuéntenos su aventura —pidió la señora Vauquer.
—Ayer, estaba en el baile en casa de la señora vizcondesa de Beauseant, una prima mía que tiene una casa magnífica, habitaciones forradas de seda, en fin, que nos ha dado una fiesta soberbia, donde me he divertido como un rey...
—Yezuelo —exclamó Vautrin cortándole en seco.
—Diga señor, ¿qué quiere decir? —replicó vivamente Eugenio.
—Digo yezuelo, porque los reyezuelos se divierten mucho más que los reyes.
—Es cierto: yo preferiría ser un pajarillo sin preocupaciones, mejor que rey, porque... —dijo Poiret, el idemista.
—En fin —prosiguió el estudiante, cortándole la palabra—, estaba bailando con una de las mujeres más bellas del baile, una condesa encantadora, la más deliciosa criatura que haya visto jamás. Llevaba un tocado de flores de melocotonero, llevaba en el costado el más hermoso ramillete de flores, de flores naturales que embalsamaban; pero, ¡bah!
¡Tendrían que haberla visto! Es imposible describir a una mujer animada por el baile. Pues bien, esta mañana, me he encontrado a esa condesa divina, a eso de las nueve, en la calle de Grés.
¡Oh!, el corazón se me iba a saltar del pecho, yo me imaginaba...
—Que ella venía aquí —dijo Vautrin, lanzándole una mirada escudriñadora—. Iba, sin duda, a casa del tío Gobseck, el usurero. Si alguna vez rebusca usted en el corazón de una mujer de París, encontrará en él antes al usurero que al propio amante. Su condesa se llama Anastasia de Restaud, y vive en la calle del Helder.
Al oír aquel nombre, el estudiante miró fijamente a Vautrin. El tío Goriot levantó bruscamente la cabeza. Echó sobre los dos
—Cristóbal llegará demasiado tarde, entonces ella ya habrá ido allí... —exclamó dolorosamente Goriot.
—Acerté —dijo Vautrin inclinándose al oído de la señora Vauquer.
Goriot comía maquinalmente y sin saber lo que comía. Nunca había parecido más estúpido, ni más absorto de lo que estaba en ese momento.
—¿Quién diablos ha podido decirle a usted su nombre? —preguntó Eugenio.
—¡Ah!, ¡Ah! Esa es la cuestión —respondió Vautrin—. El tío Goriot lo sabía
¿Por qué no iba a saberlo yo?
—Señor Goriot —llamó el estudiante.
—¡Qué! —dijo el pobre viejo—. Entonces, ¿estaba muy guapa ayer?
—¿Quién?
—La señora de Restaud.
—¡Miren el viejo verde! —dijo la señora Vauquer a Vautrin—. ¡Cómo se le encienden los ojillos!
—¿Será su querida entonces? —cuchicheó la señorita Michonneau al estudiante.
—¡Oh! ¡Sí! Estaba rabiosamente guapa —continuó Eugenio, a quien el tío Goriot miraba con avidez—. Si la señora de Beauseant no hubiera estado allí, mi divina condesa habría sido la reina del baile. Los jóvenes no tenían ojos más que para ella, yo era el duodécimo apuntado en su lista, ella bailaba todas las contradanzas. Las otras mujeres rabiaban. Si una mujer fue feliz ayer, esa

fue ella. Razón tienen quienes dicen, que no hay nada más bello que una fragata con las velas al viento, un caballo al galope, o una mujer bailando.

—Ayer en lo más alto de la rueda (de la fortuna) en casa de una duquesa

—dijo Vautrin—; y esta mañana en el último peldaño de la escalera, en casa de un prestamista usurero. Así son las parisinas. Si sus maridos no pueden mantener su lujo desenfrenado, ellas se venden. Si no son capaces de venderse, serían capaces de sacarle las tripas a su madre, para buscar en ellas, algo con qué brillar. En fin, hacen las cien mil perrerías. Eso está sabido y requetesabido.

El rostro del tío Goriot, que se había iluminado como el sol de un día claro, se ensombreció ante esta cruel observación de Vautrin.

—Pero bueno —dijo la señora Vauquer—, ¿dónde está entonces su aventura? ¿Le habló usted? ¿Le preguntó si venía ella a estudiar

Derecho?

—Ella no me vio —dijo Eugenio—. Pero encontrarse a una de las más bellas mujeres de París, en la calle de Grés, a las nueve de la mañana, una mujer que ha debido volver a casa desde el baile sobre las dos de la madrugada, ¿no es extraño? Sólo en París pueden ocurrir semejantes aventuras.

Consultado el 26 de mayo de 2011

<http://biblioteca.vitanet.cl/colecciones/800/840/843/goriot.pdf>

Strindberg August

El Viaje De Pedro el Afortunado

ACTO PRIMERO

Interior en el campanario de una iglesia. A lo lejos, el pueblo: luz en las ventanas de las casas, nieve en los tejados y estrellas en el cielo. Se escucha lejano el canto del coro.

Escena 1.^a

Pasos en la escalera. Por una puerta, al fondo, entra agachado el VIEJO. Trae consigo un cepo para las ratas, un saco de maíz y una fuente llena de gachas.

EL VIEJO:

Este año el duende se ha ganado las gachas de Nochebuena; siempre que se me olvidaba, tocó por mí las campanas. ¡Felices Navidades, duende! ¿Me oyes? (Habla hacia las vigas del techo). ¡Feliz Nochebuena! (Deja la fuente sobre un cajón. Coloca el cepo en una esquina). Hace tiempo que no cae ninguna. ¡Ratas del infierno! ¡A ver si dejáis de comeros la sogá de la campana y la grasa del eje! (Toma puñados de maíz y va repartiéndolos por distintos comederos de barro, colocados en el exterior del campanario). ¡Maíz para los pajaritos! ¡Malditos pajarracos! ¡Malditas cagaditas! ¡Que el pueblo se entere: el párroco es muy generoso! ¡El maíz para los pajaritos lo paga la parroquia! Pero a mí no me suben el sueldo ni un ochavo desde hace veinte años... ¡Claro! Si me suben el sueldo, no se entera nadie, pero que todo el mundo sepa lo caritativa que es la Iglesia con los pajaritos de Dios. ¡Pajarracos del demonio! (Termina y se va refunfuñando).

Escena 2.^a

Dos ratas, NINA —muy flaca— y NONA —gordísima—, entran con sigilo, apareciendo en un rincón. Escuchan los pasos del VIEJO, que se pierden escaleras abajo.

NONA:

¿No hueles a queso, Nina?

NINA:

Huelo a queso, Nona. (NONA corre hacia la esquina donde el VIEJO ha dejado el cepo). ¡Cuidado, Nona! (Se acerca). El cepo, ¡míralo! (Muy triste). En uno igual que ése cayeron mis hijos...

NONA:

¡Viejo asqueroso!

NINA:

¿Por qué no roemos las vigas? ¡Que le caigan las campanas en la cabeza!

NONA:

Sólo me queda un diente...

NINA (enfadada):

¡Y a mí dos!... Se trata de querer... Lo que pasa es que a ti no te importa lo de mis hijos...

NONA:

¡Nina, por amor de Dios!

NINA:

¡Eres una egoísta, que sólo piensa en comer!

NONA:

¡Cálmate, Nina! No discutamos en un día como hoy. ¡Es Nochebuena! (Cantando). ¡Hoy es Nochebuena y mañana Navidad! Dame la bota...

NINA (interrumpiéndola):

¡Chissss! ¡Calla, Nona! Mira lo que hay ahí...

NONA (embelesada):

¡Una fuente de gachas!

Toman la fuente de las gachas y mientras siguen hablando se instalan y comen con fruición.

NINA:

La fuente que el viejo ha dejado...

NONA:

... para el duende...

NINA:

... y que nosotras...

NONA:

...¡Vamos a comer!

NINA (corriendo y riendo):

¡Menuda le va a caer! El duende creerá que el viejo se ha olvidado de las gachas.

NONA:

¡Y bueno es el duende!

NINA:

Y, además, con el miedo que el viejo le tiene...

NONA:

¡Cualquiera no se lo tiene! Esperemos que no se entere nunca que hemos sido nosotras. Cuando se enfada es terrible...

NINA:

Terrible y vengativo. (Ríe cruelmente). El duende vengará la muerte de mi ratito y mi ratita. (Se oye ruido en el tejado). ¡Alguien viene! ¡Vamos, corre!

NONA:

¡Espera que acabe esto poquito...!

NINA:

¡Rápido! ¡Ven!

Se esconden, desapareciendo al entrar en escena el DUENDE.

Escena 3.^a

El DUENDE —pícaro y viejo— desciende por la cuerda de una campana. Busca olfateando.

DUENDE:

¡Huelo a gachas! ¡Huelo a gachas! ¡Seguro que el viejo me ha dejado una buena fuente! ¡Por la cuenta que le tiene! (Sigue buscando). ¡Huelo a gachas! Espero que las haya hecho con mucha manteca, como a mí me gustan. ¡Mantecosas! (Se afloja el cinturón). ¡Estómago, prepárate! (Encuentra la fuente y la huele nervioso). ¡Huelo a gachas y no veo gachas! ¡Maldito viejo! ¿Es que quiere reírse de mí? (Indignado). ¡Reírse de mí! ¡Te vas a enterar! (Pasea de esquina a esquina). ¡Te vas a enterar! Te has comido las gachas y me has dejado la fuente vacía para que las huela... ¡Te vas a enterar! (Vuelve a pasear, cada vez más nervioso e irritado). ¿Qué te hago, qué te hago? ¡Lo que más te duela! (Se detiene iluminándosele la cara). ¡Ya está! ¡Pedro!... (Taimado). Ése va a ser mi regalo de Navidad... (Se dirige al público). El viejo tiene encerrado, desde que nació, a su hijo Pedro... La madre murió en el parto... No quiere que el muchacho, tiene ya dieciséis años, descubra ni la maldad de los hombres ni los placeres del mundo. Pedro sólo conoce lo poco que desde la torre puede ver; y yo sé que sueña con escapar de aquí; y vivir, y descubrir lo que sueña y lo que imagina... Y como la ilusión del viejo es que su hijo siga siempre aquí y le suceda como sacristán, pues... ¡voy a destrozarle esa ilusión! (Gesticula musitando un conjuro). ¡Llamaré al Hada Pirulada! (Continúa gesticulando hasta que la figura del Hada se materializa).

Consultado el 27 de mayo de 2011

<http://www.libroos.es/libros-de-narrativa/juvenil/59211-strindberg-august-el-viaje-de-pedro-el-afortunado-doc.html>

Edmond Rostan

Cyrano de Bergerac

ESCENA PRIMERA

El público va llegando poco a poco. Caballeros, un burgués, lacayos, pajes, rateros, el portero, etc.; después los marqueses, CUIGY, BRISSAILLE, la cantinera, los músicos, etc. Se oye detrás de la puerta un gran vocerío. De repente, entra un caballero.

EL PORTERO. (Persiguiéndole.)
¡Eh! ¡Quince sueldos!

EL CABALLERO.
¡Yo entro gratis!

EL PORTERO.
¿Por qué?

EL CABALLERO.

Pertenezco a la Casa Real.

EL PORTERO. (A otro caballero que acaba de entrar) ¿Y vos?

SEGUNDO CABALLERO.
Yo no pago: soy mosquetero.

PRIMER CABALLERO. (Al segundo.)

La función no comienza hasta las dos y no hay nadie en la sala. Practiquemos, si os place, con el florete. (Hacen esgrima con sus espadas.)

UN LACAYO. (Entrando.)
¡Pst... ! ¡Flanquin!

OTRO LACAYO. (Que acaba de entrar.)
¿Champagne...?

PRIMER LACAYO. (Enseñándole los juegos que saca de su jubón.)
Cartas o dados... ¿Qué prefieres? (Guarda los dados.) Tú repartes.

SEGUNDO LACAYO. (Sentándose como el otro.) De acuerdo, granuja.

PRIMER LACAYO. (Saca de su bolsillo un cabo de vela; lo enciende y lo pega en el suelo.) Le robé a mi amo un poco de luz.

UN GUARDIA. (A una florista que entra.)
¡Qué bien que hayas venido antes de empezar! (La coge por la cintura.)

UN ESPADACHÍN. (Al recibir una estocada.) ¡Tocado!

UN JUGADOR.
¡Bastos!

EL GUARDIA. (Persiguiendo a la muchacha.)
¡Dame un beso!

LA FLORISTA. (Desasiéndose.)
¡Quita! ¡Nos pueden ver...!

GUARDIA. (Llevándola a un rincón oscuro.)
No temas, ¡no hay peligro!

UN HOMBRE. (Sentándose en el suelo junto a otros que han traído comida.) ¡Qué a gusto se come cuando se llega pronto!

UN BURGUÉS. (Entrando con su hijo.)

(Sentémonos allí, hijo mío.)

UN JUGADOR.

¡Yo gano! ¡Llevo el as! 10

UN HOMBRE. (Sacando una botella de debajo de su capa y sentándose, dice con solemnidad.)

¡Un buen borracho, en el palacio de Bergoña (bebe) su borgoña ha de beber!

EL BURGUÉS. (A su hijo.)

¿Quién podrá negar que nos hallamos en un antro? (Señala al borracho con su bastón.)

¡Borrachos...!

(En el curso de la pelea uno de los caballeros le empuja.)

¡Espadachines...! (Cayendo en medio de los jugadores.) ¡Jugadores!

EL GUARDIA. (Que detrás de él, continúa persiguiendo a la mujer)

¡Dame un beso!

EL BURGUÉS. (Alejandro rápidamente a su hijo.)

¡Y pensar, hijo mío, que en un tugurio se han representado las obras de Rotrou!

EL JOVEN.

¡Y las del gran Corneille!

(Un grupo de pajes, cogidos de la mano, entra cantando y bailando.)

EL PORTERO.

T ¡Malditos pajes! (Con severidad.) ¡Mucho cuidado!

PRIMER PAJE. (Con dignidad herida.)

¡Oh, excelencia!... ¿pensáis acaso que...? (Cuando el portero se vuelve, pregunta al paje segundo:) ¿Has traído la cuerda?

SEGUNDO PAJE.

¡Y el anzuelo!

PRIMER PAJE.

Ya verás como pescamos alguna peluca desde arriba.

ÚN RATERO. (Agrupando a su alrededor a varios tipos mala catadura.) ¡Venid acá, ganujas! Ya que sois novatos en el oficio, yo os enseñaré.

EL BURGUÉS.

Bellerose, 'Épy, la Beaupré, ¡Jodelet!...

UN PAJE. (Desde el patio.)

Por fin ha llegado la cantinera.

LA CANTINERA. (Apareciendo detrás del mostrador)

¡Naraaanjada!... ¡leeeche!... ¡agua y juuuuuuugo de frambuesas!...

(Confuso murmullo en la puerta.)

UNA VOZ EN FALSETE.

¡Dejaz paso, brutos!

UN LACAYO. (Asombrado.)
¿Los marqueses aquí?

OTRO LACAYO.
¡Bah! Sólo estarán unos minutos. (Entra un grupo de jóvenes marqueses.)

UN MARQUÉS. (Viendo la sala casi vacía.)
¡Pero si todavía no ha llegado la gente!... ¡Maldita sea!... ¡Tendremos que entrar sin molestar ni pisar a nadie! (Ve a otros gentilhombres que habían llegado momentos antes.)
¡Cuigy! ¡Brissaille!
¡Cuigy! ¡Brissaille!
(Se abrazan.)

CUIGY.
Puntuales, ¿eh? ¿Desde cuándo llegáis antes de que enciendan las arañas?

EL MARQUÉS.
¡No me habléis! ¡Estoy de un humor!...

SEGUNDO MARQUÉS.
Sosegaos, marqués. Ahí llega el encargado de las luces.

Consulado el 27 de mayo de 2011
http://www.educarchile.cl/Userfiles/P0001%5CFile%5Carticles-101776_Archivo.pdf

Henrik Ibsen

Casa de muñecas

Escena 3.3
Helmer: Bueno, por fin se ha ido. Qué pesada es, la pobre.

Nora: ¿No estás muerto de cansancio, Torvald?

Helmer: No, cariño (La mira un momento; después se le acerca). Ejem... ¡qué felicidad volver a casa; estar a solas contigo... con esta preciosidad de mujer!

Nora: ¡No me mires así, Torvald!

Helmer: ¿Es que no puedo mirar a mi bien máspreciado? A esta divinidad que es mía; sólo mía; absolutamente mía. (Abrazándola). Sabes, Nora... muchas veces desearía que te amenazase un peligro inminente, para arriesgar mi vida y mi sangre y todo, todo, por ti.

Nora: (Se suelta. Con voz firme y decidida)
Déjame, Torvald. Estoy cansada. Y tú, aún, debes leer la correspondencia.

Helmer: ¿Qué te ocurre? (Desilusionado y resignado). Bueno... bien, como quieras: recogeré las cartas.

(Helmer saca el llavero del bolsillo y sale del salón en dirección al vestíbulo. Vuelve con la correspondencia). Buenas noches. (Besándola en la frente). Que descanses, Nora. (Se dirige a su despacho. Se oye cerrar la puerta).

Nora: (Con ojos extraviados, se dirige hacia el sofá. Se sienta)
No volveré a verle nunca. Nunca. Nunca. Ahora la está abriendo; ahora la lee. Oh, no, no; aún no.
Adiós, Torvald...

(Va a precipitarse al vestíbulo en el momento en que Helmer abre de golpe su puerta y asoma con una carta desplegada en la mano)

Vuelve a entrar Helmer en el salón. Se ilumina con más intensidad, paulatinamente, el centro del escenario.

Helmer: ¡Nora!

Nora: (Dando un grito)
¡Ah...!

Helmer: ¿Qué es esto? ¿Sabes lo que dice esta carta?

Nora: Sí, lo sé. ¡Déjame que me vaya! ¡Déjame que salga!

Helmer: (Reteniéndola)
¿Adónde vas? ¿Es verdad? ¿Es verdad lo que ha escrito Krogstad? ¡Qué horror! No, no; no es posible que sea cierto.

Nora: Es verdad. Te he querido más que a nada en el mundo.

Helmer: ¡Desgraciada!... ¿Qué has hecho? ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Contéstame!
¿Te das cuenta? ¡Una delincuente!... ¡Oh, qué absoluta vileza hay en todo esto! ¡Qué vergüenza!
(Nora calla, y le mira con fijeza) Has destrozado mi felicidad. Has arruinado todo mi futuro. Estoy a merced de un hombre sin escrúpulos; puede hacer de mí lo que quiera. ¡Y tener que humillarme y degradarme por culpa de una insensata!

Nora: Cuando yo me haya ido, serás libre.

Helmer: ¿De qué me beneficiaría a mí el que tú te fueras, como dices? Llegarían a decir, incluso, que yo estaba detrás... ¡que soy yo quien te ha instigado! ¿Comprendes ahora lo que me has hecho?

Nora: (Con fría compostura)
Sí.

Helmer: Pero debemos pensar en lo que hay que hacer. Vas a seguir aquí, en esta casa, por supuesto; pero sólo porque hemos de mantener las apariencias.
(Suenan las campanillas de la puerta. Helmer se estremece. Nora permanece sin moverse.)

Helmer se dirige a la puerta del vestíbulo. Entra la doncella en el salón)

Doncella: Una carta para la señora.

Helmer: ¡Démela!
(Sale la doncella del salón)

Nora: ¿Es una carta de Krogstad?

Helmer: Sí, es de él. (Nervioso) Casi no me atrevo a abrirla. Quizá estemos perdidos, tú y yo. No; he de saberlo. (Rasga el sobre rápidamente; da un vistazo a las líneas; examina un papel adjunto; un grito de júbilo) ¡Nora...! No, tengo que leerlo de nuevo... Sí, sí; eso es. ¡Estoy salvado! ¡Nora, estoy salvado!

Nora: ¿Y yo?

Helmer: Tú también; por supuesto; estamos salvados, tú y yo. Mira: te devuelve el recibo. Dice que se arrepiente y lo lamenta. ¿Pero qué te pasa... esa cara tan seria? Ah, ya comprendo, pobre Nora; no puedes creer que yo te haya perdonado. Pues te he perdonado, Nora, te lo juro: te lo he perdonado todo. Bien sé que cuanto hiciste lo hiciste por amor hacia mí.

Nora: (Asintiendo con tristeza)
Es verdad.

Helmer: No sería quizá un hombre, si justo ese desamparo femenino no te hiciera doblemente atractiva a mis ojos. De ahora en adelante serás para mí una indecisa y desamparada criatura a la que cuidar. No temas nada, Nora; confía plenamente en mí, y yo seré tu voluntad y tu conciencia.

Nora: (Con ironía)
Te quedo muy agradecida.
(Nora sale por la puerta de la izquierda)

Helmer: (Girándose hacia el cuarto)

Nora, ¿Qué haces?

Nora: (Dentro)
Me estoy quitando el disfraz.
(Aparece Nora nuevamente en el salón, en traje de diario, con el abrigo en el antebrazo y un maletín en la mano)

Helmer: ¿Qué pasa? ¿Te has vestido de diario?

Nora: (Seria)
Sí, Torvald, me he vestido.

Helmer: (Sorprendido)
¿Cómo, tan tarde?

Nora: Esta noche no voy a dormir (Mirando su reloj). Aún no es muy tarde. Siéntate, Torvald; tenemos mucho que hablar.
(Nora deja el abrigo y el maletín en el sofá, y se sienta)

Helmer: Nora, ¿qué pasa? Esa cara tan seria...

Nora: Siéntate... Va a ser largo. Tengo mucho que decirte (Se sienta Helmer en un sillón). Nunca me has entendido... He sufrido muchas injusticias, Torvald. Primero de papá y después de ti.

Helmer: ¿Cómo? ¿De nosotros dos... de nosotros, que te hemos querido más que nadie?

Nora: (Negando con la cabeza)

Nunca me habéis querido. Tan sólo os parecía divertido el quererme.

Helmer: Pero, Nora, ¿qué dices?

Nora: (Sin inmutarse)

En casa, era la nena muñeca de papá. Aquí, he sido tu mujer muñeca. Quiero decir, que pasé de manos de papá a las tuyas. Dejé de ser su muñequita para ser la muñeca que tú querías. Tú y papá me habéis causado un gran daño. Sois culpables de que no sea nada.

Helmer: Nora, qué absurda e ingrata eres.

Nora: Nuestro hogar, Torvald, no ha sido más que un cuarto de jugar; y tú te has divertido jugando conmigo como con una niña.

Helmer: Hay algo de verdad en lo que dices... por exagerado y extravagante que sea. Pero de aquí en adelante será diferente. Se acabó el tiempo de los juegos; ahora toca el de la educación.

Nora: Oh, Torvald, tú no eres el hombre capaz para educarme a ser la mujer que necesitas. Tengo que educarme a mí misma. Tú no sirves para ayudarme. Tengo que hacerlo sola. Por eso te dejo.

Consultado el 27 de mayo de 2011

<http://www.madrid.org/cs/Satellite?blobcol=urldata&blobheader=application%2Fpdf&blobheaderna me1=Content->

<Disposition&blobheadervalue1=filename%3DCasa+de+mu%C3%B1ecas.pdf&blobkey=id&blobtable=MungoBlobs&blobwhere=1158611757075&ssbinary=true>

SESIÓN 5

TEATRO CONTEMPORÁNEO

LA VIEJA. — Vamos, querido, cierra la ventana. Se siente el mal olor del agua estancada y además entran mosquitos.

EL VIEJO. — ¡Déjame en paz!

LA VIEJA. — Vamos, vamos, querido, ven a sentarte. No te inclines, pues podrías caerte al agua. Ya sabes lo que le sucedió a Francisco I. Hay que tener cuidado.

EL VIEJO. — ¡Más ejemplos históricos! Cascarria mía, estoy harto de la historia francesa. Quiero ver; las barcas forman manchas en el agua a la luz del sol.

LA VIEJA. — No puedes verlas, porque no hay sol; es de noche, querido.

EL VIEJO. — Queda la sombra. (Se inclina mucho)

LA VIEJA. (Tira de él con todas sus fuerzas). — ¡Ay... me asustas, querido! Ven a sentarte. No las verás venir. No merece la pena. Es de noche. EL VIEJO se deja llevar a su pesar.

EL VIEJO. — Quería ver, me gusta mucho ver el agua.

LA VIEJA. — ¿Cómo puedes hacer eso, querido? A mí me produce vértigo. ¡No puedo acostumbrarme a esta casa, a esta isla, toda rodeada de agua, con agua bajo ventanas, hasta el horizonte...!

LA VIEJA, y EL VIEJO, LA VIEJA, arrastrando al VIEJO se dirigen hacia las dos sillas de la parte delante del escenario. EL VIEJO se sienta con toda naturalidad en las rodillas de LA VIEJA. .

EL VIEJO. — Son las 6 de la tarde. Es ya de noche. Recordarás que en otro tiempo no era así; todavía era de día a las 9 de la noche, a las 10 y hasta a medianoche.

LA VIEJA. — ¡Es verdad! ¡Qué memorial!

EL VIEJO. — Esto ha cambiado mucho.

LA VIEJA. — ¿Por qué, en tu opinión?

EL VIEJO. — No lo sé, Semíramis, mi boñiga. Quizá porque cuanto más se avanza más se hunde. Es a causa de la Tierra, que gira y gira.

LA VIEJA. — Gira, gira, queriendo. (Silencio). ¡Sí, eres ciertamente un gran sabio! Tienes mucho talento, querido. Habrías podido ser presidente jefe, rey jefe y hasta mariscal jefe si hubieras querido, si hubieras tenido un poco de ambición en la vida.

EL VIEJO (mientras LA VIEJA se echa a reír suave y cochamente, y luego cada vez más fuerte.

EL VIEJO ríe también). — Entonces rieron, les dolía la barriga, pues la historia era tan graciosa... Lo gracioso llegó arrastrándose sobre el vientre, con el vientre desnudo, pues lo gracioso tenía vientre. Llegó con un baúl lleno de arroz... El arroz se diseminó por la tierra... y lo gracioso también, arrastrándose sobre el vientre. Entonces rieron, rieron, rieron el vientre gracioso, desnudo de arroz

en tierra, el baúl, la historia del mal de arroz vientre en tierra, vientre desnudo, todo de arroz, y entonces rieron y lo gracioso llegó completamente desnudo y rieron... (Silencio).

EL VIEJO. — Entonces llega...

LA VIEJA — ¡Ah, sí! Coordina...relata...

EL VIEJO (mientras LA VIEJA se echa a reír suave y chochamente, y luego cada vez más fuerte.

EL VIEJO ríe también). — Entonces rieron, les dolía la barriga, pues la historia era tan graciosa... Lo gracioso llegó arrastrándose sobre el vientre, con el vientre desnudo, pues lo gracioso tenía vientre. Llegó con un baúl lleno de arroz...El arroz se diseminó por la tierra...y lo gracioso también, arrastrándose sobre el vientre. Entonces rieron, rieron, rieron el vientre gracioso, desnudo de arroz en tierra, el baúl, la historia del mal de arroz vientre en tierra, vientre desnudo, todo de arroz, y entonces rieron y lo gracioso llegó completamente desnudo y rieron...

LA VIEJA (riendo). — Entonces rieron de lo gracioso, entonces llegó completamente desnudo y rieron, el baúl, el baúl de arroz, el arroz en el vientre en tierra...

Los DOS VIEJOS (ríen juntos). — Entonces rieron. ¡Ahí... ri... ri..., rieron! Lo gracioso con el vientre desnudo y el arroz... el arroz... y el baúl... con... el... vientre... desnudo. (Los dos VIEJOS se calman poco a poco.) Rie...ron... ríe...ron... ríe... ron.

LA VIEJA. — Eso era, pues, tu famoso París.

EL VIEJO. — ¿Quién podría describirlo mejor?

LA VIEJA. — ¡Oh, tienes tanto talento, querido, tanto, tanto, tanto talento! Habrías podido ser algo en la vida, mucho más que un mariscal-conserje.

EL VIEJO. — Seamos modestos...contentémonos con poco...

LA VIEJA. — Quizás has destrozado tu vocación.

EL VIEJO (llora de pronto). — ¿La he destrozado? ¿La he roto? ¡Ah!, ¿dónde estás mamá, mamá, dónde estás?... Ji, ji, ji ¡Soy huérfano! (Gime) Un huérfano...un huérfano...

LA VIEJA— Yo estoy contigo. ¿Qué temes?

EL VIEJO. — No, Semíramis, querida. Tú no eres mi mamá... Soy huérfano, huérfano. ¿Quién va a defenderme?

LA VIEJA. — ¡Pero yo estoy aquí, querido!

EL, VIEJO. — No es lo mismo...Yo quiero mi mamá, y tú no eres mi mamá.

LA VIEJA (acariciándole). — Me destrozas el corazón. No llores, querido.

EL VIEJO. — ¡Ji, ji! ¡Déjame, jji, ji! Me siento todo roto, me duele, mi vocación me duele, porque se ha roto.

LA VIEJA. — Cálmate. EL VIEJO (solloza con la boca muy abierta, como un bebé) — ¡Soy un huérfano... un huérfano...!

LA VIEJA (procura consolarlo, lo acaricia). — Mi huerfanito querido, me partes el corazón, huerfanito mío.

(Mece al VIEJO, que se ha puesto de rodillas).

EL VIEJO (solloza). — ¡Ji, ji, jii! ¡Mi mamá! ¿Dónde está mi mamá? Ya no tengo mamá.

LA VIEJA. — Yo soy tu mujer y ahora soy tu mamá.

EL VIEJO (cediendo un poco). — No es cierto; soy huérfano. ¡Ji, Ji!

LA VIEJA (que sigue meciéndolo). — ¡Querido mío, mi huérfano, mi huerfanito, mi huerfanón!

EL VIEJO (todavía enfurruñado se deja hacer cada vez más). — No, no quiero...no...quiero.

LA VIEJA (canturreando). — Huérfano-lí, huérfano-lá, huérfano-lán, huérfano-lon.

EL VIEJO. — NO...O...O. NO...O...O.

LA VIEJA (lo mismo). — Li lon lalá, li lon la laira, huérfano-li, huérfano-lá, huérfano-lilalá.

EL VIEJO. — ¡Ji, ji, ji, jil! (Se sorbe los mocos y se calma un poco.) ¿Dónde está mi mamá?

LA VIEJA. — En él cielo florido...Te espera, te mira entre las flores. No llores, porque la harás llorar.

EL VIEJO. — No es cierto..., no me ve..., no me oye. Soy huérfano, en la vida, tú no eres mi mamá.

LA VIEJA (EL VIEJO está casi tranquilo). — Vamos, cálmate, no te pongas en ese estado... Posees enormes cualidades, mi mariscalito... Sécate las lágrimas. Los invitados vendrán esta noche y no deben verte así... No estás destrozado, no estás perdido. Les dirás todo, les explicarás; tienes un mensaje...Dices siempre que se lo dirás...Tienes que vivir, tienes que luchar por tu mensaje.

EL VIEJO. — Tengo un mensaje, es verdad, y lucho. "Tengo una misión, tengo algo en el vientre, un mensaje que comunicar a la humanidad, a la humanidad..."

LA VIEJA. — A la humanidad, querido, tu mensaje.,

EL VIEJO. — Es cierto, cierto.

LA VIEJA (le limpia los mocos al VIEJO y le enjuga las lágrimas). — ¡Ajá! Eres un hombre, un soldado, un mariscal-conserje.

EL VIEJO (ha dejado las rodillas de LA VIEJA, y se pasea a pasitos, agitado). — Yo no soy como los otros, tengo un ideal en la vida. Quizá tenga talento, como tú dices; tengo talento, pero no facilidad. He desempeñado bien mi puesto d conserje, he estado siempre a la altura de la situación, honorablemente, y eso podría ser suficiente...

LA VIEJA. — No para ti. Tú no eres como los otros, eres mucho más grande, y, no obstante, habrías hecho mucho mejor si te hubieras puesto de acuerdo, como todos, con todos Has discutido con todos tus amigos, con todos los directores, con todos los mariscales, con tu hermano.

EL VIEJO. — No es culpa mía, Semíramis. Sabes muy bien que dijo.

LA VIEJA. — ¿Qué dijo?

EL VIEJO. — Dijo: "Amigos míos, tengo una pulga. Os visito con la esperanza de dejar la pulga en vuestra casa".

LA VIEJA. — Son cosas que se dicen, querido. No debías haber hecho caso. ¿Pero por qué te enojaste con Carel? ¿Fue también por culpa de él?

EL VIEJO. — Me vas a enojar, me vas a enojar, querida. Por supuesto, él tuvo la culpa. Vino una noche y dijo: "Les deseo buena suerte. Debería decirles la palabra que trae la buena suerte, pero no la digo, la pienso". Y se rió como un becerro.

LA VIEJA. — Lo dijo con buena intención, querido. En la vida hay que ser menos delicado.

EL VIEJO. — No me gustan esas bromas.

LA VIEJA. — Habrías podido ser marino jefe, ebanista jefe, rey de orquesta jefe.

Consultado el día 27 de mayo de 2011

<http://www.libroos.es/libros-de-teatro/actual/38592-ionesco-eugene-las-sillas-doc.html>

Samuel Beckett

Esperando a Godot

ACTO PRIMERO

Camino en un descampado, con árbol. Atardecer.

ESTRAGÓN, sentado en el suelo, trata de descalzarse con ambas manos. Se detiene, agotado; descansa, jadeando; vuelve a empezar. Igual juego. Entra VLADIMIRO

ESTRAGÓN. – (Renunciando nuevamente.) No hay nada que hacer.

VLADIMIRO. – (Acercándose a pasos cortos y rígidos, separadas las piernas.) Empiezo a creerlo. (Queda inmóvil) Durante mucho tiempo me he resistido a creerlo, diciéndome "Vladimiro, sé razonable; aún no lo has intentado todo" Y reemprendía la lucha. (Se reconcentra, pensando en la lucha. A ESTRAGÓN) ¿Así que otra vez ahí?

ESTRAGÓN. – ¿Te parece?

VLADIMIRO. – Me alegra volver a verte. Creía que te habías ido para siempre.

ESTRAGÓN. – Y yo.

VLADIMIRO. - ¿Cómo celebraremos este encuentro? (Reflexiona) Ven que te bese. (Tiende la mano a ESTRAGÓN)

ESTRAGÓN. –(Irritado) Luego, luego.
(SILENCIO)

VLADIMIRO. –(Molesto, fríamente.) ¿Puede saberse dónde ha pasado la noche el señor?

ESTRAGÓN. –En la cuneta.

VLADIMIRO. – (Sorprendido) ¿Dónde?

ESTRAGÓN. –(Inmutable.) Por ahí.

VLADIMIRO. – ¿Y no te han sacudido?

ESTRAGÓN. –Sí..., no mucho.

VLADIMIRO. – ¿Los de siempre?

ESTRAGÓN. –¿Los de siempre? No lo sé.
(SILENCIO)

VLADIMIRO. –Cuando pienso..., desde siempre... me pregunto qué habría sido de ti... sin mí...
(Con decisión.) Sin duda, no serías ahora más que un montón de huesos.

ESTRAGÓN.- (Herido en lo vivo.) ¿Y qué más?

VLADIMIRO. (Anonadado.) Es demasiado para un hombre solo. (Pausa.. Vivazmente.) Por otra parte, ¿por qué desanimarse en este momento? Es lo que yo me pregunto. Hubiera sido necesario pensarlo hace una eternidad, hacia mil novecientos.

ESTRAGÓN. -Basta. Ayúdame a quitar esta porquería.

VLADIMIRO. -Juntos, hubiéramos sido los primeros en arrojarnos desde la torre Eiffel. Entonces sí que lo pasábamos bien. Ahora ya es demasiado tarde. Ni siquiera nos dejarían subir.

(ESTRAGÓN vuelve a su calzado.) ¿Qué haces?

ESTRAGÓN.-Me descalzo. ¿No lo has hecho tú nunca?

VLADIMIRO.-Hace tiempo que te digo que es necesario descalzarse todos los días. Más te vendría escucharme.

ESTRAGÓN.- (Débilmente.) ¡Ayúdame!

VLADIMIRO.- ¿Te encuentras mal?

ESTRAGÓN. -¡Mal! ¡Me preguntas si me encuentro mal!

VLADIMIRO. ~ (Acalorado.) ¡Tú eres el único que sufre! Yo no importo. Sin embargo, me gustaría verte en mi lugar. Ya me lo dirías.

ESTRAGÓN.- ¿Has estado malo?

VLADIMIRO.- ¡Malo! ¡Me preguntas si he estado malo!

ESTRAGÓN.- (Señalando con el índice.) Eso no es una razón para que no te abroches.

VLADIMIRO.- (Inclinándose.) Es verdad. (Se abrocha.) No hay que descuidarse en los pequeños detalles.

ESTRAGÓN.- ¿Qué quieres que te diga? Siempre esperas a última hora.

VLADIMIRO. – (Ensoñadoramente.) A última hora... (Medita.) Tardará; pero valdrá la pena. ¿Quién decía esto?

ESTRAGÓN.- ¿No quieres ayudarme?

VLADIMIRO.-A veces me digo que, a pesar de todo, llegará. Entonces todo me parece extraño. (Se quita el sombrero, mira dentro, pasa la mano por el interior, lo agita y vuelve a ponérselo.) ¿Cómo lo diría? Aliviado y, al mismo tiempo..., (Busca.) espantado. (Con énfasis).

¡Espantado! (Se quita otra vez el sombrero y vuelve a mirar en el interior.) ¡Lo que faltaba! (Golpea encima como que caiga algo, mira nuevamente al interior y vuelve ponérselo.) Así que...

ESTRAGÓN.- ¿Qué? (A costa de un esfuerzo su consigue sacarse el zapato. Mira dentro, mete la mano, la saca, sacude el zapato, mira por el suelo por si ha caído algo; no encuentra nada, vuelve a pasar la mano zapato, mirando vagamente.) Nada.

VLADIMIRO. ~Déjame ver.

ESTRAGÓN.-No hay nada que ver.

VLADIMIRO. ~Trata de ponértelo.

ESTRAGÓN. ~ (Tras examinar su pie.) Voy a dejarle que se oree un poco.

VLADIMIRO. -He ahí un hombre de una pieza que la toma con su calzado cuando la culpa la tiene el pie. (Vuelve a quitarse el sombrero, mira el interior, pasa la mano, lo sacude, golpea encima, sopla dentro, vuelve a ponérselo.) Esto empieza a ser inquietante. (Silencio. ESTRAGÓN mueve el pie, separando los dedos para que circule mejor el aire.) Uno de los ladrones se salvó. (Pausa.) Es una proporción aceptable. (Pausa.) Gogo...

ESTRAGÓN. - ¿Qué?

VLADIMIRO. – ¿Y si nos arrepintiéramos?

ESTRAGÓN. – ¿Y de qué?

VLADIMIRO. – Pues... (Titubeando.) No hace falta entrar en detalles.

ESTRAGÓN. ~ ¿De haber nacido?

(VLADIMIRO Comienza a reírse a mandíbula batiente, pero inmediatamente se contiene, llevándose la mano a la entrepierna Con gesto impaciente).

VLADIMIRO. - Ni siquiera nos atrevemos a reír.

ESTRAGÓN. - Vaya privación!

VLADIMIRO. - Sonreír solamente. (Cuaja en su rostro una suprema sonrisa, que tras un momento se extingue súbitamente.) No es lo mismo. Bueno... (Pausa) Gogo...

ESTRAGÓN. - (Molesto.) ¿Qué pasa?

VLADIMIRO. - ¿Has leído la Biblia?

ESTRAGÓN. - La Biblia... Le he echado un vistazo, seguramente.

VLADIMIRO. - (Sorprendido) ¿En la escuela laica?

ESTRAGÓN. - Cualquiera sabe si lo era o no.

VLADIMIRO. - Debes confundirla con la prisión juvenil

ESTRAGÓN. - Quizá. Recuerdo los mapas de la Tierra Santa. En colores. Muy bonitos. El Mar Muerto era azul pálido. Nada más mirarlo, me entra en sed. Pensaba: "Ahí iremos a pasar nuestra luna de miel. Nos bañaremos. Seremos felices."

VLADIMIRO. - Tenías que haber sido poeta.

ESTRAGÓN. - Lo he sido. (Señalando sus harapos.) ¿Es que no se nota?
(SILENCIO)

VLADIMIRO. - ¿Qué estaba diciendo?... ¿Cómo sigue tu pie?

ESTRAGÓN. - Se está hinchando.

VLADIMIRO. - ¡Ah! Ya recuerdo: la historia de los ladrones. ¿Recuerdas?

ESTRAGÓN. - No.

VLADIMIRO. - Así matamos el tiempo. (Pausa) Éranse dos ladrones crucificados al mismo tiempo que el Salvador. Se...

ESTRAGÓN. - ¿Qué quien?

VLADIMIRO. - El Salvador. Dos ladrones. Se dice que uno de ellos fue salvado, y el otro (Busca la expresión contraria) condenado.

ESTRAGÓN. - Salvado, ¿de qué?

VLADIMIRO. - Del infierno.

ESTRAGÓN. - Me voy. (Queda quieto.)

VLADIMIRO. - Y, sin embargo... (Pausa) ¿Cómo es posible que...? Supongo que no te aburro.

ESTRAGÓN. - No, escucho.

VLADIMIRO. - ¿Cómo es posible que, de los cuatro evangelistas, solo uno cuente los hechos de esta forma? No obstante, los cuatro estaban allí; vamos..., no muy lejos. Solo uno habla de un ladrón salvado. (Pausa) Bueno, Gogo: de cuando en cuando podías meter baza.

ESTRAGÓN. –Escucho.

VLADIMIRO. – De los cuatro, solo uno. De los tres, dos ni siquiera lo mencionan, y el tercero dice que ambos le insultaron.

ESTRAGÓN. –¿Quién?

VLADIMIRO. – ¿Cómo?

ESTRAGÓN. –No entiendo nada. (Pausa) Insultar, ¿a quién?

VLADIMIRO. – Al Salvador

ESTRAGÓN. – ¿Por qué?

VLADIMIRO. – Porque no quiso salvarlos.

ESTRAGÓN. – ¿Del infierno?

VLADIMIRO. – ¡No, hombre, no! De la muerte.

ESTRAGÓN. – ¿En ese caso...?

VLADIMIRO. – Los dos bebieron ser condenados.

ESTRAGÓN. – ¿Y después?

VLADIMIRO. – Pero uno de los evangelistas dice que uno se salvó

ESTRAGÓN. –Vaya, no están de acuerdo; nada más.

VLADIMIRO. – Allí estaban los cuatro. Y solo uno habla de un ladrón salvado. ¿Por qué creer a uno más que a los otros?

ESTRAGÓN. – ¿Quién le cree?

VLADIMIRO. – Pues todos. Solo se conoce esta versión.

ESTRAGÓN. –La gente es tonta. (Se levanta dificultosamente. Cojeando, se dirige hacia el lateral izquierdo, se detiene, mira a lo lejos, protegiendo con la mano los ojos; se vuelve, va hacia el lateral derecho mira a lo lejos.)

Consultado el día 27 de mayo de 2011
www.hdmelsubmarino.com/descargar.php?id=96

Emilio Carballido

Pastores de la ciudad

Acto único

El jardín de San Sebastián

(Al centro, una torre vieja, que tal vez tuvo un reloj o fue campanario. Ahora sirve para guardar las herramientas de los jardineros. Está semirrodada por un seto vivo. Árboles, bancas, una fuente; un jarrón neoclásico, sobre su columna, sirve de maceta. Matorrales espesos. Flores. Una mata muy tupida de flores de Nochebuena. Algún alto poste, con su farol encendido. En el cielo, estrellas.)

Música: Obertura.

Es de noche. Caen hojas secas. Ruido lejano y esporádico de cohetes. Cláxones. Voces apagadas.) [Bato barre, con su larga escoba de ramas, Juan trata de encender una hoguera con hojas secas.]

Inés espera, caminando y viendo el reloj de la iglesia, que queda fuera de escena, a la izquierda (suena el reloj.)]

(La Vendedora ofrece sus flores y las beatas cruzan. El Bolerito busca cliente. El Policía vigila. Cruzan Gila y su patrona; ésta da instrucciones. Entra la Madre con los dos Niños; parece angustiada, y ellos cansados, viste un abrigo raído y cerrado; buscan dónde detenerse, salen.)

Entra el Tercer Jardinero. Viste también una unión de mezcilla, pero muy limpia; trae también una larga escoba de ramas. No se han oído aún las voces de los personajes.)

Tercer Jardinero: Noche callada, noche de paz. El cielo es un oscuro vidrio estrellado y el aire está tan seco que las constelaciones chisporrotean más inhumanamente, más estrellas que nunca. (Da algunos escobazos.) Éste es el jardín de un barrio pobre. Cruzarlo es como ver la ciudad desde arriba de una azotea. Allá, uno percibe nada más el aire puro y helado, el murmullo del agua en los tinacos, la geometría renegrida de antenas y chimeneas haciendo contacto con el cielo y con el mundo — humo que sube, ondas que bajan—. Pero de la ciudad, solamente un murmullo, figurillas que cruzan, gente que dobla la esquina, taconeos, una música suelta, un claxon, tronar de cohetes. Así resulta desde arriba, tan ajeno y remoto como cruzar un parque. Gente que va y viene, voces sueltas, pregones. No hay nada personal, ningún contacto. (Sigue barriendo. Vuelve la música de la obertura.)

Bolerito: Grasa, jefe. Su boleada.

Vendedora: ¡Flores de Nochebuena, marchantita. Para persignarme, llévese un ramo, ándele. Flores de Nochebuena!

Inés: Perdona, ¿qué horas tiene?

Beata: Ahí está el reloj de la iglesia, mire. (Sale.)

Inés: Sí, pero no sabía si estaría bien.

Valentina: ¿Me entendiste?

Gila: Sí, doña Valentina.

Valentina: Primero la leche, porque si no, se acaba.

Gila: Sí, señora.

Juan: Oyes, mano. ¿Compraste la otra botella?

Bato: Segurotas, manito. (A Gila.) ¡Qué buena está.... la Nochebuena, mamacita!

Valentina: Pelado este, métase con sus iguales.

Bato: Si no era a usted, si era a su hijita.

Valentina: ¡Hijita! Nomás faltaba que ésta pareciera mi hija. Grosero. Esto sucede porque eres muy coscolina. Ahí andas meneándole las pestañas a estos pelados...

(Y salen. La Vendedora corre tras ellas.) Vendedora: Las Nochebuenas, marchantita.... (Sale.)
(Entra la Madre con sus dos Niños.)

Madre: Límpiame las narices, hijito.

Niña: Ya me cansé, mamá.

Madre: Ya vamos a llegar. (Ve en torno, duda.) ¿Quieren que descansemos un poquito?

Niños: No, no. Queremos llegar.

Madre: Bueno, vengan.
(Salen los tres.)

Bolerito: Grasa, jefa, grasa, su boleada. (Sale tras ellos.)

(Quedan Inés y los tres jardineros. Caen hojas.)

Tercer Jardinero: Cosas indiferentes, faltas de significación. Gente que ve hacia adentro y no puede sacudirse la muy molesta idea de que ésta es una noche muy especial. Hay una gran hambre de lo magnífico, del milagro, de la virtud, del amor... Un hambre conmemorativa que quisiéramos no advertir, y por eso vemos más hacia adentro, y juzgamos, y nos sentimos más solos, más nostálgicos, más viejos. Hoy es Nochebuena, mañana es Navidad...

(Se oyen muy lejos que cantan la posada. Cruza la pareja de mendigos. Piden limosna a Inés, que les da una moneda. La Mendiga desfallece y el Mendigo la sujeta. Salen. Suena el reloj.)

Tercer Jardinero: Y sin embargo, el alimento está ahí; buscamos virtud, amor, milagros... Y no habría más que permanecer un tiempo en cualquier rincón de la ciudad, en el jardín de un barrio pobre, por ejemplo. Yo he sido jardinero desde hace mucho...

(En su escoba se encienden luces parpadeantes.)

Tercer Jardinero: Esto sucede a veces. (Toma una luz, la muestra.) Son estrellas, de desecho. Las barre uno junto con las hojas secas. Decía que he sido jardinero mucho tiempo...

(Entra corriendo la Vaca y los Corderos. Mugen y balan con desesperación.)

Vaca: Muuuuu, muuuuu. Corderos: Beeee, beeee.

Tercer Jardinero: ¿Qué sucede?

Vaca: Se descompuso el camión del rastro.

Corderos: ¡Y logramos escaparnos!

Vaca: Sí, logramos escaparnos. Nos llevaban a degollarnos, ¡quieren hacerme bistés, y suelas de zapatos!

Corderos: ¡Quieren hacernos chuletas!

Vaca: (Con pánico.) ¡Muuuu, muuuu!

Corderos: (Llorando.) ¡Beeee, beee!

Tercer Jardinero: ¡Ahí viene un hombre con un cuchillo, huyan!
(Salen los animales.)

Policía: (Entrando.) ¡Por acá huyeron, por acá! ¡Pronto, que se escapan! ¡Pronto, allá van!
(Ahora es evidente que el Policía tiene la cara roja y peluda. Por la cachucha le salen los cuernos. Se vuelve y agita la cola.)

Tercer Jardinero: No sé por qué le gusta tanto disfrazarse así.
(Sigue barriendo. Entra corriendo el Hombre del Rastro.)

Hombre del Rastro: Oiga, ¿dónde habrá una gasolinera?

Tercer Jardinero: Por aquí no hay.

Hombre del Rastro: Se nos paró el camión del rastro y se nos está escapando los animales. ¿No ha visto una vaca y unos corderos?

Tercer Jardinero: No. Por aquí no pasaron.

Policía: Yo sé por dónde andan. Vamos a conseguir gasolina. Aquí cerca hay. Y ya verá cómo enseguida agarramos a esos animales.
(Patea amenazadoramente en el suelo, viendo al jardinero. Brotan llamas y humo. Salen el Policía y el del rastro.) Vaca: (Se asoma entre las matas.) ¿Se fueron?

Tercer Jardinero: Sí, pero escóndete. ¿Qué estás comiendo?

Vaca: Rosas. (Coqueta.) Tienen un ligero amargor, pero así mi leche saldrá delicadamente perfumada. (Se sienta junto a Inés.)

Inés: ¡AY, una vaca! (La Vaca se esconde.)

Tercer Jardinero: Es..., es la mascota del jardín, ahí viene un joven.

Inés: ¡Alex!

(Entra Alejandro. Inés corre a sus brazos.)

Inés: Alex, por fin. (Lo suelta.) ¿Sabes cuánto tiempo llevo aquí? ¡No me hables, no digas nada, porque te pego!



Tercer Jardinero: Intimidad, amor y frío. Vulgaridades y milagros. Eso sucede si permanecemos algún tiempo en un jardín, especialmente en esta noche.

(Se aleja con su escoba. Entra a la torre. Los otros jardineros desaparecen tras el seto.)

Inés: Me citaste hace hora y media. No sé por qué sigo aquí. ¿Dónde estabas? Claro, yo no te importo nada. (Llora.) Qué más da si me hielo, si me....

(Él la besa en la mano. Ella le acaricia la cara.)

Consultado el día 27 de mayo de 2011

http://redescolar.ilce.edu.mx/educontinua/arte/teatro/pastorela_2006/textos/pastores_de_la_ciudad.pdf

SESIÓN 6

POESÍA LÍRICA Y ÉPICA

Arquíloco de Paros

ELEGÍAS

Soy un siervo, yo, de Enialio, señor de la guerra,
y un experto en el don de las Musas amable.

Me gano mis chuscos de pan con la lanza, y el vino de
Ismaro con la lanza, y bebo apoyado en la lanza.

Con un vaso, anda, ve por los bancos del ágil
navío, saca el tapón de los jarros panzudos,
y viértenos tinto hasta llegar a la heces: serenos,
no podemos, nosotros, hacer esta guardia.

Un tracio es quien lleva, ufano, mi escudo: lo eché, sin pensarlo,
junto a un arbusto, al buen arnés sin reproche,
pero yo me salvé.. ¿Qué me importa, a mí, aquel escudo?
!Bah!. Lo vuelvo a comprar que no sea peor.

Mientras plañe un dolor quejumbroso, ningún ciudadano
disfrutará de las fiestas, Pericles, ni el pueblo;
pues que a unos tales barrieron las ondas del mar resonante
y con razón nos rebosa la pena del pecho.
Pero los dioses, amigo, para remedio de males
que no tienen salida, esfuerzo nos dieron.
Tal caso es un día a éste a quien toca, y el otro es a aquél:
hoy en contra nuestra se ha vuelto, y lloramos por eso
nuestra sangrienta llaga, mas pronto caerá sobre otros.
Hala, dejad de llorar como hembras: sed fuertes.

Si la cabeza de aquél y sus miembros hermosos
los hubiese envuelto Hefesto con puros ropajes...

No voy a curar, llorando, mi herida, ni voy a empeorarla
yendo tras de los goces y tras de las fiestas.

YAMBOS

TRÍMETROS

Tasos, como de un asno el espinazo,
se yergue, y la corona el monte inculto.

No es un lugar hermoso, que me atraiga
ni añore, cual del Siris la ribera.

Le contesté a mi vez de esta manera:
"Mujer, ante los chismes de la gente
¡no te quedes temblando!. En cuanto a mí,
no pienso hacerles caso, a menos que
me vayan a alegrar. !Anda, sonríete!

¿Pensaste, de verdad, que a tal extremo
de desdicha llegué ? !Te hice el efecto
de ser, entonces, el tipo infeliz
que ni yo soy ni es nadie en mi familia!
Mira, sé cómo amarle, a quien me ama;
pero también sé cómo, al que me odia,
se le odia y se le afrenta con palabras".

TETRÁMETROS

Mira, Glauco: ya el mar hierve, con oleaje
profundo, y en la sierra un nublo se levanta
que dice tormenta; y, súbito, nos sobrecoge el pánico.

Confíate a los dioses en todo: ellos, a veces, a quien yace en el suelo oscuro, lo levantan
y libran de infortunio; y en cambio, otras, atacan, y al de más firme asiento lo hacen caer de
espaldas; males sin cuento siguen, y el hombre anda perdido,
faltándole el sustento, enajenado el ánimo.

No quiero a un jefe altivo ni que ande dando trancos ni ufano con sus rizos ni raso encima el labio;
dadme uno que parezca menudo y patizambo, y que hinque el pie, y que sea de corazón sobrado.

Corazón, corazón, si te turban pesares
invencibles, ¡arriba!, resístele al contrario
ofreciéndole el pecho de frente, y al ardid
del enemigo opónte con firmeza. Y si sales
vencedor, disimula, corazón, no te ufanes,
ni, de salir vencido, te envilezcas llorando
en casa. No les dejes que importen demasiado
a tu dicha en los éxitos, tu pena en los fracasos.
Comprende que en la vida impera la alternancia.

Consultado el día 27 de mayo de 2011
<http://www.venalmundoclasico.com/literatura/arquiloco.pdf>

Anacreonte

Antología poética

LA LIRA

Quiero ensalzar cantando a los Atridas,
quiero cantar a Cadmo,
mas de mi lira los sonoros nervios
tan sólo amores dicen.
Otra lira pulsar en otro tono
quise, con nuevas cuerdas
y al pretender cantar al fuerte Heracles,
tan sólo amores respondió mi lira.
Héroes, dejad de enardecer mi mente,
porque mi lira, sólo amores canta.

DE LAS MUJERES

Naturaleza, a los feroces toros
dio temible defensa con sus astas,

cascos a los caballos,
rápidos pies a las veloces liebres,
a los leones dientes poderosos,
el volar a las aves,
el nadar a los peces
y a los hombres la fuerza de sus miembros.
¿Tal vez a la mujer dejó olvidada?
¿Cuál arma le ha entregado? La belleza:
el escudo más fuerte;
la espada más aguda;
pues la mujer con ella
domina los aceros y las llamas.

EL AMOR

Cuando la media noche se acercaba
y el signo de la Osa se volvía
a la mano de Bootes;
cuando los hombres en el blando lecho
yacían, del trabajo fatigados,
el Amor a mi puerta cauteloso
llegóse, golpeando las aldabas.
-¿Quién a estas horas – dije- hasta mi puerta viene, a turbarme el sueño?
-Abreme – contéstome el caminante-;
soy un niño; no temas por tu vid:
azótame la lluvia,
y en la cerrada noche me he perdido.
Al escuchar sus quejas,
de compasión se estremeció mi pecho
y encendiendo mi lámpara,
abrí la puerta y penetró el muchacho.
Traía el arco al hombro
colgado, y el carcaj lleno de flechas.
Sentados junto al fuego,
calentaba sus manos con mis manos
y le enjugaba el húmedo cabello.
Mas él, quitado el frío
quiso probar el arco, y si la cuerda
rota del agua estaba.
Tendiólo, y con el dardo,
me hirió en el corazón, con venenosa
herida, como un tábano rabioso.
-¡Alégrate, amigo,
huésped –dijo riendo-;
el arco estaba sano,
mas tú quedas herido para siempre!

DE SÍ MISMO

Sobre los verdes mirtos recostado
quiero brindar, y sobre tiernos lotos,
y que al Amor, al cuello
con una cinta el palio recogido,
escancie el vino en mi profunda copa.

La breve vida pasa dando vueltas
cual la rueda de un carro,
y cuando se deshagan nuestros huesos
yaceremos en polvo convertidos.
¡Para qué entonces derramar ungüentos
sobre la tierra helada? ¿De qué sirve
libar sobre la tierra que nos cubra?

Mejor úngeme ahora,
coróname de rosas perfumadas
y haz que se acerque la mujer que adoro...
Mientras llega el momento
de acudir a las danzas infernales,
quiero vivir ajeno de cuidados.

DEL AMOR

El importuno Eros,
azotando mi rostro
con olorosa rama de jacintos,
me mandaba correr tras de sus pasos.
El ardiente sudor me fatigaba,
atravesando selvas,
torrentes y profundas cortaduras.
Mi corazón a la nariz subía
y sin aliento me dejaba. Entonces,
tocándome la frente con las alas,
Tú no puedes amar!", dijo riendo.

Consultado el 28 de mayo de 2011

<http://www.libroos.es/libros-de-poesia/greco-romana/30997-anacreonte-antologia-poetica-pdf.html>

Píndaro

Poemas de Píndaro

Hay un tiempo para recolectar amores, corazón mio, cuando acompaña la edad: pero aquel que al contemplar los rayos rutilantes que brotan de los ojos de Teóxeno no siente el oleaje del deseo, de acero o de hierro tiene forjado su negro corazón con fría llama y, perdido el aprecio de Afrodita, la de vivaz mirada, o violentas fatigas padece por la riqueza, o se deja arrastrar por la femenina osadía esclavo de todos sus (...) vaivenes. Más yo me derrito como cera de sagradas abejas. Por el calor mordida en cuanto pongo mis ojos en los lozanos miembros de adolescentes mozos. ¡Era cierto que también en Tenedo Persuasión y Donosura tenían su sede en el hijo de Hagesilao!

A HIERÓN DE SIRACUSA

Acompañar con bárbito al espíritu y la voz,
embotados por el vino,
(el bárbito)
que inventó antaño el lesbio Terpandro
al oír en los banquetes de los Lidios
el tañido repicante de la esbelta pectis.
No ensombrezcas los placeres de la vida; mucho más llevadero
es para el hombre una existencia placentera.
Amar y corresponder al amor
¡ hagámoslo en su momento oportuno !

¡ No prosigas, corazón, porfía
envejecida más de la cuenta !
.. y los encantos de los amores que envía Afrodita,
para echar ebrio, con Químaro, un cótabo (*)
por Agatónides...

A HIERÓN DE SIRACUSA II

Reluce su fama
en la colonia, por sus hombres célebres, del lidio Pélope.
Por éste sintió pasión el poderoso Posidón,
el que la tierra conduce, cuando Cloro lo sacó
del immaculado caldero
provisto de un brillante hombro de marfil,
¡ En verdad que es mucho lo asombroso !
E incluso puede acontecer que los rumores
de los mortales, habladurías adornadas con abigarradas
ficciones, trasgrediendo el relato verdadero,
nos engañen por completo.

Consultado el 28 de mayo de 2011
http://www.4shared.com/get/UlcTusaF/POEMAS_DE_PNDARO.html

Quinto Horacio Flaco

Siete odas de Horacio

Retrocede el cruel invierno al regresar la primavera
y el Favonio, y los barcos se deslizan sobre troncos.

Ya no buscan la oveja ni el pastor el calor del refugio,
y la escarcha no tiñe los prados de blanco.

Ya Venus Citerea bajo la alta luna guía los coros
y en ronda, las Gracias y las Ninfas
con uno y otro pie golpean la tierra,
mientras el ígneo Vulcano
visita las fraguas sudorosas de los cíclopes.

Ahora adorna tu brillante cabellera con el verde mirto
o con las flores que convida la tierra liberada.

Ahora a Fauno
sacrifica, en los bosques de sagrada sombra,
ya prefiera una cordera o un cabrito.

Con pie imparcial golpea la pálida muerte en la morada
del pobre y del rey. ¡Oh, feliz Sestio!

Corta es la vida, y breve debe ser nuestra esperanza.

Ya la Noche y los inciertos Manes
te hundirán en el reino incorpóreo de Plutón,
donde no sortearás
con dados el trono del banquete,

ni admirarás al tierno Lícidas,
por quien hoy arden los jóvenes,
y por quien pronto arderán las vírgenes.

Lidia, por todos los dioses te suplico:
¿por qué te empeñas en amar a Síbaris,
si lo corrompes? ¿Por qué de pronto odia
el sol y el polvo del campo de Marte?

¿Por qué ya no cabalga con sus camaradas,
ni gobierna con filoso freno
la boca de un caballo galo?

¿Por qué teme tocar el rojo Tíber?
¿Por qué el óleo de la lucha
le repugna
más que la sangre viperina,
y el que era diestro
en arrojar el disco y el venablo
ya no luce magullones en los brazos?

¿Por qué se esconde, como el hijo de la nereida Tetis,
antes del aciago funeral troyano,
temiendo que su viril figura lo arrastrara
contra las huestes licias y la muerte?

¿No ves el Soracte
Encanecido por la espesa nieve, y los bosques
agobiados por su carga, y los ríos detenidos por el punzante hielo?

Disipa el frío, oh Taliarco,
Alimentando el fuego con crujientes leños,
y escancia de un ánfora sabina con generosidad un vino añejo.

Deja el resto en manos de los dioses,
que aplacando la furia de los vientos
sobre el férvido mar, las ramas aquietaron de los añosos olmos y cipreses.

Evita preguntar por el mañana.

Todo sol que la Fortuna te regale ponlo en tu haber. Ya que eres joven,
no rechaces los amores ni las danzas,
mientras la vejez lejana no te pinte
canas en el pelo. Busca ahora en el Campo de Marte los paseos nocturnos
y las palabras que se susurran en la cita.

Busca ahora la risa deliciosa de la niña,
que la delata oculta en el rincón secreto;
ahora, la prenda robada de los brazos
o del dedo que finge resistencia.

No te hace falta —eres joven—

ni te está permitido —es sacrilegio—
explorar la frontera en que los dioses
detendrán, Leucónoe, tus días y los míos;
no consultes los cálculos babilonios.

Cuánto mejor afrontar lo que suceda,
ya si Júpiter te concedió muchos inviernos,
o sólo éste, en que el férvido Tirreno
desgasta la escollera.

Sé sabia, saborea los vinos
y ajusta tu esperanza desmedida
a la copa de la vida, que es pequeña.

Aun mientras hablamos, el tiempo huye celoso.
Cosecha el día, incierto es el mañana.

Consultado del 28 de mayo de 2011
<http://www.salvador.edu.ar/gramma/38/siete%20odas%20a%20horacio%20-%20Meyer%205-11.pdf>

Virgilio Marón

La Eneida

Yo aquel que en otro tiempo modulé cantares al son de la leve avena, y dejando luego las selvas, obligué a los vecinos campos a que obedeciesen al labrador, aunque avariento, obra grata a los agricultores, ahora canto las terribles armas de Marte y el varón que, huyendo de las riberas de Troya por el rigor de los hados, pisó el primero la Italia y las costas Lavinias. Largo tiempo anduvo errante por tierra y por mar, arrastrado a impulso de los dioses, por el furor de la rencorosa Juno. Mucho padeció en la guerra antes de que lograrse edificar la gran ciudad y llevar a sus dioses al Lacio, de donde vienen el linaje latino y los senadores Albanos, y las murallas de la soberbia Roma.

Musa, recuérdame por qué causas, dime por cuál numen agraviado, por cuál ofensa, la reina de los dioses impulsó a un varón insigne por su piedad a arrostrar tantas aventuras, a pasar tantos afanes. ¡Tan grandes iras caben en los celestes pechos! Hubo una ciudad antigua, Cartago, poblada por colonos tirios, en frente y a gran distancia de Italia y de las bocas del Tiber, opulenta y bravísima en el arte de la guerra. Es fama que Juno la habitaba con preferencia a todas las demás ciudades, y aun a la misma Samos; allí tenía sus armas y su carro, y ya de antiguo revolvía en su mente el propósito y la esperanza de que llegase a ser señora de todas las gentes, si lo consintiesen los hados; pero había oído que del linaje de los Troyanos procedería una raza que, andando el tiempo, había de derribar las fortalezas tirias, y que de ella nacería un pueblo dominador del mundo, soberbio en la guerra y destinado a exterminar la Libia; así lo tenían hilado las Parcas.

Temerosa de esto, y recordando la hija de Saturno aquella antigua guerra que ella la primera suscitó a Troya por sus amados Griegos, tenía también presentes en su ánimo las causas de su enojo y sus crudos resentimientos. Vivos perseveraban en su alta mente el juicio de París y el desprecio hecho a su hermosura, y su odio al linaje troyano y las honras

tributadas al arrebatado Ganimides. Exasperada por estos recuerdos, apartaba a gran trecho del Lacio, haciéndolos juguete de las olas, a los Troyanos, reliquias de los Griegos y del cruel Aquiles; y así, a impulso de los hados, andaban, hacía muchos años, errantes por todos los mares. ¡Tan ardua empresa era fundar el linaje Romano!

Apenas perdidas ya de vista las costas de Sicilia, bogaban alegres los Troyanos por la alta mar, cortando las salobres espumas con la acerada proa, cuando Juno, viva en lo hondo de su pecho la eterna herida, exclamó, hablando consigo misma: “¿ Habré de desistir, vencida de lo comenzado, y no podré apartar de Italia al Rey de los Teucros? Los hados me lo impiden; mas ¿no pudo Palas incendiar la armada de los Griegos y anegarlos a todos en el Ponto por sólo la culpa y los furiosos de Ajax, hijo de Oileo? Ella misma, arrojando desde las nubes el rápido fuego de Júpiter, desbarató las naves y revolvió los mares con los vientos, y arrebatándole expirante en un torbellino, traspasado el pecho y arrojando llamas, le estrelló en un agudo peñasco. ¡Y yo, reina de los dioses y hermana y esposa de Júpiter, sostengo guerra por tantos años contra una sola nación! ¿Quién, después de esto, adorará al numen de Juno, o suplicante llevará ofrendas a sus altares?”

Revolviendo consigo misma la diosa tales pensamientos en su acalorada fantasía, partióse a la Eolia, patria de las tempestades, lugares henchidos de furiosos vendavales; allí el rey Eolo en su espaciosa cueva rige los revoltosos vientos y las sonoras tempestades, y los subyuga con cárcel y cadenas; ellos, indignados, braman, con gran murmullo del monte, alrededor de su prisión. Sentado está Eolo en su excelso alcázar, empuñado el cetro, amasando sus bríos y templando sus iras, porque si tal no hiciese, arrebatrían rápidos consigo mares y tierras y el alto firmamento, y los barrerían por los espacios; de lo cual, temeroso el Padre omnipotente, los encerró en negras cavernas, y les puso encima la mole de altos montes, y les dio un rey que, obediente a sus mandatos, supiese con recta mano tirarles y aflojarles las riendas. Dirigióse a él entonces suplicante Juno con estas razones:

“¡Oh, Eolo, a quien el padre de los dioses y rey de los hombres concedió sosegar las olas y revolverlas con los vientos! Una raza enemiga mía navega por el mar Tirreno, llevando a Italia su llión y sus vencidos penates. Infunde vigor a los vientos y sumerge sus destrozadas naves, o dispérsala y esparce sus cuerpos por el mar. Tengo catorce hermosísimas ninfas, de las cuales te daré en estable himeneo y te destinaré para esposa a la más gallarda de todas, Deyopea, a fin de que, en recompensa de tales favores, more perpetuamente contigo y te haga padre de hermosa prole.”

Eolo respondió: “A ti corresponde ¡oh Reina! Ver lo que deseas; a mi tan sólo obedecer tus mandatos. Por ti me es dado este mi reino, tal cual es; por ti el cetro y el favor de Jove; tú me otorgas sentarme a la mesa de los dioses y me haces árbitro de las lluvias y de las tempestades.” Apenas hubo pronunciado estas palabras, empujó a un lado con la punta de su cetro un hueco monte, y los vientos, como en escuadrón cerrado, se precipitan por la puerta que les ofrece, y levantan con sus remolinos nubes de polvo.

Cerraron de tropel con el mar, y lo revolviéron hasta sus más hondos abismos el Euro, el Noto y el Abrego, preñado de tempestades, arrastrando a las costas enormes oleadas. Siguiése a esto el clamoreo de los hombres y el rechinar de las jarcias. De pronto las nubes roban el cielo y la luz a la vista de los Teucros; negra noche cubre el mar. Truenan los polos y resplandece el éter con frecuentes relámpagos; todo amenaza a los navegantes con una muerte segura. Afloja entonces de repente el frío los miembros de Eneas; gime, y tendiendo a los astros ambas palmas, prorrumpen en estos clamores: “¡Oh, tres y cuatro veces venturosos, aquellos a quienes cupo en suerte morir a la vista de sus padres bajo las altas murallas de Troya! ¡Oh, hijo de Tideo, el más fuerte del linaje de los Dánaos! ¿No me valiera más haber sucumbido en los campos de Ilión, y entregado esta alma al golpe de tu diestra, allí donde Héctor yace traspasado por la lanza de Aquiles, donde yace

también el corpulento Sarpedonte, donde arrastra el Simois bajo sus ondas tantos escudos arrebatados y tantos yelmos y tantos fuertes cuerpos de guerreros?”

Mientras así exclamaba, la tempestad, rechinante con el vendaval, embiste la vela y levanta las olas hasta el firmamento.

Pártense los remos, vuélvese con esto la proa y ofrece el costado al empuje de las olas; un escarpado monte de agua se desploma de pronto sobre el bajel. Unos quedan suspendidos en la cima de las olas, que, abriéndose, les descubren el fondo del mar, cuyas arenas arden en furioso remolino.

A tres naves impele el noto contra unos escollos ocultos debajo de las aguas, y que forman como una inmensa espalda en la superficie del mar, a que llaman Aras los Italos; a otras tres arrastra el euro desde la alta mar a los estrechos y las sirtes del fondo, ¡miserando espectáculo! Y las encalla entre bajíos y las rodea con un banco de arena. A la vista de Eneas, una enorme oleada se desploma en la popa de la nave que llevaba los Licios y al fiel Oronte; ábrese, y el piloto cae de cabeza en el mar; tres veces las olas voltean la nave, girando en su derredor; hasta que al fin se la traga un rápido torbellino. Véanse algunos pocos nadando por el inmenso piélagos, armas de guerreros, tablones y preseas troyanas.

Ceden ya al temporal, vencidas, la pujante nao de Ilioneo, la del fuerte Acates y las que montan Abante y el anciano Aletes; todas reciben al enemigo mar por las flojas junturas de sus costados, y se rajan por todas partes.

Entre tanto Neptuno advierte que anda revuelto el mar con gran murmullo, ve la tempestad desatada y las aguas que rebotan desde los más hondos abismos, con lo que, gravemente conmovido y mirando a lo alto, sacó la serena cabeza por cima de las olas, y contempló la armada de Eneas esparcida por todo el mar, y a los Troyanos acosados de la tempestad y por el estrago del cielo. No se ocultaron al hermano de Juno los engaños y las iras de ésta, y llamando a sí al Euro y al Céfito, les habla de esta manera: “¿Tal soberbia os infunde vuestro linaje? ¿Ya ¡oh vientos! osáis, sin contar con mi numen, mezclar el cielo con la tierra y levantar tamañas moles? Yo os juro... Mas antes importa sosegar las alborotadas olas; luego me pagaréis el desacato con sin igual castigo.

Huíd de aquí, y decid a vuestro rey que no a él, sino a mí, dio la suerte el imperio del mar y el fiero tridente. El domina en sus ásperos riscos, morada tuya, ¡oh, Euro! Blasone Eolo en aquella mansión como señor, y reine en la cerrada cárcel de los vientos”. Dice, y aun antes de concluir, aplaca las hinchadas olas, ahuyenta las apiñadas nubes y descubre de nuevo el sol; Cimotoc y Tritón desencallan las naves de entre los agudos escollos; el mismo dios las levanta con su tridente y descubre los grandes bajíos, y sosiega la mar, y con las ligeras ruedas de su carro se desliza por la superficie de las olas.

Como muchas veces sucede en un gran pueblo cuando estalla una sedición y embravece el ánimo del grosero vulgo, vuelan las teas y las piedras, y el furor improvisa armas, que si por ventura sobreviene un varón grave por su virtud y méritos, todos callan y le escuchan atentos, y él con sus palabras compone las voluntades y amansa las iras; tal calló todo el estruendo de las olas, apenas el padre Neptuno, tendiendo a lo lejos la vista sobre el mar bajo un cielo ya sereno, da la vuelta a sus caballos y les larga las riendas, volando en su propicio carro.

Procuran los cansados compañeros de Eneas enderezar el rumbo a las costas más cercanas, y vuelven a las playas de la Libia. Hay en ellas una oculta y profunda bahía, en que se abre un puerto, formado por las opuestas laderas de una isla, en las cuales se rompen las olas que vienen de la alta mar y van a dividirse en reducidos senos. Aquí y allí vastas rocas y dos escollos gemelos

amenazan el cielo; debajo de ellos, y a gran distancia, entorno yace la mar callada. Más allá se descubren selvas de espléndida verdura, y entre ellas un negro bosque, cubierto de pavorosa sombra. Abrese a la parte opuesta una caverna, formada de pendientes riscos, en que hay aguas dulces y asientos en la peña viva: aquella es la morada de las Ninfas. Allí las cansadas naves no han menester cadenas que la amarren, ni las sujeta el ancla con su corvo diente. En ella penetra Eneas con siete naos que ha recogido de la escuadra toda, y arrastrados por el grande afán de tocar tierra, saltan los Troyanos a la ansiada arena y tienden en la playa sus miembros, entumecidos por las salobres aguas.

Acates hace brotar el primero chispas de un pedernal, recoge el fuego en un montón de hojas, y poniéndole alrededor áridos pábulos, levanta una gran llamarada; entonces los fatigados náufragos sacan de las naves el trigo mareado y los instrumentos de Ceres, y se aprestan a tostar en la llama y a moler con piedras los granos salvados de la tempestad.

Sube entre tanto Eneas a lo alto de una peña, y tiende a lo lejos sus miradas sobre el mar, por si logra ver a Ateneo, trabajado por los vientos, las birremes frigias, a Capis o las armas de Caico en las enhiestas popas. Ningún bajel se divisaba; errantes por las playas vio tres ciervos, a los que sigue toda la manada, que en largo tropel va pastando por los valles.

Párase y empuña el arco y las veloces flechas, armas que llevaba el fiel Acates, y derriba primero a los guiones de cabeza erguida con sus ramosas cornamentas; luego acomete a los demás, y disparándoles sus saetas, revuelve toda la turba por los frondosos bosques, y no cesa hasta que, vencedor, postra en tierra siete corpulentos ciervos, número igual al de sus naves; con esto se encamina al puerto y reparte la caza con sus compañeros, entre los cuales distribuye además los vinos con que el generoso héroe Acestes cargó las bodegas de sus barcos al despedirlos en las playas de Sicilia. Al mismo tiempo procura con sus palabras consolar aquellos ánimos afligidos:

“¡Oh, compañeros! Les dice, ¡oh, vosotros, que habéis pasado conmigo tan grandes trabajos! Un dios pondrá término también a los que pasamos ahora. Habéis arrostrado la rabia de Escila y sus escollos, que resuenan profundamente; habéis probado también las rocas de los Cíclopes; recobrad el ánimo y deponed el triste miedo; acaso algún día nos será grato recordar estas cosas. Corriendo varias fortunas, atravesando los mayores peligros, nos encaminamos al Lacio, donde los hados nos prometen sosegado asiento; allí deben resucitar los reinos de Troya. Armaos de valor y conservaos para la próspera fortuna.”

Consultado el 28 de mayo de 2011

<http://www.libroos.es/libros-de-poesia/greco-romana/17493-virgilio-maron-publio-la-eneida-en-prosa-pdf.html>

Publio Ovidio Nasón

Metamorfosis

Antes del mar, de la tierra y del cielo que lo cubre todo,
la naturaleza ofrecía un solo aspecto en el orbe entero,
al que llamaron Caos: una masa tosca y desordenada,
que no era más que un peso inerte y gérmenes discordantes,
amontonados juntos, de cosas no bien unidas.

Ningún Titán ofrecía todavía luz al mundo,
ni Febe renovaba creciendo sus nuevos cuernos,
ni la tierra se encontraba suspendida en el aire que la rodeaba,

equilibrada por su propio peso, ni Anfitrite había extendido sus brazos por los largos límites de las tierras.

Y aunque había allí tierra, mar y aire,
inestable era la tierra, innavegable era el mar
y sin luz estaba el aire: nada conservaba su forma,
cada uno se oponía a los otros, porque en un solo cuerpo
lo frío luchaba con lo caliente, lo húmedo con lo seco,
lo blando con lo duro y lo pesado con lo ligero.

Esta disputa un dios, o más bien la naturaleza, la dirimió,
pues escindió las tierras de cielo, las aguas de las tierras
y separó el límpido cielo del aire espeso.

Y después que los desplegó y los sacó de la masa oscura,
los unió en sitios separados con paz armoniosa.

La fuerza ígnea y sin peso del cielo convexo
brilló y se buscó un lugar en lo más alto de la bóveda;
cercano a él por su ligereza y situación está el aire;
más densa que ellos, la tierra arrastro consigo los elementos
pesados y quedó apretada por su propia gravedad; y el agua
que la rodea ocupó la parte final y abarcó el disco sólido.

Cuando el dios, quienquiera que fuera, hubo ordenado así
la masa, la dividió y, una vez dividida, la distribuyó en partes;
primero a la tierra, para que no quedara desigual
por todas partes, la enrolló bajo la figura de un enorme globo;
después, ordenó que se dispersaran los mares, que se inflaran
de rápidos vientos y rodearan las costas de la tierra circular.

Añadió fuentes, inmensos estanques y lagos, y encauzó el raudal
de los ríos entre las riberas tortuosas: éstos son absorbidos
en parte por la tierra en diferentes lugares, en parte
llegan al mar y, recibidos en llanura de aguas más extensas,
golpean los litorales en lugar de las riberas. Ordenó también
que se dilataran los campos, se hundieran los valles, los bosques
se cubrieran de hojas y se elevaran los montes pedregosos.

Y como hay dos zonas que cortan el cielo por la derecha,
otras dos por la izquierda y una quinta es más tórrida que éstas
así el celo de Dios dividió la masa incluso en igual número
y otras tantas zonas quedan marcadas sobre la tierra.

De ellas la central no es habitable a causa del calor;
espesa nieve cubre a otras dos; entre ambas situó otras tantas,
y les dio un clima templado, de calor mezclado con frío.

Por encima esta el aire, tanto más pesado que el fuego
cuanto más ligero que la tierra y que el agua.
Ordenó que allí estuvieran las nieblas, allí las nubes
y los truenos que perturban la mente de los hombres
y los vientos que producen relámpagos y rayos.

El Hacedor del mundo no permitió a los vientos ocupar el aire a su gusto; todavía ahora cuenta impedirles que destrocen el mundo, aunque cada uno dirige sus soplos en regiones distintas: tan grande es la discordia entre los hermanos.

El Euro se retiró junto a la Aurora, a los reinos nabateos, a Persia y a las cumbres que se extienden bajo los rayos matutinos; el véspero y las costas que se calientan con el sol de poniente están cercanas al Céfiro. El frío Bóreas ocupó Escitia y los Siete Triones; la parte opuesta de la tierra se humedece con las asiduas nubes y la lluvia del Austro.

Por encima de estos colocó al límpido éter, que carece de peso y no contiene nada de las heces de la tierra. Apenas había marcado así todo dentro de límites fijos, cuando los astros, que habían estado mucho tiempo oprimidos por ciega oscuridad, empezaron a hervir por todo el firmamento; y para que ninguna región estuviera sin sus seres vivos, los astros y las figuras de los dioses ocuparon el suelo celeste, las aguas tocaron a los brillantes peces para vivir allí, la tierra recibió a las fieras y a las aves el aire movable.

Un ser más sagrado que éstos y más capaz de una mente profunda faltaba todavía y que pudiera dominar sobre lo demás; nació el hombre, al que o lo creo de semen divino el Hacedor del mundo, origen de un mundo mejor, o la tierra reciente y separada hacía poco del elevado éter retenía el semen de su pariente el cielo, a la que el vástago de Yápeto mezclándola con agua de lluvia modeló en forma de figura de dioses que lo gobiernan todo.

Y mientras los demás animales miran inclinados a la tierra, dio al hombre un rostro levantado y le ordenó que mirara al cielo y levantara el rostro alto hasta las estrellas.

Así la tierra, que hacía poco había sido tosca y sin forma, cambió y se revistió de figuras humanas desconocidas.

Consultado del día 30 de mayo de 2011
<http://ccss-lilian.blogspot.com/>

SESIÓN 7

POESÍA MEDIEVAL Y DEL RENACIMIENTO

Guido Cavalcanti

Dama me ruega

Dama me ruega / quiera yo discurrir
sobre un accidente / frecuentemente / fiero
y altanero, / que es llamado amor:
tal que quien lo niega / pueda sentirlo.

Para tal fin, conocedor / quiero
porque no espero / que un bajo corazón
a tal razón / dirija inteligencia:
porque sin una natural / intelección
no tengo talante / de demostrar
dónde se posa, y quién lo hizo crear,
y cuál es su virtud y su potencia,
la esencia / luego, y cada movimiento
y el placer / que hace amor llamar,
y si acaso podría ser mostrado.

En aquel sitio / donde está memoria
toma su estado, / así formado, / como
diafanidad / de luz en una oscuridad
que de Marte / viene, / y se establece;
allí es creado / y con sensato / nombre,
del alma, atuendo, / y del corazón, voluntad.

Llega en visible forma / que se conforma,
pues prende / en el intelecto posible,
como en la materia, lugar y morada.

Ya allí no hay más pesadumbre
porque de cualidad no desciende:
resplandece / en su perpetuo / efecto;
no tiene deleite, / sí contemplación;
tal que no puede / prodigar semejanza.

No es virtud, / pero de ella viene
porque es perfección / y se muestra tal,
no racional / pero digo que siente;
sin salud, / juicio mantiene,
que la intención / por razón / es suficiente:
discierne mal / en quien es del vicio amigo.

De su poder viene con frecuencia muerte,
si fuerte / la virtud fuese impedida,
la que lleva / por la contraria vía:
no porque opuesto a naturaleza sea;
pero cuando lo perfecto tuerce
la suerte, / no puedo decir que mueve a vida,

que el equilibrio / no tiene señorío.
Igual sucede a quien de él se abstiene.

Su ser se ve cuando / el querer es tanto
que más allá de medida / de natura / va,
pues no se adorna / de reposo jamás.

Mueve, cambiando color, / risa en llanto,
y de la figura amada / con pavor / desvía;
poco se hospeda; / siempre de él verán
que en gente de valor se encuentra más.

La nueva cualidad / mueve a suspiros
y quiere que el hombre mire / en no formado lugar,
despertando la ira que envía fuego
(imaginar no lo puede quien no lo prueba),
ni se mueva / ya, pero que a él se arroje,
y no se vuelva / para buscar alivio:
no firme tiene la mente gran saber ni poco.

Del su modo viene / un mirar seguro
que hace parecer / el placer / cierto:
no puede cubierto / estar, cuando así ha llegado.

Aunque no salvaje, / la belleza es dardo,
que tal amar / para amedrentar / es sabio:
consigue mérito / el espíritu golpeado.

Y no se puede conocer por el rostro:
incluso / el blanco en tal objeto cae;
para quien bien escucha: / forma no se ve:
por lo tanto, menos a él, / que de ella viene.
Sin color, de esencia indivisa,
puesto / en lo oscuro, luz rechaza.
Sin fraude digo, / digno de fe,
que sólo de ése nace la merced.

Tú puedes segura ir, canción,
allá donde te place, así adornada;
por demás loada / será tu razón
por las personas de entendimiento:
de estar con otras, / no tienes ganas

consultado 30 mayo de 2011

<http://campodemaniobras.blogspot.com/search/label/Guido%20Cavalcanti?max-results=20>

Francisco Petrarca

Cancionero

Los que, en mis rimas sueltas, el sonido
oís del suspirar que alimentaba
al joven corazón que desvariaba
cuando era otro hombre del que luego he sido;
del vario estilo con que me he dolido
cuando a esperanzas vanas me entregaba,
si alguno de saber de amor se alaba,
tanta piedad como perdón le pido.

Que anduve en boca de la gente siento
mucho tiempo y, así, frecuentemente
me advierto avergonzado y me confundo;

y que es vergüenza, y loco sentimiento,
el fruto de mi amor é claramente,
y breve sueño cuanto place al mundo.

Porque una hermosa en mí quiso vengarse
y enmendar mil ofensas en un día,
escondido el Amor su arco traía
como el que espera el tiempo de ensañarse.

En mi pecho, do suele cobijarse,
mi virtud pecho y ojos defendía
cuando el golpe mortal, donde solía
mellarse cualquier dardo fue a encajarse.

Pero aturdida en el primer asalto,
sentí que tiempo y fuerza le faltaba
para que en la ocasión pudiera armarme,
o en el collado fatigoso y alto
esquivar el dolor que me asaltaba,
del que hoy quisiera, y no puedo, guardarme.

Fue el día en que del sol palidieron
los rayos, de su autor compadecido,
cuando, hallándome yo desprevenido,
vuestros ojos, señora, me prendieron.

En tal tiempo, los míos no entendieron
defenderse de Amor: que protegido
me juzgaba; y mi pena y mi gemido
principio en el común dolor tuvieron.

Amor me halló del todo desarmado
y abierto al corazón encontró el paso
de mis ojos, del llanto puerta y barco:
pero, a mi parecer, no quedó honrado
hiriéndome de flecha en aquel caso

y a vos, armada, no mostrando el arco.

El que su arte infinita y providencia
demostró en su admirable magisterio,
que, con éste, creó el otro hemisferio
y a Jove, más que a Marte, dio clemencia,
vino al mundo alumbrando con su ciencia
la verdad que en el libro era misterio,
cambió de Pedro y Juan el ministerio
y, por la red, les dio el cielo en herencia.

Al nacer, no le plugo a Roma darse,
sí a Judea: que, más que todo estado,
exaltar la humildad le complacía;
y hoy, de una aldea chica, un sol ha dado,
que a Natura y al sitio hace alegrarse
donde mujer tan bella ha visto el día.

Si con suspiros de llamaros trato,
y al nombre que en mi pecho ha escrito Amor,
de que el laude comienza ya el rumor
del primer dulce acento me percato.

Vuestra realeza, que hallo de inmediato,
redobla, en la alta empresa, mi valor;
pero ¡tate!, me grita el fin, que honor
rendirle es de otros hombros peso grato.

Al laude, así, y a reverencia, enseña
la misma voz, sin más, cuando os nombramos,
oh de alabanza y de respeto digna:
ino que, si mortal lengua se empeña
en hablar de sus siempre verdes ramos,
su presunción tal vez a Apolo indigna.

Consultado 31 de mayo de 2011 de
[http://www.librosintinta.in/biblioteca/ver-
pdf/www.todoebook.net/ebooks/Poesia/Francesco%20Petrarca%20-%20Cancionero%20I%20-
%20v1.0.pdf.htx](http://www.librosintinta.in/biblioteca/ver-pdf/www.todoebook.net/ebooks/Poesia/Francesco%20Petrarca%20-%20Cancionero%20I%20-%20v1.0.pdf.htx)

Jorge Manrique

Coplas por la muerte de su padre

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando,
cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,
da dolor;

cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

Pues si vemos lo presente
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.

No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera,
más que duró lo que vio
porque todo ha de pasar
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
y llegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

Invocación:
Dejo las invocaciones
de los famosos poetas
y oradores;
no curo de sus ficciones,
que traen yerbas secretas
sus sabores;

A aquél sólo me encomiendo,
aquél sólo invoco yo
de verdad,
que en este mundo viviendo
el mundo no conoció
su deidad.

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin error.

Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos.

Este mundo bueno fue
si bien usáramos de él
como debemos,
porque, según nuestra fe,
es para ganar aquél
que atendemos.

Aun aquel hijo de Dios,
para subimos al cielo
descendió
a nacer acá entre nos,
y a vivir en este suelo
cuando murió.

Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos,
que en este mundo traidor,
aun primero que muramos
las perdamos:
de ellas deshace la edad,
de ellas casos desastrados
que acaecen,
de ellas, por su calidad,
en los más altos estados
desfallecen.

Decidme: la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
el color y la blancura,
cuando viene la vejez,
¿cuál se para?

Las mañas y ligereza
y la fuerza corporal
de juventud,
todo se torna graveza
cuando llega al arrabal
de senectud.

Pues la sangre de los godos,
y el linaje y la nobleza
tan crecida,
¡por cuántas vías y modos
se pierde su gran alteza

en esta vida!

Unos, por poco valer,
¡por cuán bajos y abatidos
que los tienen!
otros que, por no tener,
con oficios no debidos
se mantienen.

Los estados y riqueza
que nos dejan a deshora,
¿quién lo duda?
no les pidamos firmeza,
pues son de una señora
que se muda.

Que bienes son de Fortuna
que revuelven con su rueda
presurosa,
la cual no puede ser una
ni estar estable ni queda
en una cosa.

Pero digo que acompañen
y lleguen hasta la huesa
con su dueño:
por eso nos engañen,
pues se va la vida apriesa
como sueño;
y los deleites de acá
son, en que nos deleitamos,
temporales,
y los tormentos de allá,
que por ellos esperamos,
eternales.

Los placeres y dulzores
de esta vida trabajada
que tenemos,
no son sino corredores,
y la muerte, la celada
en que caemos.

No mirando nuestro daño,
corremos a rienda suelta
sin parar;
desque vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

Si fuese en nuestro poder
hacer la cara hermosa
corporal,

como podemos hacer
el alma tan gloriosa,
angelical,
¡qué diligencia tan viva
tuviéramos toda hora,
y tan presta,
en componer la cativa,
dejándonos la señora
descompuesta!

Consultado 31 de mayo de 2011
<http://users.ipfw.edu/jehle/poesia/coplaspo.htm>

Juan Boscan

Poema Dulce Soñar

Dulce soñar y dulce congojarme,
cuando estaba soñando que soñaba;
dulce gozar con lo que me engañaba,
si un poco más durara el engañarme.
Dulce no estar en mí, que figurarme
podía cuanto bien yo deseaba;
dulce placer, aunque me importunaba
que alguna vez llegaba a despertarme.
¡Oh sueño, cuánto más leve y sabroso
me fueras, si vinieras tan pesado,
que asentaras en mí con más reposo!
Durmiendo, en fin, fui bienaventurado,
y es justo en la mentira ser dichoso
quien siempre en la verdad fue desdichado.

Consultado el 31 mayo de 2011
<http://www.poemasde.net/dulce-sonar-juan-boscan/>

Garcilaso de la Vega

Eglogas

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de contar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
(de pacer olvidadas) escuchando.

Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo

y un grado sin segundo,
agora estés atento sólo y dado
el ínclito gobierno del estado
Albano; agora vuelto a la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra el fiero Marte;

Ágora de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes a caza, el monte fatigando
en ardiente jinete, que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir van dilatando;
espera, que en tornando
a ser restituido
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras,
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
viene a sacarme de la deuda un día,
que se debe a tu fama y a tu gloria
(que es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo digno de memoria),
el árbol de victoria,
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente,
dé lugar a la hiedra que se planta
debajo de tu sombra, y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores;
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes al altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de un alta haya en la verdura,
por donde un agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado,
él, con canto acordado
al rumor que sonaba,
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;
y así, como presente,
razonando con ella, le decía:

Salicio:

¡Oh más dura que mármol a mis quejas,
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve, Galatea!,
estoy muriendo, y aún la vida temo;
témola con razón, pues tú me dejas,
que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.

Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de ti desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
donde siempre moraste, no pudiendo
de ella salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente:
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cuál con el sol presente
va de nuevo al oficio,
y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina,
siempre está en llanto esta ánima mezquina,
cuando la sombra el mundo va cubriendo,
o la luz se avecina.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Y tú, de esta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
dejas llevar (¡desconocida!) al viento
el amor y la fe que ser guardada
eternamente sólo a mí debiera?
¡Oh Dios!, ¿por qué siquiera,
(pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo)
no recibe del cielo algún castigo?

Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Fray Luis de León

La Perfecta Casada

Cuánto es menester para que una mujer sea perfecta, y lo que debe procurarlo ver la que es casada. Mujer de valor, ¿quién la hallará? Raro y extremado es su precio.

Propone luego al principio aquello de que ha de decir, que es la doctrina de una mujer de valor, esto es, de una perfecta casada, y lo que propone, o por mejor decir, propone loándole para despertar desde luego y encender en ellas aqueste deseo honesto y virtuoso. Y por que tuviese mayor fuerza el encarecimiento, pónelo por vía de pregunta diciendo:

Mujer de valor, ¿quién la hallará? Y en preguntarlo y decirlo así, dice que es dificultoso el hallarla, y que son pocas las tales. Y así, la primera loa que da a la buena mujer es decir de ella que es cosa rara; que es lo mismo que llamarla preciosa y excelente cosa, y digna de ser muy estimada, porque todo lo raro es precioso.

Y que sea aquéste su intento, por lo que luego añade se ve: Alejado y extremado, dice, es su precio; o como dice el original en el mismo sentido: Más y allende y muy alejado sobre las piedras preciosas el precio suyo. De manera que el hombre que acertare con una mujer de valor, se puede desde luego tener por rico y dichoso, entendiendo que ha hallado una perla oriental, o un diamante finísimo, o una esmeralda, u otra alguna piedra preciosa de inestimable valor.

Así que ésta es la primera alabanza de la buena mujer: decir que es dificultosa de hallar. Lo cual así es alabanza de las buenas, que es aviso para conocer generalmente la flaqueza de todas. Porque no sería mucho ser una buena, si hubiese muchas buenas, o si en general no fuesen muchos sus siniestros malos. Los cuales son tantos, a la verdad, y tan extraordinarios y diferentes entre sí, que con ser un linaje y especie, parecen de diversas especies. Que como burlando en esta materia, o Focílides o Simónides solía decir: En ellas solas se ven el genio y las mañas de todas las suertes de cosas, como si fueran de su linaje. Que unas hay cerriles y libres como caballos, y otras resabidas como raposas; otras ladradoras, otras mudables a todos colores, otras pesadas como hechas de tierra; y por esto, la que entre tantas diferencias de mal acierta a ser buena, merece ser alabada mucho.

Mas veamos por qué causa el Espíritu Santo a la buena mujer la llama mujer de valor, y después veremos con cuánta propiedad la compara y antepone a las piedras preciosas.

Lo que aquí decimos mujer de valor, y pudiéramos decir mujer varonil, como Sócrates, cerca de Jenofón, llama a las casadas perfectas; así que esto que decimos varonil o valor, en el original es una palabra de grande significación y fuerza, y tal que apenas con muchas muestras se alcanza todo lo que significa. Quiere decir virtud de ánimo y fortaleza de corazón; industria y riquezas y poder y aventajamiento, y, finalmente, un ser perfecto y cabal en aquellas cosas a quien esta palabra se aplica; y todo esto atesora en sí la que es buena mujer, y no lo es si no lo atesora.

Y para que entendamos que esto es verdad, la nombró el Espíritu Santo con este nombre, que encierra en sí tanta variedad de tesoro. Porque, como la mujer sea de su natural flaca y deleznable más que ningún otro animal, y de su costumbre e ingenio una cosa quebradiza y melindrosa; y como la vida casada sea vida sujeta a muchos peligros, y donde se ofrecen cada día trabajos y dificultades muy grandes, y vida ocasionada a continuos desabrimientos y enojos, y como dice San Pablo, vida adonde anda el ánimo y el corazón dividido y como enajenado de sí, acudiendo ahora a los hijos, ahora al marido, ahora a la familia y hacienda; para que tanta flaqueza salga con victoria de contienda tan dificultosa y tan larga, menester es que la que ha de ser buena casada esté cercada de un tan noble escuadrón de virtudes como son las virtudes que habemos dicho, y las que en sí abraza la propiedad de aquel nombre. Porque lo que es harto para un hombre salga

bien con el negocio que emprende, no es bastante para que una mujer responda como debe a su oficio; y cuanto el sujeto es más flaco, tanto para arribar con una carga pesada tiene necesidad de mayor ayuda y favor. Y como cuando en una materia dura y que no se rinde al hierro ni al arte, vemos una figura perfectamente esculpida, decimos y conocemos que era perfecto y extremado en su oficio el artífice que la hizo, y que con la ventaja de su artificio venció la dureza no domable del sujeto duro, así y por la misma manera, el mostrarse una mujer la que debe entre tantas ocasiones y dificultades de vida, siendo de suyo tan flaca, es clara señal de un caudal de rarísima y casi heroica virtud. Y es argumento evidente que cuanto en la naturaleza es más flaca, tanto en el valor del ánimo y en su virtud es mayor y más aventajada.

Y esta misma es la causa también por donde, como lo vemos por la experiencia y como la historia nos lo enseña en no pocos ejemplos, cuando alguna mujer acierta a señalarse en algo de lo que es de loor, vence en ello a muchos hombres de los que se dan a lo mismo. Porque cosa de tan poco ser como es esto que llamamos mujer, nunca ni emprende ni alcanza cosa de valor ni de ser, si no es porque la inclina a ello y la despierta y alienta alguna fuerza de increíble virtud, que o el cielo ha puesto en su alma, o algún don de Dios singular; que, pues vence su natural y sale, como río, de madre, debemos necesariamente entender que tiene en sí grandes acogidas de bien.

Por manera que, con grandísima verdad y significación de loor, el Espíritu Santo a la mujer buena no la llamó comoquiera buena, ni dijo o preguntó: ¿Quién hallará una buena mujer?, sino llamóla mujer de valor, y usó en ello de una palabra tan rica y tan significativa como es la original que dijimos, para decirnos que la mujer buena es más que buena, y que esto que nombramos bueno es una medianía de hablar, que no allega a aquello excelente que ha de tener y tiene en sí la buena mujer. Y que para que un hombre sea bueno, le basta un bien mediano; mas en la mujer ha de ser negocio de muchos y muy subidos quilates; porque no es obra de cualquier oficial, ni lance ordinario, ni bien que se halla adquiera, sino artificio primo y bien incomparable, o, por mejor decir, un amontonamiento de riquísimos bienes.

Y éste es el primer loor que la da el Espíritu Santo, y con éste viene como nacido el segundo, que es compararla a las piedras preciosas. En lo cual, como en una palabra, acaba de decir cabalmente todo lo que en esto de que vamos hablando se encierra; porque así como el valor de la piedra preciosa es de subido y extraordinario valor, así el bien de una buena esposa tiene subidos quilates de virtud. Y como la piedra preciosa en sí es poca cosa, y por la grandeza de la virtud secreta cobra gran precio, así lo que en el sujeto flaco de la mujer pone estima de bien es grande y raro bien.

Y como en las piedras preciosas la que no es muy fina no es buena, así en las mujeres no hay medianía, ni es buena la que no es más que buena. Y de la misma manera que es rico un hombre que tiene una preciosa esmeralda o un rico diamante, aunque no tenga otra cosa, y el poseer estas piedras no es poseer una piedra, sino poseer en ella un tesoro abreviado, así una buena mujer no es una mujer, sino un montón de riquezas, y quien la posee es rico con ella sola, y sola ella le puede hacer bienaventurado y dichoso. Y del modo que la piedra preciosa se trae en los dedos, y se pone delante los ojos, y se asienta sobre la cabeza para hermosura y honra de ella, y el dueño tiene allí juntamente arreo en la alegría y socorro en la necesidad, ni más ni menos a la buena mujer el marido la ha de querer más que a sus ojos, y la ha de traer sobre su cabeza; y el mejor lugar del corazón de él ha de ser suyo, o por mejor decir, todo su corazón y su alma; y ha de entender que, en tenerla, tiene un tesoro general para todas las diferencias de tiempos, y que es varilla de virtud, como dicen, que en toda sazón y coyuntura responderá con su gusto y le henchirá su deseo; y que en la alegría tiene en ella compañía dulce, con quien acrecentará su gozo comunicándolo, y en la tristeza amoroso consuelo, y en las dudas consejo fiel, y en los trabajos regalo, y en las faltas socorro, y medicina en las enfermedades, acrecentamiento para su hacienda, guarda de su casa, maestra de sus hijos, previsora de sus excesos, y, finalmente, en las

veras y burlas, en lo próspero y adverso, en la edad florida y en la vejez cansada, y por el proceso de toda la vida, dulce amor y paz y descanso.

Hasta aquí llegan las alabanzas que da Dios a aquesta mujer. Veamos ahora lo que después de esto se sigue.

Consultado el 1 de junio de 2011

<http://www.camino->

[neocatecumenal.org/neo/leer%20y%20meditar/fay%20luis%20de%20Leon/Fray%20Luis%20de%20Leon%20-%20La%20Perfecta%20Casada.pdf](http://www.camino-neocatecumenal.org/neo/leer%20y%20meditar/fay%20luis%20de%20Leon/Fray%20Luis%20de%20Leon%20-%20La%20Perfecta%20Casada.pdf)

Santa Teresa de Jesús

Obras de santa Teresa de Jesús

1. El tener padres virtuosos, y temeroso de Dios, me bastará, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y ansí los tenía de romance, para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora, y de algunos Santos, comenzó a despertarme de edad (a mi parecer) de seis, o siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres, y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad: y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos: decía, que de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad; jamás nadie le oyó jurar, ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió, que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible, y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió: murió muy Cristianamente. Éramos tres hermanas, y nueve hermanos: todos parecieron a sus padres (por la bondad de Dios) en ser virtuosos, sino fui yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase a ofender a Dios, parece tenía alguna razón: porque, yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supo aprovechar de ellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.

2. Tenía uno casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor, y ellos a mí; juntábamnos entrambos a leer vidas de santos: como veía los martirios, que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir ansí; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes, que leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano a tratar que medio habría para esto. Concertábamnos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen: y paréceme, que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres, nos parecía el mayor embarazo. Espantábamnos mucho el decir en lo que leíamos, que pena, y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando desto: y gustábamnos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido, me quedase en esta niñez imprimido e camino de la verdad. De que vi, que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamnos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamnos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas, que luego se nos caían, y ansí no hallábamnos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver, como me daba Dios tan presto, lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran

hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

3. Acuérdome, que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos: como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana, en cuanto me he encomendado a ella, y en fin me ha tornado a sí. Fatígame ahora ver, y pensar en que estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh Señor mío!, pues parece tenéis determinado que me salve, plega a vuestra Majestad sea así, y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuviérades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada, a dónde tan contino habiades de morar? Fatígame, Señor, aún decir esto, porque sé que fue mía toda la culpa; porque no me parece os quedó a vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy a quejarme de mis padres, tampoco puedo; porque no veía en ellos sino todo bien, y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad, que comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado (que según decían eran muchas) cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé a ayudar para ofenderlo, como ahora diré.

Capítulo II

Trata cómo fue perdido, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas

1. Paréceme que comenzó a hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces, cuan mal lo hacen los padres, que no procuran que vean sus hijos siempre, cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre (como he dicho) de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi liada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para leer en ellos: y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos, y comenzó a enfriar en lo demás; y parecíame, no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé a traer galas, y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Durome mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecían a mí no eran ningún pecado muchos años: ahora veo cuán malo debía ser. Tenía primos, hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado; y pluguiera a Dios que lo fuera destos también, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar a criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo: andábamos siempre juntos, teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones, y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fue, mostrarse el alma a lo que fue causa de todo su mal. Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres, que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor, que a lo mejor.

2. Así me acaeció a mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, desta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta, que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar

que tratase en casa (parece que adivinaba el mal que por ella me había de venir) y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A esta que digo, me aficioné a tratar: con ella era mi conversación, y pláticas: porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones, y vanidades. Hasta que traté con ella, que fue de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas) no me parece había dejado a Dios, por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Éste tuvo fuerza para no la perder del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona dél, que a esto me hiciese rendir. Así tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural, para no perder en lo que me parecía a mí está la honra del mundo; y no miraba que la perdía por otras muchas vías. En querer esta vanamente, tenía extremo; los medios que eran menester para guardarla, no ponía ninguno; solo para no perderme del todo, tenía gran miramiento. Mi padre, y hermana sentían mucho esta amistad, reprendíanmela muchas veces; como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias; porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer, en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querría escarmentasen en mí los padres, para mirar mucho en esto. Y es así, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural, y alma virtuosos, no me dejó casi ninguno: y me parece me imprimía sus condiciones ella, y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía: y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después quitado este temor del todo, quedome solo el de la honra, que en todo lo que hacía, me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía a muchas cosas bien contra ella, y contra Dios.

3. Al principio dañáronme las cosas dichas, a lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba, como a mí la afición. Y pues nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a pasatiempos de buena conversación; mas puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro, y ponía en él a mi padre, y hermanos; de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba ser tan secreto, que no hubiese harta quiebra de mi honra, y, sospecha en mi padre. Porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron a un monasterio que había en este lugar, a donde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo: y esto con tan gran disimulación, que sola yo, y algún deudo lo supo; porque aguardaron a coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre, me tenía, y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo. Como fue breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certinidad; porque como yo tenía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo, a quien todo lo ve. ¡Oh Dios mío, qué daño hace en el mundo tener esto en poco, y pensar que ha de haber cosa secreta, que sea contra vos! Tengo por cierto, que se excusarían grandes males, si entendiésemos, que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros a vos.

4. Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí; porque, ya no andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía y procuraba confesarme con brevedad: traía un desasosiego, que en ocho días, y aun creo en menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento a donde quiera que estuviese, y así era muy querida; y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame

de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad, y religión, y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera como me desasosegar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma a tornarse a acostumar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba su Majestad mirando, y remirando por donde me podía tornar a sí. Bendito seáis vos, Señor, que tanto me habéis sufrido. Amén. Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas; y es, que era el trato con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien, e informada de con quién me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decían no iba contra Dios. Dormía una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar a darme luz, como ahora diré.

Consultado el 1 de junio de 2011

<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/obras-de-santa-teresa-de-jesus-tomo-i--0/html/>

San Juan de la Cruz

La noche oscura

En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
(¡oh dichosa ventura!)
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura,
por la secreta escala disfrazada,
(¡oh dichosa ventura!)
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquésta me guiaba
más cierta que la luz del mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que me guiaste!,
¡oh noche amable más que el alborada!,
¡oh noche que juntaste
amado con amada,
amada en el amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,

y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

Consultado el 1 de junio de 2011 de <http://users.ipfw.edu/jehle/poesia/nocheosc.htm>

Gutierre de Cetina

Ojos claros, serenos

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuando más piadosos,
Más bellos parecéis a aquel que os mira,
No me miréis con ira,
Porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

Consultado el 1 de junio de 2011
<http://www.camagueycuba.org/cienpoesias/13.html>

Luis de Góngora y Argote

Al Conde de Niebla

Estas que me dictó, rimas sonoras,
Culta sí aunque bucólica Talía,
Oh excelso Conde, en las purpúreas horas
Que es rosas la alba y rosicler el día,
Ahora que de luz tu niebla doras,
Escucha, al son de la zampoña mía,
Si ya los muros no te ven de Huelva
Peinar el viento, fatigar la selva.

Templado pula en la maestra mano
El generoso pájaro su pluma,
O tan mudo en la alcándara, que en vano
Aun desmentir el cascabel presume;
Tascando haga el freno de oro cano
Del caballo andaluz la ociosa espuma;

Gima el lebril en el cordón de seda,
Y al cuerno al fin la cítara suceda.

Treguas al ejercicio sean robusto,
Ocio atento, silencio dulce, en cuanto
Debajo escuchas de dosel augusto
Del músico jayán el fiero canto.
Alternas con las Musas hoy el gusto,
Que si la mía puede ofrecer tanto
Clarín -y de la Fama no segundo-,
Tu nombre oirán los términos del mundo.

Donde espumoso el mar siciliano
El pie argenta de plata al Lilibeo,
Bóveda o de las fraguas de Vulcano
O tumba de los huesos de Tifeo,
Pálidas señas cenizoso un llano,
Cuando no del sacrilego deseo,
Del duro oficio da. Allí una alta roca
Mordaza es a una gruta de su boca.

Guarnición tosca de este escollo duro
Troncos robustos son, a cuya greña
Menos luz debe, menos aire puro
La caverna profunda, que a la peña;
Caliginoso lecho, el seno obscuro
Ser de la negra noche nos lo enseña
Infame turba de nocturnas aves,
Gimiendo tristes y volando graves.

De este, pues, formidable de la tierra
Bostezo, el melancólico vacío
A Polifemo, horror de aquella sierra,
Bárbara choza es, albergue umbrío
Y redil espacioso donde encierra
Cuanto las cumbres ásperas cabrío,
De los montes esconde: copia bella
Que un silbo junta y un peñasco sella.

Un monte era de miembros eminente
Este que -de Neptuno hijo fiero-
De un ojo ilustra el orbe de su frente,
Émulo casi del mayor lucero;
Cíclope a quien el pino más valiente
Bastón le obedecía tan ligero,
Y al grave peso junco tan delgado,
Que un día era bastón y otro cayado.

Negro el cabello, imitador undoso
De las oscuras aguas del Leteo,
Al viento que lo peina proceloso
Vuela sin orden, pende sin aseo;
Un torrente es su barba impetuosa,

Que -adusto hijo de este Pirineo-
Su pecho inunda- o tarde, o mal, o en vano
Surcada aun de los dedos de su mano.

No la Trinacria en sus montañas, fiera
Armó de crueldad, calzó de viento,
Que redima feroz, salve ligera
Su piel manchada de colores ciento:
es ya la que en los bosques era
Mortal horror al que con paso lento
Los bueyes a su albergue reducía,

Pisando la dudosa luz del día.
Cercado es, cuando más capaz más lleno,
De la fruta, el zurrón, casi abortada,
Que el tardo otoño deja al blando seno
De la piadosa yerba encomendada:
La serva, a quien le da rugas el heno;
La pera, a quien le da cuna dorada
La rubia paja y -pálida turora-
La niega avara y pródiga la dora.

Consultado 1 de junio de 2011
<http://www.todoebook.net/ebooks/Poesia/Luis%20de%20Gongora%20%20-%20Fabula%20De%20Polifemo%20Y%20Galatea%20-%20v1.0.pdf>

Félix Lope de Vega Carpio

La dama boba

Acto primero
Salen LISEO, caballero, y TURÍN, lacayo, los dos de camino

LISEO:
¡Qué lindas posadas!

TURÍN:
¡Frescas!

LISEO:
¿No hay calor?

TURÍN:
Chinches y ropa tienen fama en toda Europa.

LISEO:
¡Famoso lugar en Illescas!
No hay en todos los que miras quien le iguale.

TURÍN:
Aun si supieses la causa...

LISEO:
¿Cuál es?

TURÍN:
Dos meses de guindas y de mentiras.

LISEO:
Como aquí, Turín, se juntan de la corte y de Sevilla, Andalucía y Castilla, unos a otros preguntan: nos de las Indias cuentan, y otros, con discursos largos de provisiones y cargos, cosas que al vulgo alimentan. ¿No tomaste las medidas?

TURÍN:
Una docena tomé.

LISEO:
¿E imágenes?

TURÍN:
Con la fe que son de España admitidas por milagrosas en todo cuanto en cualquiera ocasión les pide la devoción y el nombre.

LISEO:
Pues, de ese modo, lleguen las postas, y vamos.

TURÍN:
¿No has de comer?

LISEO:
Aguardar a que se guise es pensar que a media noche llegamos; y un desposado, Turín, ha de llegar cuando pueda lucir.

TURÍN:
Muy atrás se queda con el repuesto Marín; pero yo traigo que comas.

LISEO:
¿Qué traes?

TURÍN:
Ya lo verás.

LISEO:
Dilo.

TURÍN:
Guarda.

LISEO:
Necio estás.

TURÍN:
¿De esto, pesadumbre tomas?

LISEO:

Pues ¿para decir lo que es...?

TURÍN:

Hay a quien pesa de oír su nombre. Basta decir que tú lo sabrás después.

LISEO:

¿Entretiénesse el hambre con saber qué ha de comer?

TURÍN:

Pues sábetete que ha de ser...

LISEO:

¡Presto!

TURÍN:

Tocino fiambre.

LISEO:

Pues ¿a quién puede pesar de oír nombre tan hidalgo? Turín, si me has de dar algo, ¿qué cosa me puedes dar que tenga igual a ese nombre?

TURÍN:

Esto y una hermosa caja.

LISEO:

Dame de queso una raja; que nunca el dulce es muy hombre.

TURÍN:

Esas liciones no son de galán, ni desposado.

LISEO:

Aún agora no he llegado.

TURÍN:

Las damas de corte son todas un fino cristal; transparentes y divinas.

LISEO:

Turín, las más cristalinas comerán.

TURÍN:

¡Es natural! Pero esta hermosa Finea con quien a casarte vas comerá...

LISEO:

Dilo.

TURÍN:

No más de azúcar, maná y jalea. Pasarás una semana con dos puntos en el aire de azúcar.

LISEO:

¡Gentil donaire!

TURÍN:

¿Qué piensas dar a su hermana?

LISEO:

A Nise, su hermana bella, una rosa de diamantes, que así tengan los amantes tales firmezas con ella; y una cadena también, que compite con la rosa.

TURÍN:

Dicen que es también hermosa.

LISEO:

Mi esposa parece bien; si doy crédito a la fama. De su hermana poco sé; pero basta que me dé lo que más se estima y ama.

1 de junio de 2011

[http://librosgratis.liblit.com/V/Vega%20y%20Carpio,%20Felix%20Lope%20de%20\(1562-1635\)/Lope%20de%20Vega%20Carpio%20-%20La%20dama%20boba.pdf](http://librosgratis.liblit.com/V/Vega%20y%20Carpio,%20Felix%20Lope%20de%20(1562-1635)/Lope%20de%20Vega%20Carpio%20-%20La%20dama%20boba.pdf)

Francisco de Quevedo y Villegas

Vida del buscón Don Pablos

CAPÍTULO I

CUENTA QUIÉN ES Y DE DÓNDE

Yo soy, señor, natural de Segovia. Mi padre se llamó Clemente Pablo (Dios le tenga en el cielo). Fué el tal como todos dicen; su oficio fué de barbero; aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corría que le llamasen así, diciendo que, él era tundidor de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa; y, según él bebió, puédesse muy bien creer.

Estuvo casado con Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal. Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja, aunque ella, por los nombres y sobrenombres de sus pasados, quiso probar que era descendiente de la letanía. Tuvo muy buen parecer, y fué tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió, casi todos los copleiros de España hacían cosas sobre ella. Padebió grandes trabajos recién casada, y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos para sacar el dos de oros. Probósele que a todos los que hacía la barba a navaja, mientras les daba con el agua, levantádoles las caras para el lavatorio, un mi hermanico de siete años les sacaba, muy a su salvo, los tuétanos de las faltriqueras. Murió el angelito de unos azotes que le dieron dentro de la cárcel. Sintiólo mucho mi padre (buen siglo haya), por ser tal que robaba a todos las Voluntades.

Por estas y otras niñerías estuvo preso; aunque, según a mí me han dicho después, salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron doscientos cardenales, sino que a ninguno llamaban eminencia. Las damas diz que salían por verle a las ventanas, que siempre pareció mi padre muy bien a pie y caballo.

No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ajeno soy della, Mi madre, pues, no tuvo calamidades. Un día alabándomela una vieja que me crió, decía que era tal su agrado, que hechizaba a cuantos la trataban; sólo diz que se dijo no sé qué da, un cabrón y volar, lo cual la puso cerca de que la diesen plumas con que lo hiciese en público. Hubo fama de que reedificaba doncellas, resucitaba cabellos y encubría canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos; otros, algebrista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre la llamaban alcahueta; para unos era tercera y prima para todos, y flux para los dineros de todos.

Ver, pues, con la boca de risa que ella oía esto de todos, era para dar mil gracias a Dios. No me detendré en decir la penitencia que hacía. Tenía un aposento, donde sola ella entraba y alguna vez

yo, que, como era chiquito, podía-, todo rodeado de calaveras, que ella decía que eran para memorias de la muerte, o para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcados, y decíame a mí: "¿Qué piensas? Estas tengo por reliquias, porque los más de éstos se salvan".

Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre a quién había de imitar en el oficio; mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué a uno ni a otro.

Decíame mi padre: "Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica, sino liberal"; y de allí a un rato, habiendo suspirado, decía de manos: "El que no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y jueces nos aborrecen tanto?"

Unas veces nos destierran, otras nos azotan, otras nos cuelgan, aunque no haya llegado el día de nuestro santo. No lo puedo decir sin lágrimas" -lloraba como un niño el buen viejo, acurdándose de las veces que le habían bataneado las espaldas-: "porque no querrian ellos que adonde están hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros. De todo nos libra la buena astucia, En mi mocedad siempre andaba por las iglesias: y no de puro buen cristiano. Muchas veces me hubieran llevado en el asno, si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé sino cuando lo mandaba la Santa Madre Iglesia; y así, con esto y mi oficio, he sustentado a tu madre lo más honradamente que he podido"

"Cómo, ¿a mí sustentado?", dijo ella con gran cólera, que le pesaba de que yo no me aplicase a brujo-; "yo os he sustentado a vos, y sacádoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo o por las bebidas que yo os daba? Gracias a mis botes. Y si no temiera que me habían de oír en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado".

Más dijera, según se había encolerizado, si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos que tenía. Metilos yo en paz, diciendo que quería aprender virtud, resueltamente, y ir con mis buenos pensamientos adelante; y así, que me pusiese en la escuela, pues sin leer ni escribir no se podía hacer nada. Parecióles bien lo que yo decía, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre tomó a ocuparse en ensartar las muelas, y mi padre se tornó a ir fuera, no sé si a ocuparse en barba o en bolsa. Yo me quedé solo, dando gracias a Dios porque me hizo hijo de padres tan hábiles y celosos de mi bien.

CAPÍTULO II

DE CÓMO FUI A LA ESCUELA Y LO QUE EN ELLA ME SUCEDIÓ

A otro día ya estaba comprada cartilla y hablado al maestro.

Fuí a la escuela; recibíome muy alegre; díjome que tenía cara de hombre agudo y buen entendimiento. Yo con esto, por no desmentirle, di muy bien la lección aquella mañana. Sentábame el

maestro junto a si; ganaba la palmatoria los más días por venir antes, y íbame el postrero por hacer algunos recados de "Señora", que así llamábamos la mujer del maestro. Teníalos a todos con semejantes caricias obligados. Favorecíanme demasiado, y con esto creció la envidia de los demás niños. Llegábame a los hijos de los caballeros y personas principales, y particularmente a un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba las meriendas. Ibame a su casa a jugar las fiestas, y acompañábale cada día. Pero los otros, porque no les hablaba, o porque les parecía demasiado punto el mío, siempre andaban. Poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros don Ventosa; cuál decía, por disculpar la envidia, que me quería mal porque mi madre le había. Chupado dos hermanitas pequeñas, de noche; otro decía que a mi padre le había llevado a su casa para la limpieza de los ratones, por llamarle gato; unos me decían cuando pasaba zape; otros, miz; cuál decía: "Yo le tiré dos berengenas a su madre

cuando fué obispa”. Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria a Dios. Y aunque yo me corría, disimulábalo.

Todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió a decirme a voces hijo de una puta hechicera; lo cual, como me lo dijo tan claro -que aún si lo dijera turbio no me pesara-, agarré una piedra y descalabréle. Fuíme a mi madre corriendo, que me escondiese, y contéle todo el caso, a lo cual sólo me dijo: “Muy bien hiciste; bien muestras quién eres; sólo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo”. Cuando yo oí esto, como siempre tuve altos pensamientos, volvíme a ella, y dije: “¡Ah madre!, pésame sólo de que ha sido más misa que pendencia la mía”. Preguntóme que por qué, y díjela que porque había tenido los evangelios. Roguéla que me declarase si le podía desmentir con verdad, o me declarase si me había concebido a escote entre muchos, o si era hijo de mi padre sólo. Rióse y dijo: “¡Ah, noramaza! ¿Eso sabes decir? No serás bobo; gracia tienes; muy bien hiciste en quebrarle la cabeza; que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir”. Yo, con esto, quedé como muerto, determinado de coger lo que pudiese en breves días, y Salirme de casa de mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza.

Disimulé; curó mi padre al muchacho; apaciguólo todo; volvíme a la escuela, donde el maestro me recibió con ira, hasta que sabiendo la causa de la pendencia, se le aplacó el enojo, considerando la razón que había tenido.

En todo esto, siempre me visitaba aquel hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, que se llamaba don Diego; queríame naturalmente, porque trocaba con él los peones, si eran mejores los míos; dábale de lo que almorzaba, y no le pedía de lo que él comía; comprábale estampas, enseñábale a luchar, jugaba con él al toro y entreteníale siempre. Así que, los más días, sus padres del caballerito, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban a los míos que me dejasen con él a comer y a cenar, y aun a dormir los más días.

Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por Navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre, el cual tenía fama de confeso, que, el don Dieguito me dijo: “Hola, llámale Poncio Pilato, y echa a correr”

Yo, por darle gusto, lláméle Poncio Pilato. Corrióse y dió a correr tras mí con un cuchillo desnudo, para matarme; de manera que me fué forzoso meterme huyendo en la casa de mi maestro, dando gritos. Entró el hombre tras mí, y el maestro defendióme de que no me matase, asegurándome de castigarme.

Aunque señora le rogó por mí, movida de lo que yo la servía, no aprovechó; mandóme desatacar, y azotándome, decía tras cada azote: “¿Diréis más Poncio Pilato?”

Yo respondía: “No, señor”. Respondílo veinte veces a otros tantos azotes que me dió. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo que, mandándome el día siguiente decir, como solía, las oraciones a los otros muchachos, llegando al Credo -advierta vuestra merced la inocente malicia-, al tiempo de decir: “Padeció so el poder de Poncio Pilato”, acordándome que no había de decir más Pilato, dije: “So el poder de Poncio de Aguirre”.

Consultado el 1 de junio de 2011 <http://www.tretribuscine.com/urbandina/wp-content/textos/textos1/130.pdf>

SESIÓN 8

POESÍA MODERNA

Lord Byron

Don Juan

PRIMERA PARTE

Yo, que soy el autor de este poema, ando buscando un héroe; es cosa extraordinaria que no pueda encontrarlo, cuando casi todos los días se nos presenta uno a quien las gacetas y las plumas sirven de trompetas de la gloria, hasta que al fin el tiempo descubre que tal héroe no es el verdadero. Pero yo no quiero cantar a gentes de esa especie, a héroes falsos; quiero celebrar a nuestro antiguo amigo don Juan, hijo de doña Inés, a quien todos hemos visto en el teatro bajar a los infiernos un poco antes de tiempo.

Vernon, el carnicero de Cumberland. Wolfie, Hawke, el príncipe Fernando Gramby, Burgoyne, Keppel, Howe, pícaros y hombres honrados, todos han tenido su parte en el universal elogio, y han servido de muestra, como en nuestros días Wellesley; cada uno de ellos, a su vez, han desfilado ante vuestra simpatía como los reyes de Banque, corriendo hacia la gloria, todos hijos de la misma madre. Francia ha conocido también a Bonaparte y a Dumoirier, y los ha visto llenar las páginas de sus "Debats" y su "Moniteur".

Barnave, Brissot, Candercet, Marat Petion, Cloetz, Danton, Mirabeau, La Fayette, han sido, también, según se sabe, muy famosos en Francia. Y aún hay muchos que no están olvidados, como Joubert, Hoche, Marceau, Lannes Desaix, Moreau, y otros mil guerreros inscritos honrosamente en el templo de la Memoria; pero sus nombres tampoco podrían tener un lugar en mi poema.

Nelson, hasta hace poco tiempo, era el dios Marte de la Gran Bretaña; todavía podría seguir siéndolo si las cosas no hubieran cambiado; pero ya no se habla de Trafalgar y este nombre duerme silenciosamente en la cruz de Nelson. Actualmente el ejército está en boga y nuestros marinos parecen olvidados. Nuestro príncipe sólo presta atención a los soldados, olvidando a Dulea, Neeson, Howe y Jervis.

Antes de Agamón existían, sin duda, hombres de mérito; después de él la Humanidad ha contemplado a más de un valiente capitán y un sabio ilustre digno de su admiración. ¡Cuántos ha habido que valían tanto como el Rey Micenas y que, sin embargo, en nada se parecían a él! Pero todos ellos no han brillado en los libros de los poetas y están hoy olvidados. No trato yo de proscribir a nadie, pero no puedo encontrar en todo nuestro siglo a un solo hombre que merezca este poema, y por eso he escogido a mi amigo don Juan.

La mayor parte de los autores escriben de este modo sus poemas: empezando in media res, el héroe relata su epopeya, cuando le place, en forma de episodio. Para ello se sienta cómodamente, después de comer bien, al lado de su linda amante, en algún paraje delicioso, en un palacio, un jardín, o tal vez en una gruta que sirve maravillosamente de refugio a la pareja afortunada.

Este es, sin embargo, el método vulgar, y no será el mío; yo prefiero comenzar por el principio. La regularidad y el rigor de mi plan me prohíben toda digresión como una falta imperdonable. Entraré, pues, en materia inmediatamente, comenzando por contaros, si me lo permitís, algo sobre el padre y la madre de don Juan.

Don Juan nació en Sevilla, ciudad hermosa de España, célebre por sus mujeres. Creedme que es digno de lástima aquél que no la ha visitado nunca. Así lo dice el proverbio, y yo soy de ese

dictamen: entre todas las ciudades españolas no hay ninguna más bonita, ni más gentil. Quizá Cádiz... Pero esto lo podréis decidir vosotros mismos muy pronto, yendo a España.

Su padre se llamaba José, es decir, don José, y era un verdadero hidalgo. La noble sangre que corría por sus venas estaba limpia de toda mezcla de sangre mora e israelita, y descendía de los hidalgos más godos de España. ¡Nunca se había puesto a caballo un más noble caballero, o bien, ¡una vez montado, nunca se había apeado! Tal era el don José que engendró a nuestro héroe, que engendró... Pero, un poco de paciencia, porque esto se dirá más adelante.

Su madre era una señora instruida, iniciada en todas las ciencias dignas de estimación en los pueblos cristianos; su alma reunía todas las virtudes y sus talentos disminuían el valor de las personas más hábiles; hasta las gentes mejores y de más dulce corazón experimentaban cierta secreta envidia al verse sobrepujadas en todas las perfecciones posibles por esta devota dama española.

La tal dama poseía una memoria que era como una mina inagotable; se acordaba con exactitud de todas las obras de Calderón y de Lope de Vega, y si algún cómico que les representase hubiera titubeado en su papel, ella, sin necesidad de recurrir al texto, hubiera hecho a maravilla el oficio de apuntador.

Consultado el 2 de junio de 2011

<http://www.todoebook.net/ebooks/Poesia/Lord%20Byron%20-%20Don%20Juan%20-%20v1.0.pdf>

Percy Bysshe Shelley
Adonais y otros poemas

HIMNO DE PAN

I

De las altas tierras y bosques
hoy venimos, venimos;
de las islas ceñidas de ríos,
donde, bravas, las ondas se callan,
escuchando mi flauta tan dulce.
Todo viento, en los juncos y cañas,
y la abeja en la flor del tomillo,
en arbustos de mirto los pájaros,
la cigarra en limeros subida,
los lagartos abajo, en la hierba,
más que Tmolus, el viejo, callaban,
escuchando mi flauta tan dulce.

II

El líquido Peneo fluía
y el Tempé estaba oscuro, a la sombra
del Pelión, que ya dominaba
el ocaso más rápido huyendo
por el son de mi flauta tan dulce.
Los silenos, silvanos y faunos
y las ninfas de ríos y selvas,
en la orilla de prados mojados
o en las cuevas que cubre el rocío,
y así todo el cortejo, callaban

por amor, como callas, Apolo,
envidiando mi flauta tan dulce.

III

Los danzantes luceros, cantaba,
y la Tierra, como un laberinto,
y los cielos, las guerras enormes
del Amor y el Nacer y la Muerte.
Mudé luego mi canto: era un Ménalo,
en un valle -canté-: perseguía
a una joven y obtuve una caña.
¡Así engañan a humanos y dioses!
Se nos quiebra en el pecho y sangramos:
y lloraron. Y así lloraríais
si la envidia o la edad no os helaran,
al plañir de mi flauta tan dulce.
Trad M. Manent

A LA ALEGRÍA

Espíritu sutil de la Alegría,
¡Cuán pocas veces te llegaste a mí!
¿Por qué, noche tras noche y día tras día,
Desampararme así?
¡Cuánta cansada noche y día triste,
Espíritu vital, no bien huiste!
¿Cómo será que vuelvas, ni que vibres
En sombras de mi alma, tu fulgor,
Si tú con los dichosos y los libres,
Te ríes del dolor?
¡Espíritu falaz! tu gloria esmalta
Sólo las vidas a quien no haces falta.
Como la cierva si crujió una hoja,
Te das ante los males, a temblar.
Aun el menor suspiro de congoja
Te viene a reprochar
Que ni a la pena asistas ni al gemido
El que se exhala, prestes el oído.

¡Déjame alzar con melodía nueva,
Limpia y jovial, mi tenebroso canto!
No que a escucharme la piedad te mueva:
Te moverá el encanto.
Mas, corte la piedad las crueles alas
Con que en remoto azul siempre resbalas.
Pues son también los tuyos mis amores,
Oh Espíritu sutil de la Delicia;
La fresca Tierra en nítidos verdes,
La noche y la caricia
Vesperial del otoño, y la alta aurora
Que pájaros concierto y brumas dora.
Amo la nieve, el iris con que sabe
La viva escarcha brillantar el mundo;
La nube, la onda azul, la brisa suave

Y el retronar profundo:
Cuanto hay exento de miseria humana
En la naturaleza soberana.
Amo la soledad de alas tranquilas,
De la amistad la pervivencia fiel;
Mi espíritu te copia: ¿qué vacilas
en hermanarte a él?
Pero, insensible tú, guardas lejano
Cuanto amo a par de ti y anhelo en vano.
Y amo el Amor, aunque en sus alas de oro,
Tenga de un relámpago su albor.
Pero ante todo, Espíritu, te adoro:
Tú eres vida y amor.
¡Oh, ven, y haz tu mansión del alma mía,
Espíritu inmortal de la Alegría!

Consultado el 2 de junio de 2011

<http://librosgratis.liblit.com/S/Shelley,%20Percy%20Bysshe/Shelley,%20Percy%20Bysshe%20-%20Adonis%20y%20otros%20poemas.pdf>

John Keats

Oda a un ruiseñor

Me duele el corazón y un pesado letargo aflige a mis sentidos, tal si hubiera bebido cicuta o apurado un opiato hace sólo un instante y me hubiera sumido en el Leteo ¡Oh, si un trago de vino largo tiempo enfriado en las profundas cuevas de la tierra que supiera a Flora y a la verde campiña, (...) si pudiera beber y abandonar el mundo inadvertido y junto a ti perderme por el oscuro bosque! Perderme a lo lejos, deshacerme, olvidar que entre las hojas tú nunca has conocido la inquietud, el cansancio y la fiebre aquí, donde los hombres tan sólo se lamentan y tiemblan de parálisis postreras, tristes canas, donde crecen los jóvenes como espectros y mueren, donde aun el pensamiento se llena de tristeza y de desesperanzas, donde ni la Belleza puede salvaguardar sus luminosos ojos por los que el nuevo amor perece sin mañana. ¡Lejos! ¡Muy lejos! He de volar hacia ti. No me conducirán leopardos de Baco sino unas invisibles y poéticas alas; aunque torpe y confusa se retrase mi mente: ¡ya estoy contigo! Suave es la noche y tal vez en su trono aparezca la luna circundada de mágicas estrellas. Pero aquí no hay luz, salvo la que acompaña desde el cielo el soplo de la brisa cruzando el oscuro verdor y veredas de musgo. A oscuras escucho. Y en más de una ocasión he amado el alivio que depara la muerte invocándola con ternura en versos meditados para que disipara en el aire mi aliento. Ahora más que nunca morir parece dulce, dejar de existir sin pena a medianoche ¡mientras se te derrama afuera el alma en semejante éxtasis! ¡Adiós! Tu lastimero himno se desvanece al pasar por los prados vecinos, el tranquilo arroyo y la colina; ahora es enterrado en los calveros del cercano valle. ¿He soñado despierto o ha sido una visión? Ha volado la música. ¿Estoy despierto o duermo?

Consultado el 3 de junio de 2011

<http://www.allthelikes.com/application.php?app=117303241630013>

Heinrich Heine

Cuadros de viaje

La Ciudad de Göttinga, celebrada por sus salchichones y por su universidad, pertenece al Rey de Hannover, y contiene novecientos noventa Y siete hogares, diversas iglesias, una casa de maternidad, un observatorio astronómico, una cárcel, una biblioteca y una bodega municipal, cuya

cerveza es muy aceptable. El arroyo que corre ante la población se llama el Leine, y sirve de baño durante el estío; el agua es muy fría, y tan ancha la corriente en algunos sitios, que realmente Lüder debió tomar buena carrera, cuando la salvé de un salto.

La ciudad es bella, considerada en sí misma, y agrada mucho más vista de espalda. Debe contar larga fecha de existencia, pues recuerdo que, cuando hace cinco años estuve inscripto, y poco después fuí relegado de ella, tenía ya el mismo aspecto gris y de prematura vejez, y estaba ya completamente provista de bedeles, perros de aguas, disertaciones, thés dansants, lavanderas, compendia, pichones asados, caballeros Güelfos, carrozas de promoción, cabezas de pipa y consejeros áulicos, de justicia; de relegación, farsantes y comparsa.

Hay quienes afirman que la ciudad fue edificada en la época de la inmigración de los pueblos, que cada tribu germánica dejó entonces en ella un ejemplar suelto de sus individuos, y que de ellos descendieron todos los vándalos, frisios, suabos, teutones, sajones, turingios, etc., que aun hoy día se ostentan en Göttinga, agrupados en hordas, que se distinguen por el color de sus gorros y la guarnición de sus pipas, en la calle de Weend, que luchan eternamente entre sí en los sangrientos campos de batalla de Rasenmühle, de Ritschenkrug y de Bovden, viviendo todavía con arreglo á los usos y costumbres del tiempo de la inmigración, rigiéndose, en parte, por sus duces, á quienes llaman gallos principales, y en parte, por su código primitivo llamado comento, que merece un lugar in legibus barbarorum.

En general, los habitantes de Göttinga se dividen en estudiantes, profesores, filisteos y relata, cuyos cuatro estados no ofrecen; ni mucho menos, otros tantos grupos perfectamente distintos. El más considerable es el de reata. Sería demasiado prolijo referir aquí los nombres de todos los estudiantes y de todos los profesores ordinarios y extraordinarios; tampoco recuerdo en este momento los nombres de todos los estudiantes, y entre los profesores, hay muchos que todavía carecen absolutamente de él. Pero el número de los filisteos de Göttinga debe ser muy grande; abundan como las arenas, o mejor dicho, como el lodo á orillas del mar; verdaderamente, cuando yo les veía por la mañana con sus rostros sucios y sus blancos abonarés, plantados á la puerta del Consejo académico, apenas podía darme cuenta de cómo pudo crear Dios tamaña caterva de pícaros.

Con toda comodidad pueden entresacarse mayores detalles, referentes á la ciudad e Göttinga, de la Topografía de la misma, escrita por K. F. H. Marx. Pero, aunque tenga los más sagrados deberes que cumplir para con el autor, que era mi médico y manifestó tenerme mucho cariño, no puedo, sin embargo, recomendar incondicionalmente su obra, y debo censurarle el no haber desmentido con suficiente energía la falsa especie de que las mujeres de Göttinga tienen los pies demasiado grandes.

Tan cierto es esto, que hace más de un año estoy dedicado á redactar una seria refutación de dicha especie, y para verificarlo he cursado anatomía comparada, he sacado notas de los libros más raros de la biblioteca, he estudiado detenidamente los pies de las damas que pasan por la calle de Weend, y en una erudita disertación que contendrá el resultado de estos estudios, hablo:

1.º, de los pies en general; 2.º, de los pies entre los antiguos; 3.º, de los pies de los elefantes; 4.º, de los pies de las mujeres de Göttinga; 5.º, compilo cuanto acerca de estos pies se ha dicho en el merendero de Ulrico; 6.º, considero estos pies en sus relaciones, y me extendiendo también, con este motivo, a la pantorrilla, rodilla, etc., y, finalmente, 7.º, en el caso de que logre encontrar papel de marca suficiente, le añadiré algunas láminas con facsímile de los pies de las damas de Göttinga.

Era todavía muy de mañana cuando abandoné la ciudad, y el sabio yacía aún seguramente en su lecho, y soñaba, como de costumbre, que paseaba por un hermoso jardín, en cuyos acirates solamente crecían papelillos cubiertos de citas, que brillaban deliciosamente a la luz del sol; que

arrancando de acá y de allá algunos, los transplantaba cuidadosamente á otro acirate, y en tanto, los ruiseñores alegraban su viejo corazón con sus más dulces acentos.

Ante la puerta de Weend me encontré con dos pequeños escolares de la población, uno de los cuales decía al otro: "De ningún modo quiero juntarme ya con Teodoro, porque es un pillete que ayer no sabía cómo hace el genitivo de mensa." Por insignificantes que parezcan estas palabras, me creo en el deber de repetir las; sí, hasta quisiera hacerlas esculpir sobre la puerta de la ciudad, á manera de blasón, pues los pequeñuelos pían como silban los viejos, y dichas palabras pintan con toda exactitud la orgullosa y estéril erudición de la sapientísima Georgia Augusta.

Soplaba en la calzada la fresca brisa matinal, y los pájaros cantaban alegremente, comunicando poco á poco á mi alma nueva frescura y alegría. Falta me hacía tal refrigerio. La última temporada me la había pasado en el establo de las Pandectas; los casuistas romanos habían cubierto mi espíritu con una especie de gris tela de araña; mi corazón estaba como oprimido entre los férreos párrafos de los egoístas sistemas jurídicos; sonaba constantemente en mis oídos algo así como:

Triboriano, Justiniano, Hermogeriano y.... Bobician; á dos amantes que se hallaban sentados al pie de un árbol, con las manos enlazadas, los tomé por una edición del Corpus juris.

Empezaba ya á estar animado el camino. Pasaban las lecheras, y también los arrieros con sus sucios educandos. Detrás de Weend encontráronme Schifer y Doris, no la idílica pareja cantada por Gessner, sino dos bien remunerados bedeles de la Universidad, que debían espiar cuidadosamente, á fin de que ningún estudiante se batiera en Bovden, y de que ningún profesor privado especulador, introdujera algunas ideas nuevas de las que aun debían sufrir cuarentena durante algunos decenios ante las puertas de Göttinga. Schäfer me saludó muy académicamente, pues es también escritor, y ha hecho frecuente mención de mí en sus escritos semestrales; á más de que también me ha citado con frecuencia, y si no le encontraba en casa, tenía siempre la amabilidad de dejarme la cita por escrito, con tiza, en la puerta de mi cuarto.

Consultado el 3 de junio de 2011

<http://www.sebastiansabatini.com.ar/biblioteca/H/Heine%20Heinrich/Heinrich%20Heine%20-%20Cuadros%20de%20viaje%20-%20Tomo%20I.pdf>

Alfonso de Lamartine

Poema Aislamiento

A menudo en el monte, bajo algún viejo roble,
viendo el sol que se pone tristemente me siento;
dejo que todo el llano mis miradas abarquen,
el cambiante paisaje que se extiende a mis pies.

Aquí el río con olas espumosas murmura,
serpentea y se pierde en oscuros confines;
allí inmóvil el lago es un agua dormida,
con la estrella de Venus adornando su azul.

En la cima, que bosques muy sombríos coronan,
el crepúsculo pone su fulgor postrimero;
y el brumoso carruaje que conduce las sombras
emblanquece, elevándose todo el amplio horizonte.

De la gótica flecha surge entonces un son
religioso que invade todo el aire; el viajero

se detiene y escucha la campana que mezcla
a los últimos ruidos de aquel día su canto.

Pero halagos así no conmueven mi alma,
que parece insensible, incapaz de emoción;
y contemplo la tierra como un vago fantasma:
no calienta a los muertos este sol de los vivos.

De colina en colina pongo en vano mis ojos,
desde el norte hasta el sur, de la aurora al poniente,
y me digo: «No existe ni un lugar en el mundo
donde pueda pensar que me espera la dicha».

¿Qué me importan los valles, los palacios, las chozas?
Sus encantos son vanos, para mí nada cuentan.
Ríos, montes y bosques, soledades amadas,
sólo un ser está ausente y todo es un desierto.

Miraré indiferente los caminos del sol,
qué más da si en su inicio o en su parte final;
si se pone o si nace entre nubes o azul,
¿a mí el sol qué me importa? Nada espero del día.

Si pudiera seguirle en su larga carrera
por doquier yo vería el vacío y el páramo.
Nada quiero de todo lo que el sol ilumina,
nada quiero tener del inmenso universo.

Mas tal vez más allá de su curva celeste,
donde el sol verdadero otros cielos alumbraba,
si pudiera dejar mis despojos aquí
lo que tanto he soñado se mostrara a mis ojos.

Allí me embriagaría en la fuente deseada
y volviera a encontrar esperanza y amor,
ese bien ideal al que aspiran las almas
y que no tienen nombre aquí abajo en la tierra.

¡Si pudiera en el carro de la Aurora elevarme
vago fin de mis ansias, en el cielo hasta ti!
¿Por qué aún sigo atado a esta tierra de exilio?
Entre la tierra y yo nada existe en común.

Cuando la hoja del bosque cae sobre los prados,
cuando el viento nocturno la arrebató a los valles,
yo quisiera también ser esa hoja caída:
¡Arrastradme como ella, aquilones, borrascas!

Alfred Musset

Dos noches de pasión

PRIMERA PARTE

Era ya media noche y los salones de la condesa Gamiani resplandecían al brillo de las luces.

Danzaban las parejas a los sones de una mágica orquesta. Tenían los trajes el encanto de la elegancia y del color; deslumbraban las joyas.

Llena de gracia, encantadora, desviviéndose con sus invitados, la dama que daba la fiesta parecía llena de alegría por el éxito de ella. Se la veía sonreír satisfecha a todas las palabras galantes y a los cumplimientos que se le prodigaban.

Yo, firme en mi papel habitual de observador, había notado más de una circunstancia que me hacía no apreciar en la condesa el mérito que todos le atribuían. Pronto medí lo que valía como mujer de mundo. Faltábame disecar su ser moral, llevar el escalpelo al corazón, y, en este punto, confieso que algo extraño y misterioso me detenía, estorbando mi deseo. Me daba una pena infinita aquel afán por conocer el fondo de la existencia de una mujer de conducta enigmática.

Joven todavía, dueña de una fortuna inmensa, bella a los ojos de los más, esta mujer, sin familia, sin grandes amistades, sin preocuparse de los ventajosos partidos que podían presentársele, había llegado a constituir un caso raro en la vida mundana.

La manera de ser de la condesa tenía muchos comentaristas, y todos ellos remataban en la maledicencia; unos veían en ella una mujer sin alma y sin pasiones; otros la suponían herida por los engaños, deseosa de sustraerse en adelante a las decepciones amargas de la vida.

Quise salir de dudas, y para ello puse a contribución cuantos recursos me podía suministrar la lógica; pero todo fue en vano: no di con una conclusión satisfactoria.

Desorientado y aburrido, empezaba ya a pensar en otras cosas, cuando escuché que, detrás de mí, decía de pronto en alta voz un viejo libertino:

-¡Bah! ¡Es una tríbada!

Esta palabra fue como un rayo de luz en las tinieblas. ¡Todo se encadenaba y se explicaba! ¡Ya no existía contradicción posible!

¡Una tríbada! ¡Oh! Esta palabra resonaba en mi oído de un modo extraño; suscitaba en mi espíritu no sé qué imágenes de voluptuosidades monstruosas y lascivas hasta el último límite. ¡Era la furia lujuriosa, la violenta y forzada lubricidad, el goce horrible que jamás concluye, que jamás se harta! Inútilmente pretendía desechar estas ideas, que en un momento me inflamaron en delirios orgiásticos. Y creían ver mis ojos desnuda a la condesa, en los brazos de otra mujer, con los cabellos sueltos y esparcidos, rendida, atormentada por un placer insaciable y abortado. Hervía mi sangre, mis sentidos rugían y caí trastornado en un sofá. Cuando me hube repuesto de la emoción pensé serenamente lo que tenía que hacer para espiar y para sorprender a la condesa. Era preciso conseguirlo a todo trance.

Decidí vigilarla toda la noche, en su mismo dormitorio. La puerta vidriera del tocador daba frente a la cama. Advertí lo admirable de tal observatorio y, oculto entre unas ropas que allí estaban colgadas, me resigné pacientemente a esperar la hora de los sortilegios.

No había acabado de agazaparme, como queda dicho, cuando la condesa Gamiani apareció y llamó a su doncella, que era una muchacha morena y arrogante, a la que dijo:

-Julia, esta noche no te necesito. Puedes acostarte. Si oyes ruido en mi cuarto no te molestes. Quiero estar sola.

Acaso estas palabras presagiaban un drama. Estaba satisfecho de mi osadía.

El rumor del salón se fue debilitando poco a poco, hasta que al fin se quedó sola la condesa con una amiga suya, la señorita fanny B***. Pronto se hallaron ambas en la alcoba, ante mis ojos llenos de ansiedad y pasión.

Consultado el 3 de junio de 2011

<http://www.libroos.es/libros-de-narrativa/varios/24992-musset-alfred-dos-noches-de-pasion-doc.html>

Charles Baudelaire

Las flores del mal

I

BENDICIÓN

Cuando, por un decreto de las potencias supremas,
El Poeta aparece en este mundo hastiado,
Su madre espantada y llena de blasfemias
Crispa sus puños hacia Dios, que de ella se apiada:
—¡Ah! ¡no haber parido todo un nudo de víboras,
Antes que amamantar esta irrisión!
¡Maldita sea la noche de placeres efímeros
En que mi vientre concibió mi expiación!
Puesto que tú me has escogido entre todas las mujeres
Para ser el asco de mi triste marido,
Y como yo no puedo arrojar a las llamas,
Como una esquila de amor, este monstruo esmirriado,
¡Yo haré rebotar tu odio que me agobia
Sobre el instrumento maldito de tus perversidades,
Y he de retorcer tan bien este árbol miserable,
Que no podrán retoñar sus brotes apestados!"

Ella vuelve a tragar la espuma de su odio,
Y, no comprendiendo los designios eternos,
Ella misma prepara en el fondo de la Gehena

Las hogueras consagradas a los crímenes maternos.
Sin embargo, bajo la tutela invisible de un Ángel,
El Niño desheredado se embriaga de sol,
Y en todo cuanto bebe y en todo cuanto come,
Encuentra la ambrosía y el néctar bermejo.

El juega con el viento, conversa con la nube,
Y se embriaga cantando el camino de la cruz;
Y el Espíritu que le sigue en su peregrinaje
Llora al verle alegre cual pájaro de los bosques.

Todos aquellos que él quiere lo observan con temor,
O bien, enardeciéndose con su tranquilidad,
Buscan al que sabrá arrancarle una queja,
Y hacen sobre El ensayo de su ferocidad.

En el pan y el vino destinados a su boca
Mezclan la ceniza con los impuros escupitajos;
Con hipocresía arrojan lo que él toca,
Y se acusan de haber puesto sus pies sobre sus pasos.
Su mujer va clamando en las plazas públicas:
"Puesto que él me encuentra bastante bella para adorarme,
Yo desempeñaré el cometido de los ídolos antiguos,

Y como ellos yo quiero hacerme redorar;
¡Y me embriagaré de nardo, de incienso, de mirra,
De genuflexiones, de viandas y de vinos,
Para saber si yo puedo de un corazón que me admira
Usurpar riendo los homenajes divinos!
Y, cuando me hastíe de estas farsas impías,
Posaré sobre él mi frágil y fuerte mano;
Y mis uñas, parecidas a garras de arpías,
Sabrán hasta su corazón abrirse un camino.

Como un pájaro muy joven que tiembla y que palpita,
Yo arrancaré ese corazón enrojecido de su seno,
Y, para saciar mi bestia favorita,
Yo se lo arrojaré al suelo con desdén!"
Hacia el Cielo, donde su mirada alcanza un trono espléndido,
El Poeta sereno eleva sus brazos piadosos,
Y los amplios destellos de su espíritu lúcido
Le ocultan el aspecto de los pueblos furiosos:
—"Bendito seas, mi Dios, que dais el sufrimiento
Como divino remedio a nuestras impurezas
Y cual la mejor y la más pura esencia
Que prepara los fuertes para las santas voluptuosidades!

Yo sé que reservarás un lugar para el Poeta
En las filas bienaventuradas de las Santas Legiones,
Y que lo invitarás para la eterna fiesta
De los Tronos, de las Virtudes, de las Dominaciones.
Yo sé que el dolor es la nobleza única
Donde no morderán jamás la tierra y los infiernos,
Y que es menester para trenzar mi corona mística
Imponer todos los tiempos y todos los universos.

Pero las joyas perdidas de la antigua Palmira,
Los metales desconocidos, las perlas del mar,
Por vuestra mano engastados, no serían suficientes
Para esa hermosa Diadema resplandeciente y diáfana;
Porque no será hecho más que de pura luz,
Tomada en el hogar santo de los rayos primitivos,
Y del que los ojos mortales, en su esplendor entero,

No son sino espejos oscurecidos y dolientes!"

II

EL ALBATROS

Frecuentemente, para divertirse, los tripulantes
Capturan albatros, enormes pájaros de los mares,
Que siguen, indolentes compañeros de viaje,
Al navío deslizándose sobre los abismos amargos.

Apenas los han depositado sobre la cubierta,
Esos reyes del azul, torpes y temidos,
Dejan lastimosamente sus grandes alas blancas
Como remos arrastrar a sus costados.

Ese viajero alado, ¡cuan torpe y flojo es!
Él, no ha mucho tan bello, ¡qué cómico y feo!
¡Uno tortura su pico con una pipa,
El otro remeda, cojeando, del inválido el vuelo!
El Poeta se asemeja al príncipe de las nubes
Que frecuenta la tempestad y se ríe del arquero;
Exiliado sobre el suelo en medio de la grita,
Sus alas de gigante le impiden marchar.

3 de junio de 2011 <http://www.lamajadescalza.com/las-flores-del-mal/>

Stéphane Mallarmé

La siesta de un fauno y otros poemas

CANSADO DEL AMARGO REPOSO...

Cansado del amargo reposo donde ofende
mi pereza una gloria por la que huí antaño
de la infancia adorable de los bosques de rosas
bajo azul natural, cansado siete veces
del exigente pacto de cavar por velada
nueva fosa en la tierra frígida y avarienta
de mi propio cerebro,
de la esterilidad cruel sepulturero.

-¿Qué decirle a esta Aurora, oh Sueños, visitado
por las rosas, con miedo de las lívidas, cuando
junte el extenso osario los vacuos agujeros?
Renunciar quiero al Arte voraz de un cruel país
y sonriente para los caducos reproches
que me hacen mis amigos, el pasado y el genio,
y mi lámpara que conoce mi agonía,
imitar al sutil chino de fino y límpido
corazón cuyo albo éxtasis está en pintar el fin,
sobre tazas de nieve de una arrobada luna,
de una flor peregrina que perfuma su vida
transparente, la flor que sintió cuando niño
a la azul filigrana del alma injertándosele.

Para la muerte como solo sueño del sabio,

sereno, escogeré un juvenil paisaje
que he de pintar aún, distraído, en las tazas.
Un pálido y delgado trazo de azul sería
un lago, entre el cielo de nuda porcelana,
nítida media luna perdida en blanca nube
baña su quieto cuerno en las heladas aguas
no lejos de tres juncos, pestañas de esmeralda.

UNA NEGRA...

Una negra por el demonio sacudida
Quiso en un niño triste gustar de nuevos frutos
Y criminales bajo su veste agujereada.

Esta voraz prepara sus trabajos astutos:
Con su vientre compara dos airosos pezones

Y allá donde la mano no consigue ascender
Eleva el golpeteo sordo de sus tacones
Como una rara lengua torpe para el placer.

Contra la desnudez miedosa de gacela
Que tiembla, sobre el dorso, como un gran elefante
Enajenada aguarda y se admira y encela
Y ríe con sus dientes ingenuos al infante.

Y entre sus piernas donde su víctima se acuesta,
Bajo la crin la negra piel abierta al azar,
La extraña boca su paladar manifiesta
Pálido y rosa como un caracol de mar.

Consultado el 4 de junio de 2011

http://www.paginadepoesia.com.ar/escritos_pdf/Mallarme_siestadefauno.pdf

Paul Verlaine

Serenata

Como la voz de un muerto que cantara
desde el fondo de su fosa,
amante, escucha subir hasta tu retiro
mi voz agria y falsa.

Abre tu alma y tu oído al son
de mi mandolina:
para ti he hecho, para ti, esta canción
cruel y zalamera.

Cantaré tus ojos de oro y de onix
puros de toda sombra,
cantaré el Leteo de tu seno, luego el
de tus cabellos oscuros.

Como la voz de un muerto que cantara
desde el fondo de su fosa,
amante, escucha subir hasta tu retiro
mi voz agria y falsa.

Después loare mucho, como conviene,
A esta carne bendita
Cuyo perfume opulento evoco
Las noches de insomnio.

Y para acabar cantaré el beso
de tu labio rojo
y tu dulzura al martirizarme,
¡Mi ángel, mi gubia!

Abre tu alma y tu oído al son
de mi mandolina:
para ti he hecho, para ti, esta canción
cruel y zalamera.

Consultado el 6 de junio de 2011
<http://elpensador.info/pensamiento/MjIwMg/>

Arthur Rimbaud

El sueño del escolar

Era la primavera, y Orbilio languidecía en Roma, enfermo, inmóvil: entonces, las armas de un profesor sin compasión iniciaron una tregua: los golpes ya no sonaban en mis oídos y la tralla ya no cruzaba mis miembros con permanente dolor.

Aproveché la ocasión: olvidando, me fui a las campiñas alegres. Lejos de los estudios y de las preocupaciones, una apacible alegría hizo renacer mi fatigada mente. Con el pecho hinchado por un desconocido y delicioso contento, olvidé las lecciones tediosas y los discursos tristes del maestro; disfrutaba al mirar los campos a lo lejos y los alegres milagros de la tierra primaveral.

Cuando era niño, sólo buscaba los paseos ociosos por el campo: sentimientos más amplios cabían ahora en mi pequeño pecho; no sé que espíritu divino le daba alas a mis sentidos exaltados; mudos de admiración, mis ojos contemplaban el espectáculo; en mi pecho nacía el amor por los cálidos campos: como antaño el anillo de hierro que al amante de Magnesia atrae, con una fuerza secreta, atándolo sin ruido gracias a invisibles ganchos.

Mientras, con los miembros rotos por mis largos vagabundeos, me recostaba en las verdes orillas de un río, adormecido por su suave susurro, llevado por mi pereza y acunado por el concierto de los pájaros y el hálito del aura, por el valle aéreo llegaron unas palomas, blanca bandada que traía en sus picos guirnaldas de flores cogidas por Venus, bien perfumadas, en los huertos de Chipre.

Su enjambre, al volar despacioso, llegó al césped donde yo descansaba, tendido, y batiendo sus alas a mi alrededor, me rodearon la cabeza, liándome las manos, con una corona de follaje y, tras coronar mis sienes con ramos de mirto aromado, me alzaron, por los aires, cual levísimo fardo...

Su bandada me llevó por las altas nubes, adormecido bajo una fronda de rosas; el viento acariciaba con su aliento mi lecho acunado suavemente. Y en cuanto las palomas llegaron a su

morada natal, al pie de una alta montaña, y se alzaron con un vuelo rápido hasta sus nichos suspendidos, me dejaron allí, despierto ya, abandonándome.

¡Oh dulce nido de pájaros!... Una luz restallante de blancura, en tomo a mis hombros, me viste todo el cuerpo con sus rayos purísimos: luz en nada parecida a la penumbrosa luz que, mezclada con sombras, oscurece nuestras miradas.

Su origen celeste nada tiene en común con la luz de la tierra. Y una divinidad me sopla en el pecho un algo celeste y desconocido, que corre por mí como un río.

Y las palomas volvieron trayendo en su pico una corona de laurel trenzada semejante a la de Apolo cuando pulsa con los dedos las cuerdas; y cuando con ella me ciñeron la frente, el cielo se abrió y, ante mis ojos atónitos, volando sobre una nube áurea, el mismo Febo apareció, ofreciéndome con su mano el plectro armonioso, y escribió sobre mi cabeza con llama celeste estas palabras:

«SERAS POETA»...

Al oírlo, por mis miembros resbala un calor extraordinario, del mismo modo que, en su puro y luciente cristal, el sol enardece con sus rayos la límpida fuente.

Entonces, también las palomas abandonan su forma anterior: el coro de las Musas aparece, y suenan suaves melodías; me levantan con sus blandos brazos, proclamando por tres veces el presagio y ciñéndome tres veces de laureles.

EL ÁNGEL Y EL NIÑO

El nuevo año ha consumido ya la luz del primer día; luz tan agradable para los niños, tanto tiempo esperada y tan pronto olvidada, y, envuelto en sueño y risa, el niño adormecido se ha callado... Está acostado en su cuna de plumas; y el sonajero ruidoso calla, junto a él, en el suelo.

Lo recuerda y tiene un sueño feliz: tras los regalos de su madre, recibe los de los habitantes del cielo. Su boca se entreabre, sonriente, y parece que sus labios entornados invocan a Dios. Junto a su cabeza, un ángel aparece inclinado: espía los susurros de un corazón inocente y, como colgado de su propia imagen, contempla esta cara celestial: admira sus mejillas, su frente serena, los gozos de su alma, esta flor que no ha tocado el Mediodía:

« ¡Niño que a mí te pareces, vente al cielo conmigo! Entra en la morada divina; habita el palacio que has visto en tu sueño; ¡eres digno! ¡Que la tierra no se quede ya con un hijo del cielo! Aquí abajo, no podemos fiarnos de nadie; los mortales no acarician nunca con dicha sincera; incluso del olor de la flor brota un algo amargo; y los corazones agitados sólo gozan de alegrías tristes; nunca la alegría reconforta sin nubes y una lágrima luce en la risa que duda.

¿Acaso tu frente pura tiene que ajarse en esta vida amarga, las preocupaciones turbar los llantos de tus ojos color cielo y la sombra del ciprés dispersar las rosas de tu cara? ¡No ocurrirá! te llevaré conmigo a las tierras celestes, para que unas tu voz al concierto de los habitantes del cielo.

Velarás por los hombres que se han quedado aquí abajo. ¡Vamos! Una Divinidad rompe los lazos que te atan a la vida. ¡Y que tu madre no se vele con lúgubre luto; que no mire tu féretro con ojos diferentes de los que miraban tu cuna; que abandone el entrecejo triste y que tus funerales no entristezcan su cara, sino que lance azucenas a brazadas, pues para un ser puro su último día es el más bello!» De pronto acerca, leve, su ala a la boca rosada... y lo siega, sin que se entere, acogiendo en sus alas azul cielo el alma del niño, llevándolo a las altas regiones, con un blando aleteo.

Ahora, el lecho guarda sólo unos miembros empalidecidos, en los que aún hay belleza, pero ya no hay un hálito que los alimente y les dé vida. Murió... Mas en sus labios, que los besos perfuman aún, se muere la risa, y ronda el nombre de su madre; y según se muere, se acuerda de los regalos del año que nace.

Se diría que sus ojos se cierran, pesados, con un sueño tranquilo. Pero este sueño, más que nuevo honor de un mortal, rodea su frente de una luz celeste desconocida, atestiguando que ya no es hijo de la tierra, sino criatura del Cielo. ¡Oh! con qué lágrimas la madre llora a su muerto ¡cómo inunda el querido sepulcro con el llanto que mana! Más, cada vez que cierra los ojos para un dulce sueño, le aparece, en el umbral rosa del cielo, un ángel pequeñito que disfruta llamando a la dulce madre que sonríe al que sonríe.

De pronto, resbalando en el aire, en tomo a la madre extrañada, revolotea con sus alas de nieve y a sus labios delicados une sus labios divinos.

COMBATE DE HÉRCULES Y DEL RÍO AQUELO

Antaño, el Aquelo de aguas henchidas salió de su vasto lecho; tumultuoso irrumpió por los valles en cuesta envolviendo en sus aguas los rebaños y el adorno de las mieses doradas. Caen las casas de los hombres derruidas y los campos que se extienden a lo ancho van siendo abandonados; la Ninfa ha dejado su valle los coros de los faunos se han callado: todos contemplaban el furioso río.

Alcides, al oír sus quejas, se compadeció de ellos: para frenar los furores del río lanza a las aguas crecidas su enorme cuerpo, expulsa con sus brazos las oleadas que espumean y las devuelve domadas a su lecho.

La ola del río vencido se estremece con rabia. Al instante, el dios del río adopta la forma de una serpiente: silba, chirría y retuerce su torso amoratado y con su terrible cola golpea las esponjosas orillas. Entonces, Alcides se avalanza, con sus robustos brazos, le rodea el cuello, lo aprieta, lo destroza con sus potentes músculos, y, volteando el tronco de un árbol lo lanza sobre él, dejándolo moribundo sobre la negra arena y alzándose furioso, le brama: «¿Te atreves a desafiar los músculos hercúleos, imprudente, no sabes que crecieron en estos juegos —ya, cuando aún niño, estaba en mi primera cuna—: ignoras que he vencido a los dos dragones?

Poema escrito durante el mismo curso escolar que los anteriores. El texto que había que glosar pertenece al poeta del siglo XVIII J. Delille (1738-1813), autor de *Jardins* [*Jardines*] y traductor de Virgilio; poeta de gran fuerza plástica, cuya poesía descriptiva nos lleva, por algunos derroteros íntimos, a la poesía romántica de la naturaleza y, por avenidas luminosas y bien ordenadas, hacia una sensibilidad que podríamos considerar parnasiana (y, como *El Parnaso*, con añoranzas barrocas). El modelo es, pues, muy superior al que precede. Algunos de los elementos plásticos más interesantes del texto de Rimbaud ya están en el de Delille.

Mote de Hércules, heredado de su abuelo Alceo. Pero la vergüenza estimula al dios del río y la gloria de su nombre derrumbado, en su corazón oprimido por el dolor, se resiste; sus fieros ojos brillan con un fuego ardiente, su terrible frente armada surge desgarrando el viento; muge, y tiemblan los aires ante su horrendo mugido.

Mas el hijo de Alcmena se ríe de esta lucha furiosa... Vuela, coge y zarandea los miembros temblorosos y los esparce por el suelo: aplasta con la rodilla el cuello que cruje y aprieta con un nudo vigoroso la garganta palpitante, hasta que exhala estertores.

Y entonces, Alcides, arrogante, mientras aplasta al monstruo, le arranca de la frente ensangrentada un cuerno —prueba de su victoria. Al verlo, los Faunos, los coros de las Dríades y

las hermanas de las Ninfas cuyas riquezas y refugios natales el vencedor había vengado se acercan hasta donde estaba, recostado perezosamente a la sombra de un roble, evocando en su alegre espíritu los triunfos pasados.

Su alegre tropel lo rodea y corona su frente con múltiples flores y lo adorna con verdes guirnaldas. Todos, entonces, cogen, como si fueran una sola mano, el cuerno que junto a él yacía, llenando el despojo cruento de ubérrimas manzanas y de perfumadas flores

Consultado el 6 de junio de 2011

<http://www.kaosteatro.com.ar/images/descargas/rimbaudpoesiascompletas.pdf>

Gustavo Adolfo Bécquer

La creación

I. Los aéreos picos del Himalaya se coronan de nieblas oscuras en cuyo seno hierve el rayo, y sobre las llanuras que se extienden a sus pies flotan nubes de ópalo, que derraman sobre las flores un rocío de perlas.

Sobre la onda pura del Ganges se mece la simbólica flor del loto, y en la ribera aguarda su víctima el cocodrilo, verde como las hojas de las plantas acuáticas, que lo esconden a los ojos del viajero.

En las selvas del Indostán hay árboles gigantescos, cuyas ramas ofrecen un pabellón al cansado peregrino, y otros cuya sombra letal lo llevan desde el sueño a la muerte.

El amor es un caos de luz y de tinieblas; la mujer, una amalgama de perjurios y ternura; el hombre un abismo de grandeza y pequeñez; la vida, en fin, puede compararse a una larga cadena con eslabones de hierro y de oro.

II. El mundo es un absurdo animado que rueda en el vacío para asombro de sus habitantes. No busquéis su explicación en los Vedas, testimonios de las locuras de nuestros mayores, ni en los Puranas, donde vestidos con las deslumbradoras galas de la poesía, se acumulan disparates sobre disparates acerca de su origen. Oíd la historia de la creación tal como fue revelada a un piadoso brahmín, después de pasar tres meses en ayunas, inmóvil en la contemplación de sí mismo, y con los índices levantados hacia el firmamento.

III. Brahma es el punto de la circunferencia; de él parte y a él converge todo. No tuvo principio ni tendrá fin. Cuando no existían ni el espacio ni el tiempo, la Maya flotaba a su alrededor como una niebla confusa, pues absorto en la contemplación de sí mismo, aún no la había fecundado con sus deseos. Como todo cansa, Brahma se cansó de contemplarse, y levantó los ojos de una de sus cuatro caras y se encontró consigo mismo, y abrió airado los de otra y tornó a verse, porque él lo ocupaba todo, y todo era él.

La mujer hermosa, cuando pule el acero y contempla su imagen, se deleita en sí misma; pero al cabo busca otros ojos donde fijar los suyos, y si no los encuentra, se aburre.

Brahma no es vano como la mujer, porque es perfecto. Figuraos si se aburriría de hallarse solo, solo en medio de la eternidad y con cuatro pares de ojos para verse.

IV. Brahma deseó por primera vez, y su deseo, fecundando la creadora Maya que lo envolvía, hizo brotar de su seno millones de puntos de luz, semejantes a esos átomos microscópicos y encendidos que nadan en el rayo de sol que penetra por entre la copa de los árboles.

Aquel polvo de oro llenó el vacío, y al agitarse produjo miríadas de seres destinados a entonar himnos de gloria a su criador. Los gandharvas, o cantores celestes, con sus rostros hermosísimos, sus alas de mil colores, sus carcajadas sonoras y sus juegos infantiles, arrancaron a Brahma la primera sonrisa, y de ella brotó el Edén. El Edén con sus ocho círculos, las tortugas y los elefantes que los sostienen, y su santuario en la cúspide.

V. Los chiquillos fueron siempre chiquillos: bulliciosos, traviesos e incorregibles, comienzan por hacer gracia, una hora después aturden, y concluyen por fastidiar. Una cosa muy parecida debió de acontecerle a Brahma, cuando apeándose del gigantesco cisne, que como un corcel de nieve lo paseaba por el ciclo, dejó aquella turbamulta de gandharvas en los círculos inferiores, y se retiró al fondo de su santuario.

Allí, donde no llega ni un eco perdido, ni se percibe el rumor más leve, donde reina el augusto silencio de la soledad, y su profunda calma convida a las meditaciones, Brahma, buscando una distracción con que matar su eterno fastidio, después de cerrar la puerta con dos vueltas de llave, entregose a la alquimia.

VI. Los sabios de la tierra qué pasan su vida encorvados sobre antiguos pergaminos, que se rodean de mil objetos misteriosos y conocen las extrañas propiedades de las piedras preciosas, los metales y las palabras cabalísticas, hacen por medio de esta ciencia transformaciones increíbles. El carbón lo convierten en diamante, la arcilla en oro, descomponen el agua y el aire, analizan la llama, y arrancan al fuego el secreto de la vitalidad y la luz. Si todo esto consigue un mortal miserable con el reflejo de su saber, figuraos por un instante lo que haría Brahma, que es el principio de toda ciencia.

VII. De un golpe creó los cuatro elementos, y creó también a sus guardianes. Agni, que es el espíritu de las llamas, Vayu, que aúlla montado en el huracán; Varuna, que se le vuelve en los abismos del Océano; y Prithivi, que conoce todas las cavernas subterráneas de los mundos, y vive en el seno de la creación.

Después encerró en redomas transparentes y de una materia nunca vista gérmenes de cosas inmatrimales e intangibles, pasiones, deseos, facultades, virtudes, principios de dolor y de gozo de muerte y de vida, de bien y de mal. Y todo lo subdividió en especies, y lo clasificó con diligencia exquisita poniéndole un rótulo escrito a cada una de las redomas.

VIII. La turba de rapaces que ensordecía en tanto con sus voces y sus ruidosos juegos los círculos inferiores del Paraíso, echó de ver la falta de su señor. -¿Dónde estará? - exclamaban los unos-. ¿Qué hará? -decían entre sí los otros-; y no eran parte a disminuir el afán de los curiosos las columnas de negro humo que veían salir en espirales inmensas del laboratorio de Brahma, ni los globos de fuego que desde el mismo punto se lanzaba volteando al vacío, y allí giraban como en una ronda luminosa y magnífica.

IX. La imaginación de los muchachos es un corcel, y la curiosidad la espuela que lo aguijonea y lo arrastra a través de los proyectos más imposibles. Movidos por ella los microscópicos cantores, comenzaron a trepar por las piernas de los elefantes que sustentan los círculos del ciclo, y de uno en otro se encaramaron hasta el misterioso recinto, donde Brahma permanecía aún, absorto en sus especulaciones científicas. Una vez en la cúspide, los más atrevidos se agruparon alrededor de la puerta, y uno por el ojo de la llave, y otros por entre las rendijas y claros de los mal unidos tableros, penetraron con la mirada en el inmenso laboratorio, objeto de su curiosidad.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos, no pudo menos de sorprenderles.

X. Allí había diseminadas, sin orden ni concierto, vasijas y redomas colosales de todas hechuras y colores. Esqueletos de mundos, embriones de astros y fragmentos de lunas yacían confundidos con hombres a medio modelar, proyectos de animales monstruosos sin concluir, pergaminos oscuros, libros en folio e instrumentos extraños. Las paredes estaban llenas de figuras geométricas, signos cabalísticos y fórmulas mágicas, y en medio del aposento, en una gigantesca marmita colocada sobre una lumbre inextinguible, hervían, con un ruido sordo, mil y mil ingredientes sin nombre, de cuya sabia combinación habían de resultar las creaciones perfectas.

XI. Brahma, a quien apenas bastaban sus ocho brazos y sus diez y seis manos para tapar y destapar vasijas agitar líquidos y remover mixturas, tomaba algunas veces un gran canuto, a manera de cerbatana, y así como los chiquillos hacen pompas de jabón valiéndose de las cañas del trigo seco, lo sumergía en el licor, se inclinaba después sobre los abismos del cielo, y soplabla en la una punta, apareciendo en la otra un globo candente que al lanzarse comenzaba a girar sobre sí mismo y al compás de los otros que ya flotaban en el espacio.

XII. Inclinado sobre el abismo sin fondo, el creador los seguía con una mirada satisfecha, y aquellos mundos luminosos y perfectos, poblados de seres felices y hermosísimos sobre toda ponderación, que son esos astros que, semejantes a los soles, vemos aún en las noches serenas, entonaban un himno de alegría a su Dios, girando sobre sus ejes de diamante y oro con una cadencia majestuosa y solemne.

Los pequeñuelos gandharvas, sin atreverse ni aun a respirar, se miraban espantados entre sí, llenos de estupor y miedo ante aquel espectáculo grandioso.

XIII. Cansose Brahma de hacer experimentos, y abandonando el laboratorio, no sin haberle echado, al salir, la llave y guardándola en el bolsillo, tornó a montar sobre su cisne con el objeto de tomar aire. Pero ¡cuál no sería su preocupación cuando él, que todo lo ve y todo lo sabe, no advirtió que, abstraído en sus ideas, había echado la llave en falso! No le pasó lo mismo a la inquieta turba de rapaces, que, notando el descuido, le siguieron a larga distancia con la vista, y cuando se creyeron solos, uno empuja poquito a poco la puerta, éste asoma la cabeza, aquél adelanta un pie, e invaden todos, por fin, el laboratorio, tardando muy poco en encontrarse en él como en su casa.

XIV. Pintar la escena que entonces se verificó en aquel recinto sería imposible. Primeramente examinaron todos los objetos con el mayor asombro, luego se atrevieron a tocarlos, y al fin terminaron por no dejar títere con cabeza. Echaron pergaminos en la lumbre para que sirvieran de pasto a las llamas: destaparon las redomas, no sin quebrar algunas; removieron las vasijas, derramando su contenido, y después de oler, probar y revolverlo todo, los unos se colgaban de los soles y estrellas aún no concluidos y pendientes de las bóvedas para secarse; los otros se subían por las osamentas de los gigantescos animales, cuyas formas no habían agradado al Señor. Y arrancaron las hojas de los libros para hacer mitras de papel, y se coloraron los compases entre las piernas, a guisa de caballo, y rompieron las varas de virtudes misteriosas, alanceándose con ellas. Por último, cansados de enredar, decidieron hacer un mundo tal y como lo habían visto hacer.

XV. Aquí comenzó el gran bullicio, la confusión y las carcajadas. La marmita estaba candente. Llegó el uno, vertió un líquido en ella, y se levantó una columna de humo. Luego vino otro, arrojó sobre aquél un elixir misterioso que contenía una redoma, con la que llegó casi sin aliento hasta el borde del receptáculo; tan grande era la vasija y tan rapazuelo su conductor. A cada nuevo ingrediente que arrojaban en la marmita, se elevaban en su fondo llamaradas azules y rojas, que saludaba la alegre muchedumbre con gritos de júbilo y risotadas interminables.

XVI. Allí mezclaron y confundieron todos los elementos del bien y del mal, el dolor y la alegría, la fealdad y la hermosura, la abnegación y el egoísmo, los gérmenes del hielo destinados a mundos

hechos de manera que el frío causase una fruición deleitosa en sus habitantes, y los del calor compuestos para globos cuyos seres se habían de gozar en las llamas; y revolvieron los principios de la divinidad, el espíritu con la grosera materia, la arcilla y el fango, confundiendo en un mismo brebaje la impotencia y los deseos, la grandeza y la pequeñez, la vida y la muerte.

Aquellos elementos tan contrarios rabiaban al verse juntos en el fondo de la marmita.

Consultado el 6 de junio de 2011

<http://faculty.ksu.edu.sa/ouahmane/biblio/rimas.pdf>

Salvador Díaz Mirón

Poema Ojos Verdes

Ojos que nunca me veis,
por recelo o por decoro,
ojos de esmeralda y oro,
fuerza es que me contempléis;
quiero que me consoléis
hermosos ojos que adoro;
¡estoy triste y os imploro
puesta en tierra la rodilla!
¡Piedad para el que se humilla,
ojos de esmeralda y oro!

Ojos en que reverbera
la estrella crepuscular,
ojos verdes como el mar,
como el mar por la ribera,
ojos de lumbre hechicera
que ignoráis lo que es llorar,
¡glorificad mi penar!
¡No me desoléis así!
¡Tened compasión de mí!
¡Ojos verdes como el mar!

Ojos cuyo amor anhelo
porque alegra cuanto alcanza,
ojos color de esperanza,
con lejanías de cielo:
ojos que a través del velo
radian bienaventuranza,
mi alma a vosotros se lanza
en alas de la embriaguez,
miradme una sola vez,
ojos color de esperanza.

Cese ya vuestro desvío,
ojos que me dais congojas;
ojos con aspecto de hojas
empapadas de rocío.
Húmedo esplendor de río

que por esquivo me enojas.
Luz que la del sol sonrojas
y cuyos toques son besos,
derrámate en mí por esos
ojos con aspecto de hojas.

Consultado el 6 de junio de 2011 <http://www.poemasde.net/ojos-verdes-salvador-diaz-miron/>

Salvador Díaz Mirón

A Gloria

No intentes convencerme de torpeza
con los delirios de tu mente loca:
mi razón es al par luz y firmeza,
firmeza y luz como el cristal de roca.

Semejante al nocturno peregrino,
mi esperanza inmortal no mira el suelo;
no viendo más que sombra en el camino,
sólo contempla el esplendor del cielo.

Vanas son las imágenes que entraña
tu espíritu infantil, santuario oscuro.
Tu numen, como el oro en la montaña,
es virginal y, por lo mismo, impuro.

A través de este vórtice que crispa,
y ávido de brillar, vuelo o me arrastro,
oruga enamorada de una chispa
o águila seducida por un astro.

Inútil es que con tenaz murmullo
exageres el lance en que me enredo:
yo soy altivo, y el que alienta orgullo
lleva un broquel impenetrable al miedo.
Fiando en el instinto que me empuja,
desprecio los peligros que señalas.
«El ave canta aunque la rama cruja,
como que sabe lo que son sus alas».

Erguido bajo el golpe en la porfía,
me siento superior a la victoria.
Tengo fe en mí; la adversidad podría,
quitarme el triunfo, pero no la gloria.

¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia aunque me abrume!
La flor en que se posan los insectos
es rica de matiz y de perfume.

El mal es el teatro en cuyo foro
la virtud, esa trágica, descuella;

es la sibila de palabra de oro,
la sombra que hace resaltar la estrella.

¡Alumbrar es arder! ¡Estro encendido
será el fuego voraz que me consuma!
La perla brota del molusco herido
y Venus nace de la amarga espuma.

Los claros timbres de que estoy ufano
han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan... ¡Mi plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión! La palma
crece en la orilla que el oleaje azota.
El mérito es el naufrago del alma:
vivo, se hunde; pero muerto, ¡flota!

¡Depón el ceño y que tu voz me arrulle!
¡Consuela el corazón del que te ama!
Dios dijo al agua del torrente: ¡bulle!
y al lirio de la margen: ¡embalsama!

¡Confórmate, mujer! Hemos venido
a este valle de lágrimas que abate,
tú, como la paloma, para el nido,
y yo, como el león, para el combate.

Consultado el 6 de junio de 2011 <http://www.poemas-del-alma.com/salvador-diaz-miron-a-gloria.htm>

Alfonsina Storni

Tú me quieres blanca

Tú me quieres alba,
Me quieres de espumas,
Me quieres de nácar.
Que sea azucena
Sobre todas, casta.
De perfume tenue.
Corola cerrada

Ni un rayo de luna
Filtrado me haya.
Ni una margarita
Se diga mi hermana.
Tú me quieres nívea,
Tú me quieres blanca,
Tú me quieres alba.

Tú que hubiste todas
Las copas a mano,
De frutos y mieles

Los labios morados.
Tú que en el banquete
Cubierto de pámpanos
Dejaste las carnes
Festejando a Baco.
Tú que en los jardines
Negros del Engaño
Vestido de rojo
Corriste al Estrago.

Tú que el esqueleto
Conservas intacto
No sé todavía
Por cuáles milagros,
Me pretendes blanca
(Dios te lo perdone),
Me pretendes casta
(Dios te lo perdone),
¡Me pretendes alba!

Huye hacia los bosques,
Vete a la montaña;
Límpiate la boca;
Vive en las cabañas;
Toca con las manos
La tierra mojada;
Alimenta el cuerpo
Con raíz amarga;
Bebe de las rocas;
Duerme sobre escarcha;
Renueva tejidos
Con salitre y agua;
Habla con los pájaros
Y lévate al alba.
Y cuando las carnes
Te sean tornadas,
Y cuando hayas puesto
En ellas el alma
Que por las alcobas
Se quedó enredada,
Entonces, buen hombre,
Preténdeme blanca,
Preténdeme nívea,
Preténdeme casta.

ALMA DESNUDA

Soy un alma desnuda en estos versos,
Alma desnuda que angustiada y sola
Va dejando sus pétalos dispersos.

Alma que puede ser una amapola,

Que puede ser un lirio, una violeta,
Un peñasco, una selva y una ola.

Alma que como el viento vaga inquieta
Y ruge cuando está sobre los mares,
Y duerme dulcemente en una grieta.

Alma que adora sobre sus altares,
Dioses que no se bajan a cegarla;
Alma que no conoce valladares.

Alma que fuera fácil dominarla
Con sólo un corazón que se partiera
Para en su sangre cálida regarla.

Alma que cuando está en la primavera
Dice al invierno que demora: vuelve,
Caiga tu nieve sobre la pradera.

Alma que cuando nieva se disuelve
En tristezas, clamando por las rosas
Con que la primavera nos envuelve.

Alma que a ratos suelta mariposas
A campo abierto, sin fijar distancia,
Y les dice libad sobre las cosas.

Alma que ha de morir de una fragancia,
De un suspiro, de un verso en que se ruega,
Sin perder, a poderlo, su elegancia.

Alma que nada sabe y todo niega
Y negando lo bueno el bien propicia
Porque es negando como más se entrega,

Alma que suele haber como delicia
Palpar las almas, despreciar la huella,
Y sentir en la mano una caricia.

Alma que siempre disconforme de ella,
Como los vientos vaga, corre y gira;
Alma que sangra y sin cesar delira
Por ser el buque en marcha de la estrella.

Consultado el 6 de junio de 2011
http://www.los-poetas.com/j/storni1.htm#ALMA_DESNUDA

Antonio Machado

Fragmentos de sus obras

Caminante no hay camino
Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,

pasar haciendo caminos,
caminos sobre el mar.

Nunca perseguí la gloria,
ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles,
como pompas de jabón.

Me gusta verlos pintarse
de sol y grana, volar
bajo el cielo azul, temblar
súbitamente y quebrarse...

Nunca perseguí la gloria.

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

Al andar se hace camino
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.

Caminante no hay camino
sino estelas en la mar...

Hace algún tiempo en ese lugar
donde hoy los bosques se visten de espinos
se oyó la voz de un poeta gritar
"Caminante no hay camino,
se hace camino al andar..."

Golpe a golpe, verso a verso...

Murió el poeta lejos del hogar.
Le cubre el polvo de un país vecino.
Al alejarse le vieron llorar.
"Caminante no hay camino,
se hace camino al andar..."

Golpe a golpe, verso a verso...

Cuando el jilguero no puede cantar.
Cuando el poeta es un peregrino,
cuando de nada nos sirve rezar.
"Caminante no hay camino,
se hace camino al andar..."

Golpe a golpe, verso a verso.

Recuerdo infantil

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco
trueno el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
mil veces ciento, cien mil,
mil veces mil, un millón.

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

Soledades

Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.

Yo conocí. Siendo niño,
la alegría de dar vueltas
Sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda sembrada de estrellas.

¡Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera!

A un olmo seco

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina

que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.
No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
hunden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que, rojo en el hogar, mañana
ardas, de alguna mísera caseta
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hacia la mar te empuje,
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.

Mi corazón espera
también hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera

Campos de Castilla

XIX

Señor, ya me arrancaste lo que más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor contra la mía,
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

CXXI

Allá, en las tierras altas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plumizos cerros
y manchas de raídos encinares
mi corazón está vagando, en sueños...

¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.

IV

Nuestras horas son minutos
cuando esperamos saber,
y siglos cuando sabemos
lo que se puede aprender.

XXIX

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

Consultado el 6 de junio de 2011 <http://www.rie.cl/?a=150286>

Manuel Gutiérrez Nájera

En la calle

Calle abajo, calle abajo por uno de esos barrios que los carruajes atraviesan rumbo a Peralvillo, hay una casa pobre, sin cortinas de sol en los balcones ni visillos de encaje en las vidrieras, deslavazada y carcomida por las aguas llovedizas, que despintaron sus paredes blancas, torcieron con su peso los canales, y hasta llenaron de hongos y de moho la cornisa granujienta de las ventanas. Yo, que transito poco o nada por aquellos barrios, fijaba la mirada con curiosidad en cada uno de los accidentes y detalles. El carruaje en que iba caminaba poco a poco, y, conforme avanzábamos, me iba entristeciendo gravemente. Siempre que salgo rumbo a Peralvillo me parece que voy a que me entierren.

Distraído, fijé los ojos en el balcón de la casita que he pintado. Una palma bendita se cruzaba entre los barrotes del barandal y, haciendo oficios de cortina, trepaba por el muro y se retorció en la varilla de hierro una modesta enredadera cuajada de hojas verdes y de azules campanillas. Abajo, en un tiesto de porcelana, erguía la cabecita verde, redonda y bien peinada, el albahaca. Todo aquello respiraba pobreza, pero pobreza limpia; todo parecía arreglado primorosamente por manos sin guante, pero lavadas con jabón de almendra. Yo tendí la mirada al interior, y cerca del balcón, sentada en una gran silla de ruedas, entre dos almohadones blancos, puestos los breves pies en un pequeño taburete, estaba una mujer, casi una niña, flaca, pálida, de cutis transparente como las hojas delgadas de la porcelana china, de ojos negros, profundamente negros, circuidos por las tristes violetas del insomnio. Bastaba verla para comprenderlo: estaba tísica. Sus manos parecían de cera; respiraba con pena, trabajosamente, recargando su cabeza, que ya no tenía fuerza para erguir, en la almohada que le servía de respaldo, y viendo con sus ojos, agrandados por la fiebre, esa vistosa muchedumbre que caminaba en son de fiesta a las carreras, agitando la sombrilla de raso o el abanico de marfil, la caña de las indias o el cerezo.

Los carruajes pasaban con el ruido armonioso de los muelles nuevos; el landó, abriendo su góndola, forrada de azul raso, descubría la seda resplandeciente de los trajes y la blancura de las epidermis; el faetón iba saltando como un venado fugitivo, y el mail coach, coronado de sombreros blancos y sombrillas rojas, con las damas coquetamente escalonadas en el pescante y en el techo, corría pesadamente, como un viejo soltero enamorado, tras la griseta de ojos picarescos. Y parecía

que de las piedras salían voces, que un vago estrépito de fiesta se formaba en los aires, confundiendo las carcajadas argentinas de los jóvenes, el rociar de los coches en el empedrado, el chasquido del látigo que se retuerce como una víbora en los aires, el son confuso de las palabras y el trote de los caballos fatigados. Esto es: vida que pasa, se arremolina, bulle, hierve; bocas que sonrían, ojos que besan con la mirada, plumas, sedas, encajes blancos y pestañas negras; el rumor de la fiesta desgranando su collar de sonoras perlas en los verdosos vidrios de esa humilde casa, donde se iba extinguendo una existencia joven e ibanse apagando dos pupilas negras, como se extingue una bujía lamiendo con su llama la arandela, y como se desvanecen y se apagan los blancos luceros de la madrugada.

El sol parece enrojecer la seda de las sombrillas y la sangre de las venas: ¡quizá ya no le veas mañana, pobreniña! Toda esa muchedumbre canta, ríe: tú ya no tienes fuerzas para llorar y ves ese mudable panorama, como vería las curvas y los arabescos de la danza el alma que penase en los calados de una cerradura. Ya te vas alejando de la vida, como una blanca neblina que el sol de la mañana no calienta. Otras ostentarán su belleza en los almohadones del carruaje, en las tribunas del turf, y en los palcos del teatro; a ti te vestirán de blanco, pondrán la amarilla palma entre tus manos, y la llama oscilante de los cirios amarillos perderá sus reflejos en los rígidos pliegues de tu traje y en los blancos azahares, adorno de tu negra cabellera. Tú te ases a la vida, como agarra el pequeñito enfermo los barrotes de su cama, para que no lo arrojen a la tina llena de agua fría. Tú, pobre niña, casi no has vivido. ¿Qué sabes de las fiestas en que choca el cristal de las delgadas copas y se murmuran las palabras amorosas? Tú has vivido sola y pobre, como la flor roja que crece en la granosa oquedal de un muro viejo o en el cañón de una canal torcida. No envidias, sin embargo, a los que pasan. ¡Ya no tienes fuerza ni para desear! Apartando la vista de aquel cuadro, la fijé en los carruajes que pasaban.

El landó en que Cecilia se encaminaba a las carreras era un landó en forma de góndola, con barniz azul oscuro y forro blanco. Los grandes casquillos de las ruedas brillaban como si fueran de oro, y los rayos, nuevos y lustrosos, giraban deslumbrando las miradas con espejos de barniz nuevo. Daba grima pensar que aquellas ruedas iban rozando los guijarros angulosos, las duras piedras y la arena lodosa de las avenidas. Cecilia se reclinaba en los mullidos almohadones, con el regodeo y deleite de una mujer que, antes de sentir el contacto de la seda, sintió los arañes de la jerga. Iba contenta; se conocía que acababa de comer trufas. Si un chuparrosa hubiera cometido la torpeza de confundir sus labios con las ramas de mirto, habría sorbido en esa ánfora escarlata la última gota de champagne.

Cecilia entornaba los párpados para no sentir la cruda reverberación del sol. La sombrilla roja arrojaba sobre su cara picaresca y su vestido lila un reflejo de incendio. El anca de los caballos, herida por la luz, parecía de bronce florentino. Los curiosos, al verla, preguntaban:

-¿Quién será?

Y un amigo filósofo, haciendo memoria de cierta frase gráfica, decía:

-Una duquesa o una prostituta.

Nada más la enfermita moribunda conoció a esa mujer. Era su hermana.

Consultado el 7 de junio de 2011

<http://www.libroos.es/libros-de-narrativa/dramatica/13738-gutierrez-najera-manuel-en-la-calle-pdf.html>

José Asunción Silva

Día De Difuntos

La luz vaga... opaco el día,
la llovizna cae y moja
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.

Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
un oscuro velo opaco de letal melancolía,
y no hay nadie que, en lo íntimo, no se aquiete y se recoja
al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,
y al oír en las alturas
melancólicas y oscuras
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
con que suenan las campanas
¡las campanas plañideras que les hablan a los vivos
de los muertos!

¡Y hay algo angustioso e incierto
que mezcla a ese sonido su sonido,
e inarmónico vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar a muerto,
por todos los que han sido!

Es la voz de una campana
que va marcando la hora,
hoy lo mismo que mañana,
rítmica, igual y sonora,
una campana se queja,
y la otra campana llora,
ésta tiene voz de vieja,
ésta de niña que ora.

Las campanas más grandes, que dan un doble recio
suenan con acento de místico desprecio,
mas la campana que da la hora
ríe, no llora.

Tiene en su timbre seco sutiles ironías,
su voz parece que habla de goces, de alegrías,
de placeres, de citas, de fiestas y de bailes,
de las preocupaciones que llenan nuestros días,
es una voz del siglo entre un coro de frailes,
y con sus notas se ríe,
escéptica y burladora,
de la campana que ruega
de la campana que implora
y de cuanto aquel coro conmemora,
y es porque con su retintín
ella midió el dolor humano
y marcó del dolor el fin;
por eso se ríe del grave esquilón
que suena allá arriba con fúnebre son,
por eso interrumpe los tristes conciertos
con que el bronce santo llora por los muertos...

¡No la oigáis, oh bronces! ¡no la oigáis, campanas,
que con la voz grave de ese clamoreo,
rogáis por los seres que duermen ahora

lejos de la vida, libres del deseo,
lejos de las rudas batallas humanas!
¡Seguid en el aire vuestro bamboleo,
no la oigáis, campanas!

¿Contra lo imposible qué puede el deseo?
Allá arriba suena,
rítmica y serena,
esa voz de oro
y sin que lo impidan sus graves hermanas
que rezan en coro,
la campana del reloj
suena, suena, suena ahora
y dice que ella marcó
con su vibración sonora
de los olvidos la hora,
que después de la velada,
que pasó cada difunto,
en una sala enlutada
y con la familia junto
en dolorosa actitud
mientras la luz de los cirios
alumbraba el ataúd
y las coronas de lirios,
que después de la tristura
de los gritos de dolor,
de las frases de amargura,
del llanto desgarrador,
marcó ella misma el momento
en que con la languidez
del luto huyó el pensamiento
del muerto, y el sentimiento...
seis meses más tarde o diez...

Y hoy, día de muertos, ahora que flota,
en las nieblas grises la melancolía,
en que la llovizna cae, gota a gota,
y con sus tristezas los nervios embota,
y envuelve en un manto de la ciudad sombría,
ella que ha medido la hora y el día
en que a cada casa, lúgubre y vacía
tras del luto breve volvió la alegría;
ella que ha marcado la hora del baile
en que al año justo, un vestido aéreo,
estrena la niña, cuya madre duerme
olvidada y sola, en el cementerio
suena indiferente a la voz de fraile
del esquilón grave y a su canto serio;
ella que ha medido la hora precisa,
en que a cada boca, que el dolor sellaba,
como por encanto volvió la sonrisa,
esa precursora de la carcajada,
ella que ha marcado la hora en que el viudo

habló de suicidio y pidió el arsénico
cuando aun en la alcoba, recién perfumada,
flotaba el aroma del ácido fénico
y ha marcado luego la hora en que, mudo
por las emociones con que el goce agobia,
para que lo unieran con sagrado nudo,
a la misma iglesia fue con otra novia;
¡ella no comprende nada del misterio
de aquellas quejumbres que pueblan el aire,
y lo ve en la vida todo jocoserio
y sigue marcando con el mismo modo
el mismo entusiasmo y el mismo desgaire
la huida del tiempo que lo borra todo!

Y eso es lo angustioso y lo incierto
que flota en el sonido
ésta es la nota irónica que vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar a muerto.
¡Por todos los que han sido!
ésta es la voz fina y sutil,
de vibraciones de cristal,
que con acento juvenil
indiferente al bien y al mal,
mide lo mismo la hora vil,
que la sublime o la fatal
y resuena en las alturas,
melancólicas y oscuras
sin tener en su tañido
claro, rítmico y sonoro,
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
de aquel misterioso coro,
con que ruegan las campanas, las campanas,
¡las campanas plañideras
que les hablan a los vivos
de los muertos!

Consultado el 7 de junio de 2011

<http://www.versuri-si-creatii.ro/poezii/s/jose-asuncion-silva-6zuhtcp/dia-de-difuntos-6zutpcp.html>

Rubén Darío

Cantos de vida y esperanza

LOS CISNES Y OTROS POEMAS

I

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;

el dueño de las tórtolas, el dueño
de góndolas y liras en los lagos;
y muy siglo diez y ocho, y muy antiguo
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Yerlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia;
mi juventud..., ¿fue juventud la mía?,
sus rosas aún me dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;
si no cayó, fue porque Dios es bueno.
En mi jardín se vio una estatua bella;
se juzgó mármol y era carne viva;
una alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
que, encerrada, en silencio, no salía
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso,
de «te adoro», de «jay!», y de suspiro.
Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas,
con aire tal y con ardor tan vivo,
que a la estatua nacían de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina
me encantó la marquesa verleniana, y así juntaba a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana;
todo ansia, todo ardor, sensación pura
y vigor natural; y sin falsía,
y sin comedia y sin literatura...:
si hay un alma sincera, esa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura

en el jugo del mar, fue el dulce y tierno,
corazón mío, henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,
bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda
fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica,
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
mientras abajo el sátiro fornicaba,
ebria de azul deslíe Filomela
perla de ensueño y música amorosa
en la cúpula en flor de laurel verde,
Hipsipila sutil liba en la rosa,
y la boca del fauno el pezón muerde.
Allí va el dios en celo tras la hembra
y la caña de Pan se alza del lodo:
la eterna vida sus semillas siembra,
y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,
temblando de deseo y fiebre santa,
sobre cardo heridor y espina aguda:
así sueña, así vibra y así canta.

Vida, luz y verdad, tal triple llama
produce la interior llama infinita;
el Arte puro como. Cristo exclama:
Ego sum lux et veritas et vital
Y la vida es misterio; la luz ciega
y la verdad inaccesible asombra;
la adusta perfección jamás se entrega,
y el secreto ideal duerme en la sombra.
Por eso ser sincero es ser potente:
de desnuda que está, brilla la estrella;
el agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye d'ella.
Tal fue mi intento, hacer del alma pura
mía, una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta
que los celestes éxtasis inspira;
bruma y tono menor —¡toda la flauta!
y Aurora, hija del Sol— ¡toda la lira!
Pasó una piedra que lanzó una honda;
pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fue a la onda,
y la flecha del odio fuese al viento.
La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén..., ¡la caravana pasa!

Consultado el 7 de junio de 2011

<http://www.adelante.jp/Cantos%20de%20Vida%20y%20Esperanza%20-%20Ruben%20Dario.pdf>

José Juan Tablada

Onix

Torvo fraile del templo solitario
que al fulgor nocturno lampadario
o a la pálida luz de las auroras
desgranas de tus culpas el rosario...
—¡Yo quisiera llorar como tú lloras!—

Porque la fe en mi pecho solitario
se extinguió, como el turbio lampadario
entre la roja luz de las auroras,
y mi vida es un fúnebre rosario
más triste que las lágrimas que lloras.

Casto amador de pálida hermosura
o enamorado de sensual impura
que vas —novio feliz o amante ciego—
llena el alma de amor o de amargura...
—¡Yo quisiera abrasarme con tu fuego!—

Porque no me seduce la hermosura
ni el casto amor, ni la pasión impura;
porque en mi corazón dormido y ciego
ha caído un gran soplo de amargura,
que también pudo ser lluvia de fuego.

¡Oh guerrero de lírica memoria
que al asir el laurel de la victoria
caíste herido con el pecho abierto...
para vivir la vida de la gloria!
—¡Yo quisiera morir como tú has muerto!—

Porque al templo sin luz de mi memoria,
sus escudos triunfales la victoria
no ha llegado a colgar; porque no ha abierto

el relámpago de oro de la gloria
mi corazón obscurecido y muerto.

¡Fraile, amante, guerrero, yo quisiera
saber qué oscuro advenimiento espera
el anhelo infinito de mi alma,
si de mi vida en la tediosa calma
no hay un Dios, ni un amor, ni una bandera!

Consultado el 7 de junio de 2011

http://palabravirtual.com/index.php?ir=ver_voz.php&wid=1061&p=Jos%E9%20Juan%20Tablada&t=Onix

SESIÓN 9

POESÍA CONTEMPORÁNEA

Ramón López Velarde

A las vírgenes

¡Oh vírgenes rebeldes y sumisas:
convertidme en el fiel reclinatorio
de vuestros oídos y vuestras sonrisas
y en la fragua sangrienta del holgorio
en que quieren quemarse vuestras prisas!...
¡Oh botones baldíos en el huerto
de una resignación llena de abrojos:
lloráis un bien que, sin nacer, ha muerto,
y a vuestra pura lápida concierto
los fraternales llantos de mis ojos!...

¡Hermanas mías, todas,
las que, contentas con el limpio daño
de la virginidad, casi en las bodas
celestes, por llevar sobre las finas
y litúrgicas palmas y en el paño
de la eterna Pasión, clavos y espinas;
y vosotras también, las de la hoguera
carnal en la vendimia y el chubasco,
en el invierno y en la primavera;
las del nítido viaje de Damasco
y las que en la renuncia llana y lisa
de la tarde, salís a los balcones
a que beban la brisa
los sexos, cual sañudos escorpiones!

¡El tiempo se desboca; el torbellino
os arrastra al fatal despeñadero
de la Muerte; en las sombras adivino
vuestro desnudo encanto volandero;
y os quisieran ceñir mis manos fieles
por detener vuestra caída oscura
con un lúbrico lazo de claveles
lazado a cada virginal cintura!

Vírgenes fraternales: ¡me consumo
en el álgido afán de ser el humo
que se alza en vuestro aceite
a hora ya deshora,
y de encarnar vuestro primer deleite
cuando se filtra la modesta aurora,
por la jactancia de la bugambilia,
en las sábanas de vuestra vigilia!

El candil

En la cúspide radiante
que el metal de mi persona
dilucida y perfecciona,
y en que una mano celeste
y otra de tierra me fincan
sobre la sien la corona;
en la orgía matinal
en que me ahogo en azul
y soy como un esmeril
y central y esencial como el rosal;
en la gloria en que meliflúo
soy activamente casto
porque lo vivo y lo inánime
se me ofrece gozoso como pasto;
en esta mística gula
en que mi nombre de pila
es una candente cábala
que todo lo engrandece y lo aniquila;
he descubierto mi símbolo
en el candil en forma de bajel
que cuelga de las cúpulas criollas
su cristal sabio y su plegaria fiel.

Oh candil, oh bajel, frente al altar
cumplimos, en dúo recóndito,
un solo mandamiento: venerar!

Embarcación que iluminas
a las piscinas divinas:
en tu irisada presencia
mi humanidad se esponja y se anaranja,
porque en la muda eminencia
están anclados contigo
el vuelo de mis gaviotas
y el humo sollozante de mis flotas.

¡Oh candil, oh bajel: Dios ve tu pulso
y sabe que anonadas
en las cúpulas sagradas
no por decrépito ni por insulso!
Tu alta oración animas
con el genio de los climas.

Tú no conoces el espanto
de las islas de leprosos,
el domicilio polar
de los donjuanescos osos,
la magnética bahía
de los deliquios venéreos,
las garzas ecuatoriales
cual escrúpulos aéreos,
y por ello ante el Señor

paralizas tu experiencia
como el olor que da tu mejor flor.

Paralelo a tu quimera,
cristalizo sin sofismas
las brasas de mi ígnea primavera,
enarboló mi júbilo y mi mal
y suspendo mis llagas como prismas.

Candil, que vas como yo
enfermo de lo absoluto,
y enfilas la experta proa
a un dorado archipiélago sin luto;
candil, hermético esquife:
mis sueños recalcitrantes enmudecen cual un cero
en tu cristal marinero,
inmóviles excelsos y adornantes.

Consultado el 7 de junio de 2011 de <http://amediavoz.com/lopezvelarde.htm>

Gabriela Mistral

La fuga

Madre mía, en el sueño
ando por paisajes cardenosos:
un monte negro que se contornea
siempre, para alcanzar el otro monte;
y en el que sigue estás tú vagamente,
pero siempre hay otro monte redondo
que circundar, para pagar el paso
al monte de tu gozo y de mi gozo.

Mas, a trechos tú misma vas haciendo
el camino de burlas y de expolio.
Vamos las dos sintiéndonos, sabiéndonos,
mas no podemos vernos en los ojos, y no
podemos trocarnos palabra,
cual la Eurídice y el Orfeo solos,
las dos cumpliendo un voto o un castigo,
ambas con pies y con acentos rotos.

Pero a veces no vas al lado mío:
te llevo en mí, en un peso angustioso
y amoroso a la vez, como pobre hijo
galeoto a su padre galeoto,
y hay que enhebrar los cerros repetidos,
sin decir el secreto doloroso:
que yo te llevo hurtada a dioses crueles
y que vamos a un Dios que es de nosotros.
Y otras veces ni estás cerro adelante,
ni vas conmigo, ni vas en mi soplo:
te has disuelto con niebla en las montañas,

te has cedido al paisaje cardenoso.
Y me das unas voces de sarcasmo
desde tres puntos, y en dolor me rompo,
porque mi cuerpo es uno, el que me diste,
y tú eres un agua de cien ojos,
y eres un paisaje de mil brazos,
nunca más lo que son los amorosos:
un pecho vivo sobre un pecho vivo,
nudo de bronce ablandado en sollozo.

Y nunca estamos, nunca nos quedamos,
como dicen que quedan los gloriosos,
delante de su Dios, en dos anillos
de luz, o en dos medallones absortos,
ensartados en un rayo de gloria
o acostados en un cauce de oro.

O te busco, y no sabes que te busco,
o vas conmigo, y no te veo el rostro;
o en mí tú vas, en terrible convenio,
sin responderme con tu cuerpo sordo,
siempre por el rosario de los cerros,
que cobran sangre por entregar gozo,
y hacen danzar en torno a cada uno,
¡hasta el momento de la sien ardiendo,
del cascabel de la antigua demencia
y de la trampa en el vórtice rojo!

Consultado el 7 de junio de 2011 de <http://www.poesia-inter.net/gm380010.htm>

Alfonso Reyes

La Cena

Tuve que correr a través de calles desconocidas. El término de mi marcha parecía correr delante de mis pasos, y la hora de la cita palpitaba ya en los relojes públicos. Las calles estaban solas. Serpientes de focos eléctricos bailaban delante de mis ojos. A cada instante surgían glorietas circulares, sembrados arriates, cuya verdura, a la luz artificial de la noche, cobraba una elegancia irreal. Creo haber visto multitud de torres—no sé si en las casas, si en las glorietas—, que ostentaban a los cuatros vientos, por una iluminación interior, cuatro redondas esferas de reloj.

Yo corría, azuzado por un sentimiento supersticioso de la hora. Si las nueve campanadas, me dije, me sorprenden sin tener la mano sobre la aldaba de la puerta, algo funesto acontecerá. Y corría frenéticamente, mientras recordaba haber corrido a igual hora por aquel sitio y con un anhelo semejante. ¿Cuándo?

Al fin los deleites de aquella falsa recordación me absorbieron, de manera que volví a mi paso normal sin darme cuenta. De cuando en cuando, desde las intermitencias de mi meditación, veía que me hallaba en otro sitio, y que se desarrollaban ante mí nuevas perspectivas de focos, de placetas sembradas, de relojes iluminados... No sé cuánto tiempo transcurrió, en tanto que yo dormía en el mareo de mi respiración agitada. De pronto, nueve campanadas sonoras resbalaron con metálico frío sobre mi epidermis. Mis ojos, en la última esperanza, cayeron sobre la puerta más cercana: aquél era el término.

Entonces, para disponer mi ánimo, retrocedí hacia los motivos de mi presencia en aquel lugar. Por la mañana, el correo me había llevado una esquela breve y sugestiva. En el ángulo del papel se leían, manuscritas, la señas de una casa. La fecha era del día anterior.

La carta decía solamente:

"Doña Magdalena y su hija Amalia esperan a usted a cenar mañana, a las nueve de la noche. ¡Ah, si no faltara!..."

Ni una letra más. Yo siempre consiento en las experiencias de lo imprevisto. El caso, además, ofrecía singular atractivo: el tono, familiar y respetuoso a la vez, con que el anónimo designaba a aquellas señoras desconocidas; la ponderación: "¡Ah, si no faltara! . . .", tan vaga y tannsentimental, que parecía suspendida sobre un abismo de confesiones, todo contribuyó a decidirme. Y acudí, con el ansia de una emoción informulable. Cuando, a veces, en mis pesadillas, evoco aquella noche fantástica (cuya fantasía está hecha de cosas cotidianas y cuyo equívoco misterio crece sobre la humilde raíz de lo posible), paréceme jadear a través de avenidas de relojes y torreones, solemnes como esfinges en la calzada de algún templo egipcio.

La puerta se abrió. Yo estaba vuelto a la calle y vi, de súbito, caer sobre el suelo un cuadro de luz que arrojaba, junto a mi sombra, la sombra de una mujer desconocida.

Volvíme: con la luz por la espalda y sobre mis ojos deslumbrados, aquella mujer no era para mí más que una silueta, donde mi imaginación pudo pintar varios ensayos de fisonomía, sin que ninguno correspondiera al contorno, en tanto que balbuceaba yo algunos saludos y explicaciones.

—Pase usted, Alfonso.

Y pasé, asombrado de oírme llamar como en mi casa. Fue una decepción el vestíbulo. Sobre las palabras románticas de la esquela (a mí, al menos, me parecían románticas), había yo fundado la esperanza de encontrarme con una antigua casa, llena de tapices, de viejos retratos y de grandes sillones; una antigua casa sin estilo, pero llena de respetabilidad. A cambio de esto, me encontré con un vestíbulo diminuto y con una escalerilla frágil, sin elegancia; lo cual más bien prometía dimensiones modernas y estrechas en el resto de la casa. El piso era de madera encerada; los raros muebles tenían aquel lujo frío de las cosas de Nueva York, y en el muro, tapizado de verde claro, gesticulaban, como imperdonable signo de trivialidad, dos o tres máscaras japonesas. Hasta llegué a dudar. . . Pero alcé la vista y quedé tranquilo: ante mí, vestida de negro, esbelta digna, la mujer que acudió a introducirme me señalaba la puerta del salón. Su silueta habíase colorado ya de facciones; su cara me habría resultado insignificante, a no ser por una expresión marcada de piedad...; sus cabellos castaños, algo flojos en el peinado, acabaron de precipitar una extraña convicción en mi mente: todo aquel ser me pareció plegarse y formarse a las sugerencias de un nombre.

—¿Amalia?—pregunté.

—Sí.—Y me pareció que yo mismo me contestaba.

El salón, como lo había imaginado, era pequeño. Mas el decorado, respondiendo a mis anhelos, chocaba notoriamente con el del vestíbulo. Allí estaban los tapices y las grandes sillas respetables, la piel de oso al suelo, el espejo, la chimenea, los jarrones; el piano de candeleros lleno de fotografías y estatuillas —el piano en que nadie toca—, y, junto al estrado principal, el caballete con un retrato amplificado y manifiestamente alterado: el de un señor de barba partida y boca grosera. Doña Magdalena, que ya me esperaba instalada en un sillón rojo, vestía también de negro y llevaba al pecho aquellas joyas gruesísimas de nuestros padres: una bola de vidrio con un

etrato interior, ceñida por un anillo de oro. El misterio del parecido familiar se apoderó de mí. Mis ojos iban, inconscientemente, de doña Magdalena a Amalia, y del retrato a Amalia.

Doña Magdalena, que lo notó, ayudó mis investigaciones con alguna exégesis oportuna. Lo más adecuado hubiera sido sentirme incómodo, manifestarme sorprendido, provocar una explicación. Pero doña Magdalena y su hija Amalia me hipnotizaron, desde los primeros instantes, con sus miradas paralelas. Doña Magdalena era una mujer de sesenta años; así es que consintió en dejar a su hija los cuidados de la iniciación. Amalia charlaba; doña Magdalena me miraba; yo estaba entregado a mi ventura.

A la madre tocó—es de rigor—recordarnos que era ya tiempo de cenar. En el comedor la charla se hizo más general y corriente. Yo acabé por convencerme de que aquellas señoras no habían querido más que convidarme a cenar, y a la segunda copa de Chablis me sentí sumido en un perfecto egoísmo del cuerpo lleno de generosidades espirituales. Charlé, reí y desarrollé todo mi ingenio, tratando interiormente de disimularme la irregularidad de mi situación. Hasta aquel instante las señoras habían procurado parecerme simpáticas; desde entonces sentí que había comenzado yo mismo a serles agradable.

El aire piadoso de la cara de Amalia se propagaba, por momentos, a la cara de la madre. La satisfacción, enteramente fisiológica, del rostro de doña Magdalena descendía, a veces, al de su hija. Parecía que estos dos motivos flotasen en el ambiente, volando de una cara a la otra.

Nunca sospeché los agrados de aquella conversación. Aunque ella sugería, vagamente, no sé qué evocaciones de Sudermann, con frecuentes rondas al difícil campo de las responsabilidades domésticas y—como era natural en mujeres de espíritu fuerte—súbitos relámpagos ibsenianos, yo me sentía tan a mi gusto como en casa de alguna tía viuda y junto a alguna prima, amiga de la infancia, que ha comenzado a ser solterona.

Al principio, la conversación giró toda sobre cuestiones comerciales, económicas, en que las dos mujeres parecían complacerse. No hay asunto mejor que éste cuando se nos invita a la mesa en alguna casa donde no somos de confianza.

Consultado el 8 de junio de 2011

<http://biblioteca.vitanet.cl/colecciones/800/860/863/reyes-cena.pdf>

Enrique González Martínez

Y pienso que la vida. . .

Y pienso que la vida se me va con huida
inevitable y rápida, y me conturbo, y pienso
en mis horas lejanas, y me asalta un inmenso
afán de ser el de antes y desandar la vida.

¡Oh los pasos sin rumbo por la senda perdida,
los anhelos inútiles, el batallar intenso!
¿Cómo flotáis ahora, blancas nubes de incienso
quemado en los altares de una deidad mentida?

Páginas tersas, páginas de los libros, lecturas
de espejismos enfermos, de cuestiones oscuras. . .
¡Ay, lo que yo he leído! ¡Ay, lo que yo he soñado! . . .

Tristes noches de estéril meditación, quimera
que ofuscaste mi espíritu sin dejarme siquiera
mirar que iba la vida sonriendo a mi lado . . .

(¡Ay, lo que yo he leído! ¡Ay, lo que yo he soñado!)

Yo voy alegremente

Yo voy alegremente por donde va la vida,
entre vernaes hálitos o ventiscas de otoño,
mirando cómo cuaja en la yema el retoño
o cómo voltejea una rosa caída.

Yo voy con el pie ligero y labio sonriente
a veces solo, a veces con el turbión humano,
y llevo mis ensueños cogido de la mano
y mi enjambre de rimas en torno de la frente.

Tengo una flama oculta que siempre va conmigo,
flama de amor que nunca se extingue ni consume;
si hay una flor al paso, aspiro su perfume;
si hay una fresca boca, corro a besarla. . . y sigo. . .

Yo soy como un viajero que cruza la floresta
sin que jamás le importe ni rumbo ni distancia,
a quien el bosque entona un himno de fragancia,
una canción de risas y un madrigal de fiesta.

Yo sé que viento y lluvias con ímpetu salvaje
suelen barrer las frondas; mas tengo yo un asilo
callado y misterioso en que esperar tranquilo
a que el sosiego torne y a que el torrente baje.

¡Oh mi divina gruta de goces interiores
en que la vida adquiere intensidad extraña,
que sólo yo conozco, que eternamente baña
un sol que prende luces y que revienta flores!

Allí callada y sola va a meditar el alma
como la linfa corre, como la alondra vuela;
allí el ensueño pasa cual fugitiva estela
que va regando espumas sobre la mar en calma.

Tristezas. . . sí las tengo; mas cuando el alma llora,
un inefable goce con mi dolor se aduna;
romántico trovero de las noches de luna,
soy lujurioso amante del sol y de la aurora.

Yo voy alegremente. . . De eróticas empresas
no la ocasión propicia esquivo, a fuer de sabio,
y en más de alguna boca bebí el sediento labio
la sangre de las moras y el jugo de las fresas. . .

Yo vivo alegremente; y al dar mi despedida
a mi postrer crepúsculo o a mi última alborada,
estrecharé en mis manos la mano de la amada
y cerraré mis ojos al beso de la vida.

Porque ya mis tristezas . . .

Porque ya mis tristezas son como los matices
sombrios de los cuadros en que la luz fulgura;
porque ya paladeo la gota de la amargura
en el dorado néctar de las horas felices;

porque sé abandonarme, con la santa inconsciencia
de una tabla que flota, sobre el mar de la vida,
y aparté de mis labios la manzana prohibida
con que tentarme quiso el árbol de la ciencia;

porque supe vestirme con el albo ropaje
de mi niñez ingenua, aspirar el salvaje
aroma de los campos, embriagarme de sol,
y mirar como enantes el pájaro y la estrella
(el pájaro que un día me contó su querella;
la estrella que una noche conmigo sonrió),

y porque ya me diste la calma indeficiente,
vida, y el don supremo de la sonrisa franca,
sobre la piedra blanca voy a posar mi frente
y marcaré este día con otra piedra blanca. . .

¿Te acuerdas de la tarde . . . ?

¿Te acuerdas de la tarde en que vieron mis ojos
de la vida profunda el alma de cristal? . . .
Yo amaba solamente los crepúsculos rojos,
las nubes y los campos, la ribera y el mar. . .

Mis ojos eran hechos para formas sensibles;
me embriagaba la línea, adoraba el color;
apartaba mi espíritu de sueños imposibles,
desdeñaba las sombras enemigas del sol.

Del jardín me atraían el jazmín y la rosa
(la sangre de la rosa, la nieve del jazmín)
sin saber que a mi lado pasaba temblorosa,
hablándome en secreto, el alma del jardín.

Halagaban mi oído las voces de las aves,
la balada del viento, el canto del pastor,
y yo formaba coro con las notas suaves,
y enmudecían ellas y enmudecía yo. . .

Jamás seguir lograba el fugitivo rastro

de lo que ya no existe, de lo que ya se fue. . .
Al fenecer la nota, al apagarse el astro,
¡oh sombras, oh silencio, dormitabais también!

¿Te acuerdas de la tarde en que vieron mis ojos
de la vida profunda el alma de cristal?
Yo amaba solamente los crepúsculos rojos,
las nubes y los campos, la ribera y el mar. . .

consultado el 8 de junio de 2011 de <http://www.los-poetas.com/PICTOS/enri1.htm>

Juana de Ibarrou

El dulce milagro

¿Qué es esto? ¡Prodigio! Mis manos florecen.
Rosas, rosas, rosas a mis dedos crecen.
Mi amante besóme las manos, y en ellas,
¡oh gracia! brotaron rosas como estrellas.

Y voy por la senda voceando el encanto
y de dicha alterno sonrisa con llanto
y bajo el milagro de mi encantamiento
se aroman de rosas las alas del viento.

Y murmura al verme la gente que pasa:
"¿No veis que está loca? Tornadla a su casa.
¡Dice que en las manos le han nacido rosas
y las va agitando como mariposas!"

¡Ah, pobre la gente que nunca comprende
un milagro de éstos y que sólo entiende
Que no nacen rosas más que en los rosales
y que no hay más trigo que el de los trigales!

Que requiere líneas y color y forma,
y que sólo admite realidad por norma.
Que cuando uno dice: "Voy con la dulzura",
de inmediato buscan a la criatura.

Que me digan loca, que en celda me encierren
que con siete llaves la puerta me cierren,
que junto a la puerta pongan un lebril,
carcelero rudo carcelero fiel.

Cantaré lo mismo: "Mis manos florecen.
Rosas, rosas, rosas a mis dedos crecen".
¡Y toda mi celda tendrá la fragancia
de un inmenso ramo de rosas de Francia!

Raíz salvaje

Me ha quedado clavada en los ojos
la visión de ese carro de trigo
que cruzó rechinante y pesado
sembrando de espigas el recto camino.

¡No pretendas ahora que ría!
¡Tu no sabes en qué hondos recuerdos
estoy abstraída!

Desde el fondo del alma me sube
un sabor de pitanga a los labios.
Tiene aún mi epidermis morena
no sé que fragancias de trigo emparvado.

¡Ay, quisiera llevarte conmigo
a dormir una noche en el campo
y en tus brazos pasar hasta el día
bajo el techo alocado de un árbol!

Soy la misma muchacha salvaje
que hace años trajiste a tu lado.

Como la primavera

Como una ala negra tendí mis cabellos
sobre tus rodillas.
Cerrando los ojos su olor aspiraste,
dicendome luego:
-¿Duermes sobre piedras cubiertas de musgos?
¿Con ramas de sauces te atas las trenzas?
¿ Tu almohada es de trébol? ¿Las tienes tan negras
porque acaso en ella exprimiste un zumo
retinto y espeso de moras silvestres?
¡Qué fresca y extraña fragancia te envuelve!
Hueles a arroyuelos, a tierra y a selvas.
¿Que perfume usas? Y riendo te dije:
-¡Nintuno, ninguno!
Te amo y soy joven, huelo a primavera.
Este olor que sientes es de carne firme,
de mejillas claras y de sangre nueva.
¡Te quiero y soy joven, por eso es que tengo
las mismas fragancias de la primavera!

Despecho

¡Ah, qué estoy cansada! Me he reído tanto,
tanto, que a mis ojos ha asomado el llanto;
tanto, que este rictus que contrae mi boca
es un rastro extraño de mi risa loca.

Tanto, que esta intensa palidez que tengo

(como en los retratos de viejo abolengo)
es por la fatiga de la loca risa
que en todo mi cuerpo su sopor desliza.

¡Ah, qué estoy cansada! Déjame que duerma;
pues, como la angustia, la alegría enferma.
¡Qué rara ocurrencia decir que estoy triste!
¿Cuándo más alegre que ahora me viste?

¡Mentira! No tengo ni dudas, ni celos,
Ni inquietud, ni angustias, ni penas, ni anhelos,
Si brilla en mis ojos la humedad del llanto,
es por el esfuerzo de reírme tanto...

Te doy mi alma desnuda

Te doy mi alma desnuda,
como estatua a la cual ningún cendal escuda.

Desnuda con el puro impudor
de un fruto, de una estrella o una flor;
de todas esas cosas que tienen la infinita
serenidad de Eva antes de ser maldita.

De todas esas cosas,
frutos, astros y rosas,
que no sienten vergüenza del sexo sin celajes
y a quienes nadie osara fabricarles ropajes.

Sin velos, como el cuerpo de una diosa serena
¡que tuviera una intensa blancura de azucena!

Desnuda, y toda abierta de par en par
¡por el ansia del amar!

Consultado el 8 de junio de 2011 de <http://www.los-poetas.com/j/juana1.htm>

Juan Ramón Jiménez

La rosa azul

¡Que goce triste este de hacer todas las cosas como ella las hacía!
Se me torna celeste la mano, me contagio de otra poesía
Y las rosas de olor, que pongo como ella las ponía, exaltan su color;
y los bellos cojines, que pongo como ella los ponía, florecen sus jardines;
Y si pongo mi mano -como ella la ponía- en el negro piano,
surge como en un piano muy lejano, mas honda la diaria melodía.

¡Que goce triste este de hacer todas las cosas como ella las hacía!
me inclino a los cristales del balcón, con un gesto de ella

y parece que el pobre corazón no está solo.
Miro al jardín de la tarde, como ella,
y el suspiro y la estrella se funden en romántica armonía.

¡Que goce triste este de hacer todas las cosas como ella las hacía!
Dolorido y con flores, voy, como un héroe de poesía mía.
Por los desiertos corredores que despertaba ella con su blanco paso,
y mis pies son de raso -¡oh! Ausencia hueca y fría!
y mis pisadas dejan resplandores.

Iba tocando mi flauta

Iba tocando mi flauta
a lo largo de la orilla;
y la orilla era un reguero
de amarillas margaritas.

El campo cristaleaba
tras el temblor de la brisa;
para escucharme mejor
el agua se detenía.

Notas van y notas vienen,
la tarde fragante y lírica
iba, a compás de mi música,
dorando sus fantasías,

y a mi alrededor volaba,
en el agua y en la brisa,
un enjambre doble de
mariposas amarillas.

La ladera era de miel,
de oro encendido la viña,
de oro vago el raso leve
del jaral de flores níveas;

allá donde el claro arroyo
da en el río, se entreabría
un ocaso de esplendores
sobre el agua vespertina...

Mi flauta con sol lloraba
a lo largo de la orilla;
atrás quedaba un reguero
de amarillas margaritas...

¡Qué tristeza de olor a jazmín!

¡Qué tristeza de olor de jazmín! El verano
torna a encender las calles y a oscurecer las casas,
y, en las noches, regueros descendidos de estrellas
pesan sobre los ojos cargados de nostalgia.

En los balcones, a las altas horas, siguen
blancas mujeres mudas, que parecen fantasmas;
el río manda, a veces, una cansada brisa,
el ocaso, una música imposible y romántica.

La penumbra reluce de suspiros; el mundo
se viene, en un olvido mágico, a flor de alma;
y se cogen libélulas con las manos caídas,
y, entre constelaciones, la alta luna se estanca.

¡Qué tristeza de olor de jazmín! Los pianos
están abiertos; hay en todas partes miradas
calientes... Por el fondo de cada sombra azul,
se esfuma una visión apasionada y lánguida.

Estoy triste y mis ojos no lloran

Estoy triste, y mis ojos no lloran
y no quiero los besos de nadie;
mi mirada serena se pierde
en el fondo callado del parque.

¿Para qué he de soñar en amores
si está oscura y lluviosa la tarde
y no vienen suspiros ni aromas
en las rondas tranquilas del aire?

Han sonado las horas dormidas;
está solo el inmenso paisaje;
ya se han ido los lentos rebaños;
flota el humo en los pobres hogares.

Al cerrar mi ventana a la sombra,
una estrella brilló en los cristales;
estoy triste, mis ojos no lloran,
¡ya no quiero los besos de nadie!

Soñaré con mi infancia: es la hora
de los niños dormidos; mi madre
me mecía en su tibio regazo,
al amor de sus ojos radiantes;

y al vibrar la amorosa campana
de la ermita perdida en el valle,
se entreabrían mis ojos rendidos
al misterio sin luz de la tarde...

Es la esquila; ha sonado. La esquila
ha sonado en la paz de los aires;
sus cadencias dan llanto a estos ojos
que no quieren los besos de nadie.

¡Que mis lágrimas corran! Ya hay flores,
ya hay fragancias y cantos; si alguien
ha soñado en mis besos, que venga
de su plácido ensueño a besarme.

Y mis lágrimas corren... No vienen...
¿Quién irá por el triste paisaje?
Sólo suena en el largo silencio
la campana que tocan los ángeles.

Trascielo del cielo azul

¡Qué miedo el azul del cielo!
¡Negro!
¡Negro de día, en agosto!
¡Qué miedo!
¡Qué espanto en la siesta azul!
¡Negro!
¡Negro en las rosas y el río!
¡Qué miedo!
¡Negro, de día, en mí tierra
-¡negro!
sobre las paredes blancas!
¡Qué miedo!

Consultado el 8 de junio de 2011 de <http://www.los-poetas.com/d/juanr1.htm>

Generación del 27

Los niños de extremadura
Los niños de Extremadura
van descalzos.
¿Quién les robó los zapatos?
Les hiere el calor y el frío.
¿Quién les rompió los vestidos?

La lluvia
les moja el sueño y la cama.
¿Quién les derribó la casa?
No saben
los nombres de las estrellas.
¿Quién les cerró las escuelas?
Los niños de Extremadura
son serios.
¿Quién fue el ladrón de sus juegos?

Underwood Girls
Quietas, dormidas están,
las treinta redondas blancas.

Entre todas
sostienen el mundo.

Míralas aquí en su sueño,
como nubes,
redondas, blancas y dentro
destinos de trueno y rayo,
destinos de lluvia lenta,
de nieve de viento, signos.

Despiértalas,
con contactos saltarines
de dedos rápidos, leves,
como a músicas antiguas.

Ellas suenan otra música:
fantasías de metal
valeses duros, al dictado.

Que se alcen desde siglos
todas iguales, distintas
como las olas del mar
y una gran alma secreta.

Que se crean que es la carta,
la fórmula como siempre.

Tú alócate
bien los dedos, y las
a las treinta, eternas ninfas
contra el gran mundo vacío,
blanco en blanco.

Por fin a la hazaña pura,
sin palabras sin sentido,
ese, zeda, jota, i...

Ciudad del paraíso

Siempre te ven mis ojos, ciudad de mis días marinos.
Colgada del imponente monte, apenas detenida
en tu vertical caída a las ondas azules,
pareces reinar bajo el cielo, sobre las aguas,
intermedia en los aires, como si una mano dichosa
te hubiera retenido, un momento de gloria,
antes de hundirte para siempre en las olas amantes.

Pero tú duras, nunca descienes, y el mar suspira
o brama, por ti, ciudad de mis días alegres,
ciudad madre y blanquísima donde viví, y recuerdo,
angélica ciudad que, más alta que el mar,
presides sus espumas.

Calles apenas, leves, musicales. Jardines
donde flores tropicales elevan sus juveniles palmas gruesas.

Palmas de luz que sobre las cabezas, aladas,
mecen el brillo de la brisa y suspenden
por un instante labios celestiales que cruzan
con destino a las islas remotísimas, mágicas,
que allá en el azul índigo, libertadas, navegan.

Allí también viví, ciudad graciosa, ciudad honda.
Allí, donde todos los jóvenes resbalan sobre la piedra amable,
y donde las rutilantes paredes besan siempre
a quienes siempre cruzan, hervidores, en brillos.

Allí fui conducido por una mano materna.
Acaso de una reja florida una guitarra triste
cantaba la súbita canción suspendida en el tiempo;
quieta la noche, más quieto el amante,
bajo la luna eterna que instantánea transcurre.

Un soplo de eternidad pudo destruirte,
ciudad prodigiosa, momento que en la mente
de un dios emergiste.

Los hombres por un sueño vivieron, no vivieron,
eternamente fúlgidos como un soplo divino.
Jardines, flores. Mar alentando como un brazo que anhela
a la ciudad voladora entre monte y abismo,
blanca en los aires, con calidad de pájaro suspenso
que nunca arriba. ¡Oh ciudad no en la tierra!

Por aquella mano materna fui llevado ligero
por tus calles ingravidas. Pie desnudo en el día.
Pie desnudo en la noche. Luna grande. Sol puro.
Allí el cielo eras tú, ciudad que en él morabas.
Ciudad que en él volabas con tus alas abiertas.

Consultado el 8 de junio de 2011

<http://www.juntadeandalucia.es/averroes/html/adjuntos/2008/06/24/0002/anto.80poemas.pdf>

Jorge Guillén

Más allá

I
(El alma vuelve al cuerpo,
Se dirige a los ojos
Y choca.) —¡Luz! Me invade
Todo mi ser. ¡Asombro!

Intacto aún, enorme,
Rodea el tiempo. Ruidos
Irrumpen. ¡Cómo saltan
Sobre los amarillos

Todavía no agudos
De un sol hecho ternura

De rayo alboreado
Para estancia difusa,

Mientras van presentándose
Todas las consistencias
Que al disponerse en cosas
Me limitan, me centran!

¿Hubo un caos? Muy lejos
De su origen, me brinda
Por entre hervor de luz
Frescura en chispas. ¡Día!

Una seguridad
Se extiende, cunde, manda.
El esplendor aploma
La insinuada mañana.

Y la mañana pesa.
Vibra sobre mis ojos,
Que volverán a ver
Lo extraordinario: todo

Todo está concentrado
Por siglos de raíz
Dentro de este minuto,
Eterno y para mí.

Y sobre los instantes
Que pasan de continuo
Voy salvando el presente,
Eternidad en vilo.

Corre la sangre, corre
Con fatal avidez.
A ciegas acumulo
Destino: quiero ser.

Ser, nada más. Y basta.
Es la absoluta dicha.
¡Con la esencia en silencio
Tanto se identifica!

¡Al azar de las suertes
Únicas de un tropel
Surgir entre los siglos,
Alzarse con el ser,

Y a la fuerza fundirse
Con la sonoridad
Más tenaz: sí, sí, sí,
La palabra del mar!

Todo me comunica,
Vencedor, hecho mundo,
Su brío para ser
De veras real, en triunfo.

Soy, más, estoy. Respiro.
Lo profundo es el aire.
La realidad me inventa,
Soy su leyenda. ¡Salve!

II

No, no sueño. Vigor
De creación concluye
Su paraíso aquí:
Penumbra de costumbre.

Y este ser implacable
Que se me impone ahora
De nuevo —vaguedad
Resolviéndose en forma

De variación de almohada,
En blancura de lienzo,
En mano sobre embozo,
En el tendido cuerpo

Que aun recuerda los astros
Y gravita bien— este
Ser, avasallador
Universal, mantiene

También su plenitud
En lo desconocido:
Un más allá de veras
Misterioso, realísimo.

III

¡Más allá! Cerca a veces,
Muy cerca, familiar,
Alude a unos enigmas.
Cortesés, ahí están.

Irreductibles, pero
Largos, anchos, profundos
Enigmas —en sus masas.
Yo los toco, los uso.

Hacia mi compañía
La habitación converge.

¡Qué de objetos! Nombrados,
Se allanan a la mente.

Enigmas son y aquí
Viven para mi ayuda,
Amables a través
De cuanto me circunda

Sin cesar con la móvil
Trabazón de unos vínculos
Que a cada instante acaban
De cerrar su equilibrio.

Consultado el 8 de junio de 2011
http://www.materialdelectura.unam.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=183&Itemid=1&limit=1&limitstart=3

Gerardo Diego

Romancero de la novia

LAS TRES HERMANAS
Estabais las tres hermanas,
las tres de todos los cuentos,
las tres en el mirador
tejiendo encajes y sueños.
Y yo pasé por la calle
y miré... Mis pasos secos
resonaron olvidados
en el vespéral silencio.

La mayor miró curiosa,
y la mediana riendo
me miró y te dijo algo...
Tú bordabas en silencio,
como si no te importase,
como si te diese miedo.

Y después te levantaste
y me dijiste un secreto
en una larga mirada,
larga, larga... Los reflejos
en las vidrieras borrosas
desdibujaban tu esbelto
perfil. Era tu figura
la flor de un nimbo de ensueño.
Tres erais, tres, las hermanas ...
como en los libros de cuento.
De Evasión

AHOGO

Déjame hacer un árbol con tus trenzas.
Mañana me hallarán ahorcado

en el nudo celeste de tus venas.
Se va a casar la novia del marinerito.
Haré una gran pajarita
con sus cartas cruzadas.

Y luego romperé
la luna de una pedrada.
Neurastenia, dice el doctor.
Gulliver
ha hundido todos sus navíos.
Codicilo: dejo a mi novia
un puñal y una carcajada

GUITARRA
A Manuel Machado
Habrá un silencio verde
todo hecho de guitarras destrenzadas
La guitarra es un pozo
con viento en vez de agua

BANDEJA
Nada más
Dejar la cabeza
sobre la mesilla
Y dormir con el sueño de Holofernes

TREN
Venid conmigo
Cada estación es un poco de nido
El alma llora porque se ha perdido
Yo ella como dos golondrinas paralelas
Y arriba una bandada de estrellas mensajeras

El olvido
Deposita sus hojas
en todos los caminos
Sangre de aurora
Pero no es más que agua
Agitando los arboles
Ilueven Ilueven silencios

MADRIGAL
Estabas en el agua
estabas que yo te vi
Todas las ciudades
lloraban por ti
Las ciudades desnudas
balando como bestias en manada.

A tu paso
las palabras eran gestos
como éstos que ahora te ofrezco
Creían poseerte

porque sabían teclear en tu abanico
Pero No
Tú no estabas allí
Estabas en el agua
que yo te vi.

Consultado el 8 de junio de 2011

http://centros4.pntic.mec.es/~praxedes/lengua/lit_segundo/27_vang/gerardo.pdf

Federico García Lorca

La zapatera prodigiosa

La Zapatera y el Niño.

NIÑO. (Temerosamente.) Gente de paz.

ZAPATERA. (Abriendo.) ¿Eres tú? (Melosa y conmovida.)

NIÑO. Sí, señora Zapaterita. ¿Estaba usted llorando?

ZAPATERA. No, es que un mosquito de esos que hacen piii, me ha picado en este ojo.

NIÑO. ¿Quiere usted que le sople?

ZAPATERA. No, hijo mío, ya se me ha pasado... (Le acaricia.) ¿Y qué es lo que quieres?

NIÑO. Vengo con estos zapatos de charol, costaron cinco duros, para que los arregle su marido. Son de mi hermana la grande, la que tiene el cutis fino y se pone dos lazos, que tiene dos, un día uno y otro día otro, en la cintura.

ZAPATERA. Déjalos ahí, ya los arreglarán.

NIÑO. Dice mi madre que tenga cuidado de no darles muchos martillazos, que el charol es muy delicado, para que no se estropee el charol.

ZAPATERA. Dile a tu madre que ya sabe mi marido lo que tiene que hacer, y que así supiera ella aliñar con laurel y pimienta un buen guiso como mi marido componer zapatos.

NIÑO. (Haciendo pucheros.) No se disguste usted conmigo, que yo no tengo la culpa y todos los días estudio muy bien la gramática.

ZAPATERA. (Dulce.) ¡Hijo mío! ¡Prenda mía! ¡Si contigo no es nada! (Lo besa.) Toma este muñequito, ¿te gusta? Pues llévatelo.

NIÑO. Me lo llevaré, porque como yo sé que usted no tendrá nunca niños...

ZAPATERA. ¿Quién te dijo eso?

NIÑO. Mi madre lo hablaba el otro día, diciendo: la zapatera no tendrá hijos, y se reían mis hermanas y la comadre Rafaela.

ZAPATERA. (Nerviosísima.) ¿Hijos? Puede que los tenga más hermosos que todas ellas y con más arranque y más honra, porque tu madre... es menester que sepas...

NIÑO. Tome usted el muñequito, ¡no lo quiero!

ZAPATERA. (Reaccionando.) No, no, guárdalo, hijo mío... ¡Si contigo no es nada!

Consultado el 8 de junio de 2011

<http://bivir.uacj.mx/libroselectronicoslibres/Autores/FedericoGarciaLorca/La%20Zapatera%20prodigiosa.pdf>

Rafael Alberti

Marinero en tierra

Sobre tu nave -un plinto verde de algas marinas,
de moluscos, de conchas, de esmeralda estelar -,
capitán de los vientos y de las golondrinas,
fuiste condecorado por un golpe de mar.
Por ti los litorales de frentes serpentinadas,
desenrollan al paso de tu arado un cantar:
Marinero, hombre libre, que las mares declinas,
dinos los radiogramas de tu estrella Polar.
Buen marinero, hijo de los llantos del norte,
limón de mediodía, bandera de la corte
espumosa del agua, cazador de sirenas;
todos los litorales amarrados, del mundo,
pedimos que nos lleves en el surco profundo
de tu nave, a la mar, rotas nuestras cadenas.

Yo sé, Claudio, que un día tus islas naturales
navegarán con rumbo hacia la playa mía
y, verdes cañoneros, mirando a Andalucía,
dispararán al alba sus árboles frutales.
¡Oh Claudio! ¡E mar me llama! Nómbrame marinero,
el último aunque sea, de tu marinería.
Sé almirante, el más bueno, de la piratería,
y así de tus bajeles serás siempre el primero.
¡Dios! ¡Yo ladrón de mares, firme, en Fuerteventura,
y tú sobre Las Palmas!
- Su escueta arboladura,
mi almirante, en la aurora enristran dos navíos...
- ¡Cañonead con plátanos las máquinas de guerra,
con dátiles dorados la frente de la tierra
y con glorias y hosannas estos bajeles míos! Rafael Alberti

Los dos, buenos pilotos del aire, subiríamos
sobre los aviones del sueño, al alto soto
de la gloria, y al mundo, celestes, bajaríamos
el mirto y el laurel, la palmera y el loto.
Descender ya -¡qué dulce!, ¡los héroes!- coronados
por los súbitos lampos, sobre el carro del trueno,
con estrellas los jóvenes pechos condecorados
al mar de nuestra vida, ya esmeralda y sereno.

Y recordar al toque final de la retreta
la clara faz del alba, su voz hecha corneta
de cristal largo y fino, en la antigua mañana
que zarpamos del mundo sobre la crin del viento
y entramos en los cielos del estremecimiento
bajo los gallardetes rosados de la diana.

Consultado el 10 de junio de 2011

<http://www.inabima.org/Biblioteca/INABIMA---/A-L/A/Alberti,%20Rafael%20-%20Antolog%EDa%20po%E9tica/Alberti,%20Rafael%20-%20Marinero%20en%20tierra.pdf>

Miguel Hernández

Nanas de la cebolla

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre:
escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla:
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.

Una mujer morena,
resuelta en luna,
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te tragas la luna
cuando es preciso.

Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en los ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que en el alma al oírte,
bata el espacio.

Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.
Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea.

Es tu risa la espada
más victoriosa.
Vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Porvenir de mis huesos
y de mi amor.

La carne aleteante,
súbito el párpado,
el vivir como nunca
coloreado.
¡Cuánto jilguero
se remonta, aletea,
desde tu cuerpo!

Desperté de ser niño.
Nunca despiertes.
Triste llevo la boca.
Ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.

Ser de vuelo tan alto,
tan extendido,
que tu carne parece
cielo cernido.
¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!

Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
buscando el centro.

Vuela niño en la doble
luna del pecho.
Él, triste de cebolla.

Tú, satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.

Consultado el 10 de junio de 2011 de <http://www.poesia-inter.net/mh39nc.htm>

Carlos Pellicer

Selección de poemas

GRECIA

Ella es la fiesta de las líneas
y de las rosas soñadoras
y las diademas apolíneas
entre la flor de las auroras.
Tropa de dioses pescadores...
Píndaro canta, dicta Aspasia.
Y un atropello de visiones
en los suspiros de la magia...
Solemnidad de columnata.
Y en las mandíbulas de plat
del trípode, alza sus esfuerzos
la lividez de los aromas,
como una ráfaga de versos
en un encanto de palomas...

JUGARÉ

con las casas de Curazao,
pondré el mar a la izquierda
y haré más puentes movedizos.
¡Lo que diga el poeta!
Estamos en Holanda y en América
y es una isla de juguetería,
con decretos de Reina
y ventanas y puertas de alegría.
Con las cuerdas de la lira
y los pañuelos del viaje
haremos velas para los botes
que no van a ninguna parte.
La casa de Gobierno es demasiado pequeña
para una familia holandesa.
Por la tarde vendrá Claude Monet
a comer cosas azules y eléctricas.
Y por esa callejuela sospechosa
haremos pasar la Ronda de Rembrandt.
...¡Páseme el puerto de Curazao!
Isla de juguetería,
con decretos de Reina
y ventanas y puertas de alegría.

NOCTURNO

No tengo tiempo de mirar las cosas

como yo lo deseo.
Se me escurren sobre la mirada
y todo lo que veo
son esquinas profundas rotuladas con radio
donde leo la ciudad para no perder tiempo.
Esta obligada prisa que inexorablemente
quiere entregarme el mundo con un dato pequeño.
¡Este mirar urgente y esta voz en sonrisa
para un joven que sabe morir por cada sueño!
No tengo tiempo de mirar las cosas,
casi las adivino.
Una sabiduría ingénita y celosa
me da miradas previas y repentinos trinos.
Vivo en doradas márgenes; ignoro el central gozo
de las cosas. Desdoblo siglos de oro en mi ser.
Y acelerando rachas –quilla o ala de oro–,
repongo el dulce tiempo que nunca he de tener.

A GERMÁN ARCINIEGAS, EN BOGOTÁ

América mía,
te palpo en el mapa de relieve
que está sobre mi mesa predilecta.
¡Que cosas te diría
si yo fuese tu Profeta!
Aprieta con toda mi mano
tu armónica Geografía.
Mis dedos acarician tus Andes
con una infantil idolatría.
Te conozco toda:
mi corazón ha sido como una alcancía
en la que he echado tus ciudades
como la moneda de todos los días.
Puestas de sol, desde Buenos Aires
llevaron a México el ojo futuro de mis osadías.
Tú eres el tesoro
que un alma genial dejó para mis alegrías.
Tanto como te adoro lo saben solamente
las altísimas noches que he llenado contigo.
Vivo mi juventud en noviazgo impaciente
como el buen labrador esperando su trigo.
Serenata que te he llevado
río arriba del Paraná;
salmo que te he cantado
sobre los Andes o desde el mar.
Rango industrial de Sao Paulo.
Palacios y muelles de Buenos Aires.
Escuelas del Uruguay.
Dulzura caraqueña por las vegas del Guayre.
Y el ritmo colombiano
y la ternura del Perú.

José Gorostiza

Muerte sin fin

Iza la flor su enseña,
agua, en el prado.
¡Oh, qué mercadería
de olor alado!

¡Oh, qué mercadería
de tenue olor!
¡cómo inflama los aires
con su rubor!

¡Qué anegado de gritos
está el jardín!
"¡Yo, el heliotropo, yo!"
"¿Yo? El jazmín".

Ay, pero el agua,
ay, si no huele a nada.

Tiene la noche un árbol
con frutos de ámbar;
tiene una tez la tierra,
ay, de esmeraldas.

El tesón de la sangre
anda de rojo;
anda de añil el sueño;
la dicha, de oro.

Tiene el amor feroces
galgos morados;
pero también sus mieses,
también sus pájaros.

Ay, pero el agua,
ay si no luce a nada.

Sabe a luz, a luz fría,
sí, la manzana.
¡Qué amanecida fruta
tan de mañana!

¡Qué anochecido sabes,
tu, sinsabor!
¡cómo pica en la entraña
tu picaflor!

Sabe la muerte a tierra,
la angustia a hiel.
Este morir a gotas
me sabe a miel.

Ay, pero el agua,
ay, si no sabe a nada.

(BAILE)

Pobrecilla del agua,
ay, que no tiene nada,
ay, amor, que se ahoga,
ay, en un vaso de agua.

Consultado el 10 de junio de 2011

[http://www.palabravirtual.com/index.php?ir=ver_voz.php&wid=154&t=lza%20la%20flor%20su%20en%20\(F1a...%20\(Muerte%20sin%20fin\)&p=Jos%E9%20Gorostiza&o=Jos%E9%20Gorostiza](http://www.palabravirtual.com/index.php?ir=ver_voz.php&wid=154&t=lza%20la%20flor%20su%20en%20(F1a...%20(Muerte%20sin%20fin)&p=Jos%E9%20Gorostiza&o=Jos%E9%20Gorostiza)

Xavier Villaurrutia

Poesía

Eres la compañía con quien hablo
de pronto, a solas.
te forman las palabras
que salen del silencio
y del tanque de sueño en que me ahogo
libre hasta despertar.

Tu mano metálica
endurece la prisa de mi mano
y conduce la pluma
que traza en el papel su litoral.

Tu voz, hoz de eco
es el rebote de mi voz en el muro,
y en tu piel de espejo
me estoy mirando mirarme por mil Argos,
por mí largos segundos.

Pero el menor ruido te ahuyenta
y te veo salir
por la puerta del libro
o por el atlas del techo,
por el tablero del piso,
o la página del espejo,
y me dejas
sin más pulso ni voz y sin más cara,
sin máscara como un hombre desnudo
en medio de una calle de miradas.

Consultado el 10 de junio de 2011

<http://www.poesiaspoemas.com/xavier-villaurrutia/poesia>

César Vallejo

Los heraldos negros

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros Atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... ¡pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!

DESHOJACION SAGRADA

Luna! Corona de una testa inmensa,
que te vas deshojando en sombras gualdas!
Roja corona de un Jesús que piensa
trágicamente dulce de esmeraldas!

Luna! Alocado corazón celeste
¿por qué bogas así, dentro la copa
llena de vino azul, hacia el oeste,
cual derrotada y dolorida popa?

Luna! Y a fuerza de volar en vano,
te holocaustas en ópalos dispersos:
tú eres talvez mi corazón gitano
que vaga en el azul llorando versos!...

COMUNION

Linda Regia! Tus venas son fermentos
de mi noser antiguo y del champaña
negro de mi vivir!

Tu cabello es la ignota raicilla
del árbol de mi vid.

Tu cabello es la hilacha de una mitra
de ensueño que perdí!

Tu cuerpo es la espumante escaramuza
de un rosado Jordán;
y ondea, como un látigo beatífico
que humillara a la víbora del mal!

Tus brazos dan la sed de lo infinito,
con sus castas hespérides de luz,
cual dos blancos caminos redentores,
dos arranques murientes de una cruz.

Y están plasmados en la sangre invicta
de mi imposible azul!

Tus pies son dos heráldicas alondras
que eternamente llegan de mi ayer!

Linda Regia! Tus pies son las dos lágrimas
que al bajar del Espíritu ahogué,
un Domingo de Ramos que entré al Mundo,
ya lejos para siempre de Belén!

Consultado el 10 de junio de 2011 de http://www.unsam.edu.ar/gelman/Heraldos_negros.pdf

Nicolás Guillén

Coplas americanas

América malherida,
te quiero andar
de Argentina a Guatemala,
pasando por Paraguay.

Mi mano al indio en Bolivia
franca tender;
que el Pilcomayo me lleve,
que me traiga el Mamoré

Por el Sur de espaldas negras
me fuera yo;
las noches alumbraría
con incendios de algodón.

Ah, pueblo de todas partes,
ah, pueblo, contigo iré;
pie con pie, que pie con mano,
iremos que pie con pie.

Jamaica en inglés llorando,
Haití en patuá;
en papiamento otras islas
y todas sin libertad.

De Muñoz

en Puerto Rico
quiero saber
por qué dice, siempre dice,
dice siempre, dice: yes.

Santo Domingo, tan santo,
deja tu altar; tan santo,
Santo Domingo,
y vámonos a la mar.
Ah, pueblo de todas partes,
ah, pueblo, contigo iré;
pie con pie, que pie con mano,
iremos que pie con pie.

¡Que muera el generalote
sable mandón!
¡Que viva la primavera
y viva mi corazón!
Ay, mi general Sandino
vuelve a partir
camino de las Segovias,
que yo te voy a seguir.

Los barbudos de mi tierra
cantando van
con campesinos y obreros,
y no se separarán.

Ah, pueblo de todas partes,
ah, pueblo, contigo iré;
pie con pie, que pie con mano,
iremos que pie con pie.
Como estamos todos juntos
voy a contar
un cuento que me contaron
y no he podido olvidar.
¡Padre! a Bolívar ¡oh Padre!,
Martí llamó.

Era una noche estrellada.
El viento lo repitió.
Va el viento por nuestra América,
va el viento así,
con Bolívar a caballo,
en su tribuna, Martí.
Ah, pueblo de todas partes,
ah, pueblo, contigo iré;
pie con pie, que pie con mano,
iremos que pie con pie.

Vi una vez a un marinero,
lo vi subir
una alta frente de mármol

y en esa frente escupir.

Un yanqui de la Embajada
vino por él;
cañones lo protegieron,
bajo cañones se fue.

Toda la sangre en el rostro
se me agolpó;
menos mal que le sé el nombre
y por dónde se marchó.

Ah, pueblo de todas partes,
ah, pueblo, contigo iré;
pie con pie, que pie con mano,
iremos que pie con pie.

Consultado el 10 de junio de 2011 de <http://www.ufrgs.br/cdrom/guillen/guillen.pdf>

Pablo Neruda

Oda al Amor

Amor, hagamos cuentas.
A mi edad
no es posible
engañar o engañarnos.
Fui ladrón de caminos,
tal vez,
no me arrepiento.
Un minuto profundo,
una magnolia rota
por mis dientes
y la luz de la luna
celestina.
Muy bien, pero, el balance?
La soledad mantuvo
su red entretejida
de fríos jazmineros
y entonces
la que llegó a mis brazos
fue la reina rosada
de las islas.
Amor,
con una gota,
aunque caiga
durante toda y toda
la nocturna
primavera
no se forma el océano
y me quedé desnudo,
solitario, esperando.

Pero, he aquí que aquella
que pasó por mis brazos
como una ola
aquella
que sólo fue un sabor
de fruta vespertina,
de pronto
parpadeó como estrella,
ardió como paloma
y la encontré en mi piel
desenlazándose
como la cabellera de una hoguera.
Amor, desde aquel día
todo fue más sencillo.
Obedecí las órdenes
que mi olvidado corazón me daba
y apreté su cintura
y reclamé su boca
con todo el poderío
de mis besos,
como un rey que arrebatara
con un ejército desesperado
una pequeña torre donde crece
la azucena salvaje de su infancia.
Por eso, Amor, yo creo
que enmarañado y duro
puede ser tu camino,
pero que vuelves
de tu cacería
y cuando enciendes
otra vez el fuego,
como el pan en la mesa,
así, con sencillez,
debe estar lo que amamos.
Amor, eso me diste.
Cuando por vez primera
ella llegó a mis brazos
pasó como las aguas
en una despeñada primavera.
Hoy
la recojo.
Son angostas mis manos pequeñas
las cuencas de mis ojos
para que ellas reciban
su tesoro,
la cascada
de interminable luz, el hilo de oro,
el pan de su fragancia
que son sencillamente, Amor, mi vida.

Consultado el 10 de junio de 2011 de <http://www.poemasdeamore.com/neruda/oda-al-amor.html>

Octavio Paz

El laberinto de la Soledad

Máscaras Mexicanas

Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro, máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación. Tan celoso de su intimidad como de la ajena, ni siquiera se atreve a rozar con los ojos al vecino: una mirada puede desencadenar la cólera de esas almas cargadas de electricidad. Atraviesa la vida como desollado; todo puede herirle, palabras y sospecha de palabras. Su lenguaje está lleno de reticencias, de figuras y alusiones, de puntos suspensivos; en su silencio hay repliegues, matices, nubarrones, arco iris súbitos, amenazas indescifrables. Aun en la disputa prefiere la expresión velada a la injuria: "al buen entendedor pocas palabras". En suma, entre la realidad y su persona se establece una muralla, no por invisible menos infranqueable, de impasibilidad y lejanía. El mexicano siempre está lejos, lejos del mundo y de los demás. Lejos, también, de sí mismo.

El lenguaje popular refleja hasta qué punto nos defendemos del exterior: el ideal de la "hombría" consiste en no "rajarse" nunca. Los que se "abren" son cobardes. Para nosotros, contrariamente a lo que ocurre con otros pueblos, abrirse es una debilidad o una traición. El mexicano puede doblarse, humillarse, "agacharse", pero no "rajarse", esto es, permitir que el mundo exterior penetre en su intimidad. El "rajado" es de poco fiar, un traidor o un hombre de dudosa fidelidad, que cuenta los secretos y es incapaz de afrontar los peligros como se debe. Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su "rajada", herida que jamás cicatriza.

El hermetismo es un recurso de nuestro recelo y desconfianza. Muestra que instintivamente consideramos peligroso al medio que nos rodea. Esta reacción se justifica si se piensa en lo que ha sido nuestra historia y en el carácter de la sociedad que hemos creado. La dureza y la hostilidad del ambiente —y esa amenaza, escondida e indefinible, que siempre flota en el aire— nos obligan a cerrarnos al exterior, como esas plantas de la meseta que acumulan sus jugos tras una cáscara espinosa. Pero esta conducta, legítima en su origen, se ha convertido en un mecanismo que funciona solo, automáticamente. Ante la simpatía y la dulzura nuestra respuesta es la reserva, pues no sabemos si esos sentimientos son verdaderos o simulados. Y además, nuestra integridad masculina corre tanto peligro ante la benevolencia como ante la hostilidad. Toda abertura de nuestro ser entraña una disminución de nuestra hombría.

Nuestras relaciones con los otros hombres también están teñidas de recelo. Cada vez que el mexicano se confía a un amigo o a un conocido, cada vez que se "abre", abdica. Y teme que el desprecio del confidente siga a su entrega. Por eso la confidencia deshonra y es tan peligrosa para el que la hace como para el que la escucha; no nos ahogamos en la fuente que nos refleja, como Narciso, sino que la cegamos. Nuestra cólera no se nutre nada más del temor de ser utilizados por nuestros confidentes —temor general a todos los hombres— sino de la vergüenza de haber renunciado a nuestra soledad. El que se confía, se enajena; "me he vendido con Fulano", decimos cuando nos confiamos a alguien que no lo merece. Esto es, nos hemos "rajado", alguien ha penetrado en el castillo fuerte. La distancia entre hombre y hombre, creadora del mutuo respeto y la mutua seguridad, ha desaparecido. No solamente estamos a merced del intruso, sino que hemos abdicado.

Todas esas expresiones revelan que el mexicano considera la vida como lucha, concepción que no lo distingue del resto de los hombres modernos. El ideal de hombría para los otros pueblos consiste en una abierta y agresiva disposición al combate; nosotros acentuamos el carácter defensivo, listos a repeler el ataque. El "macho" es un ser hermético, encerrado en sí mismo, capaz

de guardarse y guardar lo que se le confía. La hombría se mide por la invulnerabilidad ante las armas enemigas o ante los impactos del mundo exterior. El estoicismo es la más alta de nuestras virtudes guerreras y políticas. Nuestra historia está llena de frases y episodios que revelan la indiferencia de nuestros héroes ante el dolor o el peligro. Desde niños nos enseñan a sufrir con dignidad las derrotas, concepción que no carece de grandeza. Y si no todos somos estoicos e impasibles —como Juárez y Cuauhtémoc— al menos procuramos ser resignados, pacientes y sufridos. La resignación es una de nuestras virtudes populares. Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza ante la adversidad.

La preeminencia de lo cerrado frente a lo abierto no se manifiesta sólo como impasibilidad y desconfianza, ironía y recelo, sino como el amor a la forma. Ésta contiene y encierra a la intimidad, impide sus excesos, reprime sus explosiones, la separa y aísla, la preserva. La doble influencia indígena y española se conjugan en nuestra predilección por la ceremonia, las fórmulas y el orden.

EL mexicano, contra lo que supone una superficial interpretación de nuestra historia, aspira a crear un mundo ordenado conforme a principios claros. La agitación y encono de nuestras luchas políticas prueba hasta que punto las nociones jurídicas juegan un papel importante en nuestra vida pública. Y en la de todos los días el mexicano es un hombre que se esfuerza por ser formal y que muy fácilmente se convierte en formulista. Y es explicable. El orden —jurídico, social, religioso o artístico— constituye una esfera segura y estable. En su ámbito basta con ajustarse a los modelos y principios que regulan la vida; nadie, para manifestarse, necesita recurrir a la continua invención que exige una sociedad libre. Quizá nuestro tradicionalismo —que es una de las constantes de nuestro ser y lo que le da coherencia y antigüedad a nuestro pueblo— parte del amor que profesamos a la forma.

Las complicaciones rituales de la cortesía, la persistencia del humanismo clásico, el gusto por las formas cerradas en la poesía (el soneto y la décima por ejemplo), nuestro amor por la geometría en las artes decorativas, por el dibujo y la composición en la pintura, la pobreza de nuestro romanticismo frente a la excelencia de nuestro arte barroco, el formalismo de nuestras instituciones políticas y, en fin, la peligrosa inclinación que mostramos por la fórmulas —sociales, morales y burocráticas—, son otras tantas excepciones de esta tendencia de nuestro carácter. El mexicano no sólo no se abre; tampoco se derrama.

A veces las formas nos ahogan. Durante el siglo pasado los liberales vanamente intentaron someter la realidad del país a la camisa de fuerza de la Constitución de 1857. Los resultados fueron la Dictadura de Porfirio Díaz y la Revolución de 1857. En cierto sentido la historia de México, como la de cada mexicano, consiste en una lucha entre las formas y fórmulas en que se pretende encerrar a nuestro ser y las explosiones con que nuestra espontaneidad se venga. Poca veces la forma ha sido una creación original, un equilibrio alcanzado no a expensas sino gracias a la expresión de nuestros instintos y querer. Nuestras formas jurídicas y morales, por el contrario, mutilan con frecuencia a nuestro ser, nos impiden expresarnos y niegan satisfacción a nuestros apetitos vitales. La preferencia por la forma, inclusive vacía de su contenido, se manifiesta a lo largo de la historia de nuestro arte, desde la época precortesiana hasta nuestros días. Antonio Castro Leal, en su excelente estudio sobre Juan Ruiz de Alarcón, muestra cómo la reserva frente al romanticismo —que es, por definición, expansivo y abierto— se expresa ya en el siglo XVIII, esto es, antes de que siquiera tuviésemos conciencia de nacionalidad. Tenían razón los contemporáneos de Juan Ruiz de Alarcón al acusarlo de entrometido, aunque más bien hablasen de la deformidad de su cuerpo que de la singularidad de su obra. En efecto, la porción más característica de su teatro niega al de sus contemporáneos españoles. Y su negación contiene, en cifra, la que México ha opuesto siempre a España. El teatro de Alarcón es una respuesta a la vitalidad española, afirmativa y deslumbrante en esa época, y que se expresa a través de un gran Sí a la historia y a las pasiones. Lope exalta el amor, lo heroico, lo sobrehumano, lo increíble; Alarcón opone a estas virtudes desmesuradas otras más sutiles y burguesas: la dignidad, la

cortesía, el estoicismo melancólico, un pudor sonriente. Los problemas morales interesan poco a Lope, que ama la acción, como todos sus contemporáneos. Más tarde Calderón mostrará el mismo desdén por la psicología; los conflictos morales y las oscilaciones, caídas y cambios del alma humana sólo son metáforas que transparentan un drama teológico cuyos dos personajes son el pecado original y la Gracia divina. En las comedias más representativas de Alarcón, en cambio, el cielo cuenta poco, tan poco como el viento pasional que arrebató a los personajes lopescos. El hombre, nos dice el mexicano, es un compuesto y el mal y el bien se mezclan sutilmente en su alma. En lugar de proceder por síntesis, utiliza el análisis: el héroe se vuelve problema. En varias comedias se plantea la cuestión de la mentira; ¿hasta qué punto el mentiroso de veras miente, de veras se propone engañar?; ¿no es él la primera víctima de sus engaños y no es a sí mismo a quien engaña? El mentiroso se miente a sí mismo: tiene miedo de sí.

Consultado el 10 de junio de 2011

http://148.202.18.157/sitios/catedrasnacionales/material/2010a/martha_loza/sesion10.pdf

Jaime Sabines

Después de todo...

Después de todo —pero después de todo—
sólo se trata de acostarnos juntos,
se trata de la carne,
de los cuerpos desnudos,
lámpara de la muerte en el mundo.

Gloria degollada, sobreviviente
del tiempo sordomudo
mezquina paga de los que mueren juntos.

A la miseria del placer, eternidad,
condenaste la búsqueda, al injusto
fracaso encadenaste sed,
clavaste el corazón a un muro.

Se trata de mi cuerpo al que bendigo,
contra el que lucho,
el que ha de darme todo
en un silencio robusto
y el que se muere y mata a menudo.

Soledad, márcame con tu pie desnudo.
Aprieta mi corazón como las uvas
y lléname la boca con su licor maduro.

Consultado el 10 de junio de 2011

http://www.palabavirtual.com/index.php?ir=ver_voz1.php&wid=1535&p=Jaime%20Sabines&t=Despu%20de%20todo...&o=Jaime%20Sabines

El diablo y yo nos entendemos...

El diablo y yo nos entendemos
como dos viejos amigos.
A veces se hace mi sombra,
va a todas partes conmigo.
Se me trepa a la nariz
y me la muerde
y la quiebra con sus dientes finos.
Cuando estoy en la ventana
me dice ¡brinca!
detrás del oído.
Aquí en la cama se acuesta
a mis pies como un niño
y me ilumina el insomnio
con luces de artificio.
Nunca se está quieto.
Anda como un maldito,
como un loco, adivinando
cosas que no me digo.
Quien sabe qué gotas pone
en mis ojos, que me miro
a veces cara de diablo
cuando estoy distraído.
De vez en cuando me toma
los dedos mientras escribo.
Es raro y simple. Parece
a veces arrepentido.
El pobre no sabe nada
de sí mismo.
Cuando soy santo me pongo
a murmurarle al oído
y lo mareo y me desquito.
Pero después de todo
somos amigos
y tiene una ternura como un membrillo
y se siente solo el pobrecito

Consultado el 10 de junio de 2011

http://www.palabravirtual.com/sabines/index.php?ir=ver_poema1.php&idp=28&pid=13500&p=Jaime+Sabines&t=El+diablo+y+yo+nos+entendemos...

Universidad América Latina

Av. Cuauhtémoc 188-E
Fracc. Magallanes
C.P. 39670
Acapulco, Guerrero, México
www.ual.edu.mx



2010

Para cualquier comentario o sugerencia relativa a los **Servicios, Personal Docente, Administrativo ó Guías de Estudio**, favor de comunicarse a los teléfonos:

Dirección General:

01 (33) 47-77-71-00 ext. 1000 con Claudia Ley de 10:00 a 16:00 Hrs.

Coordinación de Asesores:

01 (33) 47-77-71-00 ext. 1013 con el Lic. Miguel Machuca García de 08:00 a 17:00 Hrs.

e-mail: vicerectoria@ual.edu.mx